

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUCUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, OCTUBRE 2 DE 1881.

A PROPÓSITO DE UN AIRE CRIOLLO

«La musique c'est le langage des anges.»

Fendón.

El idioma universal, con que tanto han soñado algunos espíritus adelantados, es indudablemente la música; y nada hasta hoy ha podido separar esa elocuencia admirable, expresada en un lenguaje divino, que basta oírlo para comprenderlo.

Y tal no acontece, solo con la música que se trasmite por medio de los sonidos, la música escrita de cualquier nacionalidad que ésta sea, la sienten, la leen, la comprenden todos aquellos que han aprendido música, aun cuando hayan nacido los unos en los confines del helado polo y los otros en el fondo del abrasado continente africano.

Qué admirable servicio á la humanidad prestaría aquel músico, que llegase por medio de los sonidos y aun de las notas escritas, á precisar de tal suerte sus pensamientos, de modo que bastara oír un trozo ó leer un manuscrito musical, para ponerse en contacto de ideas tangibles con el compositor. Esto podría realizarse quizá por medio de un diccionario musical universal, convirtiendo así á todos los músicos del mundo en una inmensa familia, con idénticos gustos é idéntico lenguaje. Qué paso de gigante no daría entonces la fraternidad!

Tal *desideratum* lograremos alcanzar algun día, no lo dudo, que hoy la música eminentemente descriptiva y filosófica, parece llamada á ocupar el primer rango en las artes, abandonando el trillado, vulgar sendero, que recorrieron los antiguos maestros, para los cuales la melodía espontánea, escuálida, constituía toda la música.

como lenguaje comprensible, interpretable, es creación de ayer. En el siglo pasado y aun á principio del actual, compositores como Mozart y Rossini, creaban melodias infantiles, frívolas, para servir de expresión á los sentimientos viriles y aun terribles, de conquistadores como Ciro y el terrible Bayaseto. La Cavatina de la Opera de Rossini *Ciro in Babylonia* y la de *Mitridate* de Mozart, son típicas á este respecto. Es cierto que la poesía descolorida y añiada á que la música de esas composiciones se ajusta, da una idea cumplida, de lo muy lejos de nosotros que en tales artes se hallaban nuestros antepasados.

Es de notarse, que á par que la pintura y la escultura solo se mantienen en un nivel, que llamaré consolador para nuestra moderna civilización, la música por lo contrario, se ha remontado á regiones, quizá nunca soñadas, por el dulce Paisiello, el brillante Palestrina ó el inspirado Porpora, llamado el *pádre de la armonía*, pues en aquellos tiempos se confundía todavía la melodía con la armonía.

Beethoven y Glück fueron el Cristóbal Colón y el Vesputio de la armonía; una vez el foco luminoso hallado, la irradiación no ha hecho sino cobrar intensidad.

Cuan lejos estamos hoy de la infantil tempestad del Barbero, esa colmena de melodías, con sus trémulos, sus arpeggios y sus notas destacadas muy bellas por cierto, tratando ya de imitar las gotas de agua. Pero no culpemos al autor de Semiramide. Ni Beethoven en sus óperas como *Fidelio*, *Carlotan*, *Prometeo*; ni Glück con sus melodías pastoriles y sus acompañamientos escasos, de una orquestración pobrísima, haban idea de la altura á que iba á encumbrarse el génio del primero en sus sonatas inimitables y sus oberturas magistrales y filosóficas, que son propiamente el comienzo de la gran música. Rossini mismo, el sensual Rossini, en el Guillermo Tell se coloca mas tarde en la gerarquía de los grandes compositores, mostrando dotes armónicas,

manera de escribir. Guillermo Tell no desmerece ni aun al lado de las vastas creaciones de Meyerbeer, del correcto Gounod y del gigante Wagner.

La superioridad de la música instrumental sobre la vocal, no se halla al alcance de todos, por muy real que esta superioridad sea. La música vocal es mas sensual, mas comprensible y tiene ademas el encanto de la voz humana, instrumento sensible y bello como pocos; pero es indudable que con la voz sola, nunca podrán alcanzarse los efectos complejos y profundos, á que se llega con un conjunto de instrumentos armonizados.

Cierto es que como ántes dije, la música es el lenguaje comprensible por excelencia; pero esto no impide, que en música como en filosofía, como lo ha observado profundamente un gran pensador, «cada uno vé lo que tiene en sí mismo.» Y allí donde ciertos espíritus, ciertas inteligencias, diré mas, ciertos temperamentos no tienen el rayo bastante fuerte para alcanzar, otros logran penetrar y aun ir á veces mas allá que el mismo compositor.

En todos tiempos, la música fué la expresión de los sentimientos íntimos y que llamaré vagos en el ser humano. No hay tribu salvaje, con raras excepciones, que no haya aspirado á producir cierta combinacion de sonidos, mas ó menos melódicos, para expresar su contento ó su dolor. La música instrumental puede asegurarse que es anterior á la vocal, mal que le pese á aquellos que pretenden que el canto humano es imitación del de los pájaros. Los salvajes empiezan por chocar huesos de animales y aun de seres humanos, para tentar de producir sonidos, que ellos juzgan bellos; mas tarde agujerean las cañas de donde nace la flauta; chocan luego placas metálicas y entonan coros disonantes, para lamentar sus dolores ó celebrar su júbilo.

El pueblo griego tan artista, tan adelantado en cuanto concernia al culto de lo bello, no conoció sino la *melopea*; y Orfeo haciendo con su lira mover las

cantos de las sirenas que sin la malicia del prudente Ulyses, hubieran trocado en animales riles á sus compañeras, eran puramente una *melopea* sin ritmo marcado, como los recitados de las óperas de Paisiello y Pergolesi.

La *melopea* debía mas tarde convertirse en esa melodía vacilante, sencillísima, pero ya melódica, de la cual se encuentra el tipo en las *complaintes* de la Edad Media.

El imperio romano, que daba hospitalidad á todos los dioses conquistados, en su panteon, tan estrecho sin embargo, no tuvo en medio de la pompa de sus conquistas, del brillo de sus fiestas, del deslumbramiento de sus *triumfos*, una música á la altura de tanta grandeza y arrogancia; la melodía se hallaba oculta en esas selvas gálicas que *vió y venció* Julio César y en que el severo, frígido Norte, á su turno, iba á triunfar con sus hordas salvajes, de la sagrada cuna de Rómulo.

Los cristianos inventaron el canto *gregoriano*; pero no crearon una novedad; y éste fué puramente la *melopea* mas ritmada y ya con un tinte vago de armonía. Sin embargo, el *canto llano* era á la *melopea*, lo que la armonía moderna es á los acordes sencillos de arpa de los bardos del Norte y de los Trovadores del Mediodía.

El divino Platon, daba la preferencia á la música sobre las demas artes si bien el gran espiritualista de los tiempos paganos, comprendía en ese arte á la poesía y al baile, que alcanzó entre los Griegos tanto desarrollo. Y aqui me ocurre notar, la importancia que despues de los Griegos han dado los Ingleses en su sistema de educacion á los ejercicios gimnásticos, pues en Grecia el baile era considerado especialmente bajo el punto de vista higiénico, coincidencia curiosa entre dos naciones que pocos puntos de contacto tienen.

En la Edad Media, puede decirse que la música y la poesía eran inseparables, pues por *gaya ciencia* se entendía la música y la poesía combinadas.

Que tiempos aquellos tan fecundos en inspiracion poética y musical! El trovador con su arpa y su justillo raído, va de puerta en puerta para ser acogido siempre con aplauso por el rico y por el pobre.

Es el primer papel en las fiestas; y en las *justas*, y torneos el Menestrel ya lujosamente engalanado con ricos terciopelos y vistosas plumas, celebra los *hechos*

de armas de los *procercs* y canta las alabanzas á Maria Reyna, de los cielos con música y verso de su composicion; tal cual hoy lo ejecutan nuestros gauchos.

Allí donde el celoso castellano de horca y cuchillo, no dá entrada á hombre alguno, por *hijo dalgo* que sea, si no calza la sandalia del confesor ó empuña el bordon del peregrino, penetra impunemente el jóven trovador con sus cantos, con su poesía.

Qué hubiera sido de esas pobres encarceladas solicitarias, rubias castellanas, condeuadas á esperar durante meses y años la vuelta de su señor ó de su prometido, sumidas en inútil soledad y abandono, sin la música de los trovadores, sin el consuelo de la poesía viva que traian consigo esos peregrinos de la *gaya ciencia*, que comunicaban ademas las noticias de lo ocurrido en las cortes lejanas! Hablaban de las modas reinantes en esos centros del lujo y de la elegancia á los cuales no llegaba ni la imaginacion de las cautivas, grandes damas, que vivian y morian sin otro consuelo que la palabra divina, trasmitada no siempre por monges á la altura de su gran mision, y aquel dulce cantar del trovador, que pedía hospitalidad por algunas horas. Me parece ver la emocion de esas reclusas castellanas, devoradas por el fastidio y la inaccion, cuando la campana del torreón á que acudian los paseantes que pedían hospedaje, les anunciaba la llegada de un ser humano. Imagino verles correr presurosas á la elevada ventana, desde la cual se domina la desierta campiña, y se divisa el puente levadizo, para devorar con ávidas miradas el espacio.

Cuanto debe palpar aquel corazon, bajo el ajustado *corselet* que les ciñe y dibuja el gracioso talle, al ver que el recién llegado no es otro que el deseado trovador, con su arpa, sus cantares, su inspiracion y hasta sus noticias; que en todos tiempos las mujeres gustaron de saber lo que de nuevo pasa, se dice ó se estila en el mundo.

Ayl mas de un modesto trovador de cabellos largos y ojos tiernos, penetró mas allá de lo permitido con la magia de su acento, en el corazon de encumbrada poderosa señora; y mas de uno pagó con su sangre inocente, el favor de una amorosa copla, cantada á la luz de la luna á los pies de la bella castellana, reclinada en blasonado gótico zillon.

El monge y el trovador representan el pensamiento, la aspiracion á lo bello en

aquella noche lóbrega de la Edad Media. Uno y otro cantaban, el monge entre nubes de incienso, celebraba en ese latin de la época, las glorias, las perfecciones de la virgen del cielo; y el trovador decia los dolores, las aspiraciones, los encantos de las vírgenes de la tierra: ambos con los ojos fijos en la luz del Renacimiento que apuntaba en el horizonte. Benditos sean! Ellos conservaron viva la chispa eléctrica, de donde mas tarde debía surgir la civilizacion moderna, que hubiera sin ellos desaparecido, quien sabe hasta cuandol

De ahí nacieron los cantos populares. Alguien ha dicho que esas melodias son siempre melancólicas; no es extraño, ellas han sido la expresion del sufrimiento casi siempre, ya fueran el lamento de la corazon amante que llora la ausencia ó el desvío del objeto amado, ya el suspiro de seres oprimidos por la mano férrea del despotismo.

En España la *Jota Aragonesa* y la *Cachucha* son quizá la única escepcion á esa regla, pues todos los aires populares españoles son tristes. Otro tanto sucede en Irlanda, tierra fecunda en bardos; en Italia el tipo es menos pronunciado y se comprende, por la mezcla de razas que componian el imperio romano y que afluan especialmente á Italia.

Nosotros hemos seguido la misma pendiente; nuestra música popular es melancólica; los *tristes* del gaucho son eminentemente tristes; por ser éste el tipo de nuestra música criolla, me fijo en los *tristes*, que llevan consigo el nombre.

Dias pasados un amigo me hizo el presente de una composicion suya, que tiene por nombre *Aire criollo*. Es una preciosa creacion típica, tan melancólica, cuanto puede serlo una de esas composiciones populares, que tienen su origen, como antes lo dije, en dolores íntimos; y sin embargo este *Aire criollo*, tiene algo de tan danzante, como la zamacueca embriagadora cuyo ritmo ha tomado. Ciertos bailes Hindus son tan melancólicos, que á veces su cadencia produce una emocion penosa; es que el baile no fué siempre manifestacion de alegría: la música lo fué rara vez para ciertas razas.

El *Aire criollo* de Colombres con su ritmo especial, su melodía característica, tiene el poder mágico de despertar en mi fantasia un mundo de imágenes, que parecen contrariarse y que sin embargo coexisten.

Al escucharlo, veo niñas gentiles, de negra cabellera sedosa con reflejos azulados y

talle flexible, que en cadencioso movimiento se agitan dulcemente, como voluptuoso enjambre de encantadoras bayaderas; y pienso en Platon que confundió la música con la poesía y el baile.

Tras el animado grupo, aparece una sombra misteriosa, cubierta de oscuro manto en actitud grave; creo reconocer en ella la imagen viva de nuestras soledades, de nuestros desiertos, que se queja en silencio; y mi pensamiento evoca al inspirado, al inimitable Polaco Chopin, cuyas melodías son siempre un lamento, por más que su ritmo sea el del vals voluptuoso ó el de la nerviosa mazurka.

Otras veces cuando algún acorde en mayor, cambiando valientemente el tono menor, tan favorable á la tristeza, derpierta la melodía con luminoso destello, acompañado de graciosas apoyaturas cristalinas, se me figura ver la aurora de un día plácido, á la par que amiga brisa me acaricia blandamente con el irritante perfume de embriagadores azahares; veo el sol radiante que dora las hojas lustrosas de los limoneros del poético Tucuman; veo su cielo, sus jardines encantados, sus montes tupidos; y en lontananza percibo la elevada cumbre del Aconquija, esa maravillosa montaña que la tierra viste de flores y el cielo corona de nieves. Entonces bendigo el arte, recordando aquellas palabras de Méry: «El arte eleva el corazón, ensancha el espíritu y abre á los pensamientos horizontes más vastos y serenos».

EDUARDA.

PUNTADAS

Que susto, señor Director!

Aun no me llega la camisa al cuerpo, y eso que la uso de una sola vesga por aherrar bramante, pues este está tan caro como la carne, que es cuanto puede decirse para significar el alto precio de una cosa.

He pasado días de verdadera agitacion y noches de desesperante insomnio desde que mandé á Vd. mis primeras puntadas.

No he podido comer ni dormir, aunque para conseguir lo último, me he leído, lo menos cien veces, desde el primer editorial, hasta el último de los avisos de un diario de la mañana.

Pero en vano; me era imposible conciliar el sueño.

Por fin, desesperada por tanto desvelo y haciendo lo que ciertos enfermos desahuciados de los médicos, que buscan la mejoría que no les ha podido dar la ciencia, en los remedios caseros, me resolví á echarme entre pecho y espalda el soneto que el poeta Guido mandó al certámen que hace poco tiempo tuvo lugar en Madrid.

Excelente ideal

Habia sido un maravilloso antídoto contra el insomnio.

Pero esto recién lo hice el jueves, y hasta ese día habia estado, desde que le mandé las puntadas anteriores, sin poder pegar mis ojos.

Qué de ideas diversas bullian en mi cerebro!

Qué presentimientos tan tristes y adigentes agitaban mi espíritu!

Cuantas preguntas, que no conseguian sino engendrar una nueva duda, se escapaban á cada instante de mis labios!

¿Si se publicarán mis puntadas, me decía.

Si á Mendez le habrá parecido mal que una modista haya pretendido colaborar en su periódico, é indignado por tal pretension, habrá hecho arrojar á la basura las líneas que le mandé?

Si tendrán muchos errores?

Si les habrá quitado ó agregado algo?

Si á esta hora dormirán en el *carnero*, sin haber vivido un solo instante en el pensamiento del público?

Llegó por fin el día temido y deseado á la vez: el viernes!

Todavía, al recordarlo, tiemblo de tal manera, que me es imposible *ensartar la aguja*, como diria una de esas costurerillas vulgares, que ni conocen el idioma que hablan ni serán jamás modistas escritoras como yo.

Llegó el viernes, decía.

Desde temprano empecé á tener gente en la tienda y maldiciones en los labios para todas aquellas que venian á distraerme de mi constante preocupacion: «El Album.»

Entre las muchas personas que ese día habian ocurrido en busca de trajes se encontraba la señora del Doctor Quintana, quien ha dejado de ser mi favorecedora, por que al decirme que no le parecian bien las puntadas que habia dado en el ala de un sombrero que tra-

taba de comprarme, le pregunté si tenian muchos errores de ortografía.

Pensaba que se referia á los que habian enviado á Vd.

La señora se retiró haciendo un gesto de disgusto y probablemente no volverá á pisar los umbrales de mi casa.

Lo siento, por que es una de las personas que vestia sin esponerme á quedarme desnuda.

Pagaba muy bien, cosa que no puedo decir de muchas otras.

En mil incidentes como el que acabo de referir he sido actora hasta que recibí «El Album» y con él la prueba de que es Vd. el hombre más cortés y bondadoso del mundo.

Un millon de gracias, señor Mendez.

Debido á la generosa hospitalidad que ha dado su periódico á mi primera produccion no soy escritora inédita, como muchas gentes que debieran haberlo sido hasta en su existencia, ahorrándonos así el uso que nos producen sus sentimientos y sus nombres.

Ahora podré alzar la frente con orgullo, aunque tenga la cabeza más vacía que los bolsillos de un poeta.

Siendo escritora tengo derecho á hablar de todo lo que no entienda, cosa que me hubiera sido criticada en mi modesta condicion de simple lectora.

Y es justo que así sea, pues alguna ventaja hemos de tener las que nos dedicamos á escribir para *enseñar*, sobre los que leen para aprender.

Escribiré sobre música, aunque no sepa la diferencia que existe entre una semibreve y una corchea, ni distinga la llave de *fa* de la de *sol*.

Me ocuparé de poesía, aunque no conozca si un verso está bien ó mal medido, ni si las palabras que lo constituyen son ó no adecuadas para expresar tal ó cual sentimiento.

Probablemente los que las tengan más retumbantes me parecerán los mejores.

En los versos me gusta mucho el ruido, y me parecen sublimes aquellos cuyos consonantes son una especie de cañonazo.

Criticaré obras de literatura aunque estén escritas en idiomas que no entienda.

y no hayan sido jamás traducidas á ninguno de los que poseo.

Esto y mucho mas hará, señor Mendez, debido á la bondad con que ha recibido Vd. mi primer trabajo y al aplauso que reclamo del público para los que en adelante le envíe, invocando mis títulos de notable escritora.

Tengo, pues, mucho que agradecer á Vd.

No solamente me ha abierto las puertas del templo de la gloria, sino que me ha dejado llegar á él sin censurarme la manera de hacerlo.

Es decir, no ha hecho ninguna corrección en mis puntadas.

Las ha publicado tal cual se las mandé, salvo las iniciales del nombre de su amigo el Doctor... quien, segun me han dicho, es uno de los mas inteligentes hijos de Buenos Aires, por cuya razon deseo ocuparme de su persona refiriendo una historia que, por una gran casualidad, ha llegado á mi conocimiento y en la que figuran los amores de una literata.

Contra mis deseos voy á dar una puntada de remate á estas lineas.

Así me lo exige la conclusion de un vestido que debo entregar á una señora que dentro de breves horas se pondrá en viaje para Londres.

Ah Londres!... por qué has venido á mi memoria?...

Only after your loss, Y knew what you are worth.

UNA MODISTA.

Setiembre de 1881.

OCAEO

Viendo rodar las agitadas olas,
Y oyendo sollozar á la espesura,
Como dos aves huérfanas y solas,
Nuestras almas se inundan de amargura!

Juntos los dos, en el aislado puerto,
En la hora de las íntimas congojas,
Vemos hundirse el sol en el desierto,
Y miramos los árboles sin hojas!..

•Meditemos! me dice;—y su cabeza
Se inclina dulcemente hasta la mia,

Con el extraño ahan de la tristeza,
Hermana del crepúsculo del día!..

Me habla de todo!.. de sus lilas bellas,
De sus sueños de amor, de su pasado,
De las flores, la luz y las estrellas,
Que Dios sobre la noche ha derramado!

Y es tan dulce su voz, como el lamento
Que modulan los pájaros perdidos,
Cuando baten las alas en el viento,
Por cima de los álamos erguidos!..

Yo la escucho en silencio, temeroso
Y encantado á la vez!.. Ella suspira,
Con un presentimiento doloroso,
Y á través de sus lágrimas, me mira!..

¡Oh Dios!.. tanta pureza y tanto ensueño,
No tienen su corona en esta vida?...
¿Porqué pasa la dicha como un sueño?
¿Porqué nos deja la ilusion querida?..

¿Esas horas purísimas no vuelven?...
¿Sus ráfagas de luz resplandeciente,
Impregnadas de aroma, nos envuelven,
Sin dejarnos un ósculo en la frente?..

¿Porqué si su recuerdo y su dulzura,
Como gotas de diáfano rocío,
Templaron nuestro ser en la frescura,
Nos han dejado el corazón vacío?..

¿Y porqué si el jardín dió nuevas flores
Y las lilas abrieron su capullo,
Ya no llegan ni cantos, ni rumores,
Hasta el altar de mi pasión y el suyo?..

¡También lloran los ángeles del cielo!..
Capricho misterioso del destino!..
Nos cubre con su sombra, el desconsuelo:
Y el amor, nos alumbró en el camino!..

LEOPOLDO DIAZ.

Setiembre de 1881.

LA JUVENTUD Y LAS SOCIEDADES LITERARIAS

I

El sol de la mañana envuelve con sus destellos, el horizonte que se extiende tapizado de verdura.

Los árboles se visten de hermoso follaje, y balancean muellemente sus dorados frutos.

La fresca brisa arrebató el perfume á las pintadas flores.

El aura matutina imprime su tinte de belleza á la blanca azucena.

El manso arroyuelo serpentea silencioso entre el florido bosque.

Las ondas serenas del océano besan las costas.

Los pájaros trinan y revolotean alegres, luciendo sus atornasolados plumajes.

El indómito corcel se lanza altivo al través de la llanura, agitando en el aire su larga crin.

Un cielo jaspeado y bordado de aterciopeladas nubes, se extiende sobre este armónico conjunto.

Todo sonríe; todo es paz y felicidad; todo es calma y dulzura.

Tal es el cuadro sublime que nos representa el porvenir de la patria, cuando vemos entregado el bajel en que navegan las esperanzas, á los pujantes esfuerzos de la generación que hoy se nutre con el pan del saber.

Como jóvenes y ardientes admiradores del progreso, miramos con placer el movimiento intelectual que viene operándose en la República, admiramos esta reacción vigorosa que se opera entre nosotros y creemos encontrar su origen, en el espíritu entusiasta y ardoroso de la juventud.

Si el adelanto intelectual es el motor que eleva á los pueblos á un alto grado de prosperidad moral y material, la República Argentina, marcha apresurada á efectuar una evolución certera en este sentido.

La fundación de sociedades literarias, por jóvenes estudiantes, en las principales provincias, prueba á la evidencia, no solo nuestro amor hacia el estudio de lo bello y de lo ideal, sino también el futuro engrandecimiento de la cuna de la libertad americana.

Si en los albores de la vida, vamos á empapar nuestras ideas en las cristalinas fuentes, donde se reflejan la grandeza y el inmortal génio de naciones que deslumbraron al mundo con su esplendor, recogeremos inspiraciones dignas de cantar la grandeza y el génio patrio de nuestros mayores.

Recorramos, pues, por un momento, las páginas de la historia, notando los hechos culminantes que se relacionan con la materia que vamos á tratar, y que brillan ante nosotros, cual faro luminoso ante el marino que ve arrebatado su existencia en noche tormentosa, por las crispadas olas; y apercibiremos en lontananza los fúlgidos rayos que se dilatan en flotantes hebras

hasta coronar la erguida frente de la patria.

II.

Descorred el velo tras el cual se ocultan las épocas pasadas, y vereis multitud de principios en lucha, cayendo los unos y triunfando los otros, para ir luego á combatir con nuevas ideas erróneas, á medida que el crecimiento de la especie humana les dá origen.

Meditad sobre las revoluciones que han sufrido las sociedades; sobre las bases en que se fundaron y en las que hoy reposan; contemplad el movimiento actual del mundo, y vuestra imaginacion naufragará en un mar de dudas, sin alcanzar á comprender dónde encontrará sus límites la civilizacion, dónde sus barreras las ideas de progreso que hoy envuelven al órbe.

Entonces se reflejarán ante vosotros, los bautismos de sangre que han precedido al melodioso canto, entonado al géuio, que hoy se oye de un polo á otro.

Entonces se dibujarán en vuestra mente, los esfuerzos hechos por el hombre, para llegar á aspirar el dulce ambiente de la libertad y de la ilustracion.

Investigad mas, y conoceréis que ese progreso, ese movimiento y esa lucha, que han producido, por decirlo así, el ennoblecimiento de la familia humana, son el resultado de las fuerzas combinadas de las partes componentes de un todo; son el fruto de la colectividad individual.

Es noble y santo, pues, unirnos para llevar el debido tributo al adelanto comun.

Esto ha comprendido todo argentino, y desde ya empieza á fructificar la simiente arrojada en terreno fecundo, por el valor de tantos héroes, de tantos mártires y tan abnegados titanes, que hoy admiramos llamándolos, con sobradísima razon, padres de la patria.

III

Es ley histórica que los pueblos ciñan el laurel que poda la mano de la justicia, cuando han triunfado del vicio, de la barbarie y de la opresion; porque la existencia es una lucha continua entre la verdad y el error, entre el saber y la ignorancia, entre la libertad y la tirania.

Nuestra patria empieza á ceñir esa corona, que aparece en su cabeza, como las flores aparecen en los árboles de su feraz suelo.

La juventud, obedeciendo á los principios, que tanto en lo moral como en lo

material hacen girar el mecanismo que domina las evoluciones del espíritu, de los sentimientos y de toda fibra sensible del organismo humano, y, obedeciendo, sobretudo, á la ley del progreso rápido que caracteriza al siglo XIX, al siglo que marca en el reloj del tiempo la hora afortunada del completo triunfo de la democracia, es decir, de la elevacion del hombre, al nivel que el dedo omnipotente de Dios, le señala al través de las edades y del espacio; se afana en ocupar el puesto que le corresponde en el limitado círculo local, para luego, con un capital acumulado de conocimientos, tomar asiento en el banquete, donde, á la vez que se brinda por el progreso de la Nacion Argentina, se llevan materiales á la obra de la consolidacion de todo sano principio económico, legislativo y político.

Es por esto que, vemos fundarse sociedades literarias y científicas, todas tendentes á ensanchar la órbita, donde giran las aspiraciones sociales.

Es por esto que, mientras se forman y se desencadenan las tempestades políticas la juventud estudiosa se vincula, para edificar su espíritu y formar el evangelio que regirá sus futuros destinos.

Estas sociedades trasladadas al lienzo del porvenir, tienen una significacion mas alta, mas elocuente, y por lo tanto mas expresiva que la que hoy se les concede.

Y tienen mayor significacion, porque de ese continuo movimiento de la inteligencia en la aurora de la vida científica, nacen, como consecuencia lógica, las potentes civilizaciones que determinan las épocas; surgen los ilustres hombres que fecundizan los horizontes de la ciencia, y se producen los grandes hechos que immortalizan á las naciones.

Ese movimiento, mantiene eslabonado el hombre á la patria, porque conserva viva la llama del civismo, que ilumina cuál radiante antorcha, la libertad de los pueblos.

Y esa agitacion es necesaria para la vida de las naciones, porque robustece los miembros que las forman y les dá accion libre y expansiva, para propender á su grandeza. Por eso ha dicho el príncipe de los oradores modernos: «Todo movimiento material desarrolla calor y todo movimiento moral, vida. Las sociedades se mueren cuando la inmovilidad

IV.

Nos encaminamos, pues, á depositar nuestra ofrenda, en el altar levantado, no solo á las ciencias, á las artes y á las letras, sino tambien al respeto del hombre por el hombre: á la igualdad civil y política.

Aspirar á entrelazar nuestros pensamientos con los aromáticos ramages del árbol del saber es llenar, mas que una aspiracion, una necesidad inherente al hombre; por eso las sociedades, desde su cuna, han trabajado incesantemente por dar en tierra con la execrable tiranía, encarnada en el oscurantismo, para levantar un sólido á la augusta justicia, encarnada en la civilizacion.

El porvenir á que está llamada nuestra patria es grande y glorioso, como grande y glorioso fué el drama que empezó con el grito de libertad, y terminó con su independencia, despertando el entusiasmo en todos los corazones que latian á impulso del patriotismo, bajo el cielo puro de la vírgen América.

Pasaron aquellas épocas de horrible agitacion, en que las sociedades obedecian al látigo del despotismo, manejado por el fanatismo de falsas religiones.

Pasaron aquellas edades de trastorno, en que la humana familia estaba entregada á la ambicion de los menos y á la crueldad de los mas.

Pasaron aquellos tiempos convulsivos, en que el mundo entero era un campo de batalla y los hombres todos eran soldados ébrios de sangre.

Y sin embargo, esas lumbreras que hoy iluminan la conciencia y la inteligencia, y que nosotros llamamos CRISTIANISMO y CIVILIZACION, surgieron de semejante confusion, atraídas por el torbellino de las ideas regeneradoras.

V.

Así como el pueblo romano detenía con uno de sus robustos brazos, esa impetuosa irrupcion que amenazaba envolver en ruinas su grandeza, mientras que con el otro grababa en el marmol las conquistas que habia efectuado en todos sentidos, para hacerlas mas sólidas y mas fecundas; la República Argentina reparte sus fuerzas entre civilizar al bárbaro que nos rodea, é ir añadiendo nuevos eslabones á la cadena de ferro-carriles y telégrafos que ligan á las provincias, y que necesariamente las hace marchar uniformes á la prosperidad comun.

Felices nosotros que nos presentamos en la escena de la vida, escuchando el sonoro tañido del martillo al chocar con el duro hierro, no para remachar cadenas que traben el progreso, sino para dar curso á toda idea de adelanto moral y material!

Felices nosotros, que viviendo en la época de mayor desenvolvimiento, estamos llamados á dar forma práctica y provechosa, á los resultados de cruentos sacrificios!

Felices nosotros, que alzando nuestra frente iluminada por el sol de la libertad y los nacientes rayos de la ciencia, nos lanzamos al inmenso mar del porvenir, batallando por legar á las futuras generaciones, un recuerdo indeleble de nuestra laboriosa existencial!

Felices nosotros, que al contemplar en lontananza las borrascas del turbulento mar de la vida, miramos sin amedrentarnos sus embravecidas olas y el furioso huracan que las agita, porque sabemos qui si difícil es nuestra tarea, grande es la gloria que ondea sobre los que lo surcan serenos y altivos, exclamando ¡PROGRESO!

VI.

Las asociaciones, como las semillas, tienen un periodo de generacion, así como un periodo que presentan los frutos que han sazonado al calor de la idea.

Las seculares páginas de la historia están llenas de ejemplos que podriamos citar; sin embargo, para no dejarnos llevar por la corriente impetuosa de la imaginacion, tan solo recordaremos que las asociaciones monásticas, salvaron en la Edad media, de ese doble cataclismo que envolvió al universo en tinieblas, que hizo tambalear el mundo, y que destruyó toda organizacion existente, las ciencias, las artes, y la legislacion, que los siglos habian acumulado, al pasar como ráfagas borrascosas, sobre las sociedades antiguas.

Hay mas, la imprenta, ese sorprendente invento que ha regenerado el espíritu y las tendencias del hombre, es obra esclusiva de una modesta asociacion, formada por tres titanes del pensamiento, cuyos nombres la posteridad recuerda con veneracion, y la gratitud ha grabado en el libro de la inmortalidad.

Pero ¿por qué ir tan lejos, si la independencia americana, recibió un impulso violento, de una sociedad que maquinaba en silencio, para llevar á cabo la grandiosa idea que dió vida propia á medio continente y pasando rápida el Atlántico, hizo

estremecer al soberbio leon que agitaba su melena allende los mares?

Por último, las grandes asociaciones que hoy figuran á la cabeza del movimiento intelectual y científico del mundo, han tenido su origen en pequeños centros que crecieron, hasta llegar hoy á lanzar de sus cerebros cuál fluidos eléctricos, torrentes de ideas, que empapando otros cerebros, han sentado sobre bases firmes las ciencias y las letras.

Y así ¿podemos asombrarnos si la generacion que hoy se levanta entusiasta, efectúa mañana una revolucion completa, y consolida los principios que forman nuestro código social y político? No! . . .

Desde ya comprende su rol, porque hay algo que le señala los altos fines á que está llamada, y ese algo son las necesidades que aun siente la Nacion Argentina.

Creemos pues que no es aventurado juzgar que su aspiracion es un barómetro, que anuncia dias felices, en que el sol de mayo brillará esplendoroso, si una nube que lo empañe, sobre la patria de San Martín y Rivadavia.



EUDORO DIAZ.

Rosario, Setiembre de 1881.

SUELTOS

El sábado 24 del corriente contrajo matrimonio en la vecina capital nuestro distinguido amigo Alfredo Clavelli, con la señorita Ramona Sanchez.

El mismo dia se embarcó en el «Cosmos» con destino á esta ciudad, acompañado de su señora y de su inteligente é interesante hermana, la señorita Mariana Clavelli, llegando aquí el domingo último.

Que el enlace de que damos cuenta abra una era de felicidad suprema á los jóvenes esposos y que permanezca por mucho tiempo entre nosotros la gentil Mariana, son nuestros deseos.

Ha aparecido ya el libro de poesías del jóven Enrique E. Rivarola, precedido de un interesante prólogo del Dr. Avellaneda.

Aunque conocemos las poesías del señor Rivarola, puesto que han sido casi todas publicadas en los diarios de esta localidad, nos reservamos leer detenida-

mente las páginas del libro que las contiene para emitir nuestro juicio sobre ellas.

Una cosa notable hemos encontrado en el prólogo: es la noble idea que ha tenido Rivarola, al destinar el producto de la venta de su obra, á la ereccion de la estatua á Echeverría.

Con este paso el jóven poeta ha demostrado, no solo que sabe hacer justicia al primero de nuestros compatriotas que, poseyendo las relevantes dotes de gran pensador, de gran político y de gran conocedor de la literatura, hizo una verdadera y benéfica revolucion en las letras argentinas, sino que abriga en su alma muy elevados y generosos sentimientos, pues en ese acto de justicia ha tenido que hacer abstraccion de sus propias necesidades; por que Rivarola es pobre en medios de fortuna.

Esa accion, como nos lo decia un distinguido literato, es digna solo de un poeta.

Calurosamente aplaudimos la feliz inspiracion de nuestro amigo; con ella ha venido á dar un favorable impulso á los trabajos de la distinguida comision nombrada con el objeto de coadyuvar á la idea de levantar un monumento al autor de «La Cautiva.»

El libro de Rivarola será buscado con interés.

Un inteligente jóven de nuestra sociedad se ocupa en coleccionar las composiciones en verso de la señorita Celestina Funes, para escribir un juicio crítico sobre ellas, á fin de hacer resaltar debidamente las dotes nada comunes que adornan á la distinguida poetisa rosarina.

Dicho juicio será publicado en este periódico.

En breve empezaremos la publicacion de unas amenas é instructivas cartas literario—musicales, escritas por un jóven músico muy conocido por el aire melancólico de sus producciones.

En nuestro próximo número publicaremos un lindo cuento que la interesante señora de Garcia ha escrito espresamente para *El Album*.

Su título es *Beyppa*, y, como todo lo que

sale de la galana pluma de la señora Mansilla, es original y tocante.

L.

GRANOS DE ARENA

Una noche me decías
mirando una blanca estrella:
—«Mi eterno amor—como aquella
chispa—jamás morirá!»
Y yo temblé de alegría. . . .
y despues temblé de penal. . . .
—Somos dos granos de arena
que van corriendo á la mar,
y, quien sabe si las olas
en su tumulto terrible
con furor irresistible
pronto nos separarán!
Me juras amor eterno
y la dicha me enajena. . . .
pero. . . . ay!—pobre de la arena
que vá corriendo á la mar!»

Esa noche se pasó;
despues vino la tormenta
y la tempestad cruenta
de tu lado me alejó. . . .

Hoy, quizá te has olvidado
de aquellos castos amores. . . .
—¡ay somos como dos flores
que arrebató el huracán!
Mi alma es hoja marchitada,
la tuya nívea azucena. . . .
somos. . . .—¡dos granos de arena
que van corriendo á la mar!
Somos eterno juguete
de fuerza desconocida,
pero el fin de nuestra vida
con gozo me hace pensar,
que:—puede que en la ribera
al caer nos encontremos,
puesto que entrambos corremos
á hundirnos á un mismo mar!

F. SOTO Y CALVO.

Setiembre de 1881.

MUERTE DE CÁRLOS I

Despues de cuatro horas de profundo

«Tengo que terminar un grande asunto, dijo á Herbert, es menester que me levante pronto!» y se puso al tocador. Turbado, Herbert le peinaba con menos cuidado que de costumbre: «poned, os lo ruego, dijo el rey, el esmero de siempre, aunque no deba mi cabeza quedar mucho tiempo sobre mis hombros; quiero estar hoy acicalado como un novio.» Al vestirse, pidió una camisa mas. «La estacion es tan fria, dijo, que podria temblar; algunos lo achacarian tal vez á miedo; y no quiero que sea posible semejante suposicion.»—Apenas apuntó el dia, cuando llegó el obispo y comenzó los ejercicios religiosos; y como leyera en el capítulo XXVII del Evangelio segun Mateo el relato de la pasion de Jesucristo, preguntó el rey: «Milord, ¿habeis escogido este capítulo como el mas aplicable á mi situacion?—Ruego á Vuestra Magestad que observe, respondió el obispo, que es el Evangelio del dia, como lo prueba el calendario.» Mostróse el rey profundamente conmovido y continuó con mas fervor sus oraciones. Cerca de las diez, llamaron suavemente á la puerta de la Cámara. Herbert permaneció inmóvil: se oyó otro golpe un poco mas fuerte, aunque débil aun. «Id á ver quien está ahí», dijo el rey: era el coronel Hacker. «Hacedle entrar, dijo.—Señor, dijo el coronel, en voz baja y un poco trémulo, ha llegado el momento de ir á Whitehall; Vuestra Magestad tendrá todavia mas de una hora para descansar allí.—Parto al instante, respondió Cárlos; dejadme.» Hacker salió: el rey se recojó aun durante algunos minutos; despues, tomando de la mano al obispo, dijo: «venid, partamos. Herbert, abrid la puerta; Hacker me ha hecho ya dos advertencias;» y bajó al parque, que debia atravesar para trasladarse á Whitehall.

Muchas compañías de infanteria le esperaban allí, formando á su paso una doble hilera; un destacamento de alabarderos marchaba adelante con banderas desplegadas; redoblaban los tambores; el ruido apagaba todas las voces. A la diestra del rey iba el obispo; á la izquierda, y con la cabeza descubierta el coronel Tomlinson, comandante de la guardia, y á quien Cárlos, conmovido por sus miramientos, le habia pedido que no le abandonase hasta el último momento. Conversó con él en el tránsito, le habló de su entierro, de las personas á quienes descaba que lo concerniente á él fuera confiado, conservando el aspecto sereno la mirada brillante, firme

el paso, marchando mas ligero aun que la tropa y estrañando su lentitud. Uno de los oficiales de servicio, proponiéndose sin duda turbarle, le preguntó si no habia asistido con el finado duque de Buckingham, á la muerte del rey su padre: «amigo» mio, respondióle Cárlos, con desprecio y dulzura, si no tuviera mas pecado que ese, por el nombre de Dios te aseguro que no tendria necesidad de pedirte perdon.»—Llegando á Whitehall, subió de prisa la escalera, atravesó la gran galeria y entró en su dormitorio, donde le dejaron solo con el obispo que se preparaba á darle la comunión. Algunos ministros independientes, Nye y Goodwin entre otros, vinieron á llamar á la puerta, diciendo que querian ofrecer al rey sus servicios: el rey está orando, les respondió Juxon; insistieron: «¡y bien! dijo Cárlos al obispo, agradecedles su oferta en mi nombre, pero decidles francamente que despues de haber orado tantas veces contra mí, sin motivo alguno, no orarán jamás conmigo en mi agonía. Pueden, si quieren, orar por mí; lo agradeceré.» Se retiraron; el rey se arrodilló, recibió la comunión de manos del obispo, y levantándose con vivacidad; «ahora, dijo, que vengan esos truhanes: les he perdonado de todo corazon, estoy preparado para lo que va á sucederme.» Se habia dispuesto su comida: nada queria tomar: «señor, le dijo Juxon, Vuestra magestad está en ayunas desde mucho tiempo: hace frio; y tal vez, eu el cadalso, alguna debilidad.» . . .—«Teneis razon,» dijo el rey; y comió un pedazo de pan y bebió un vaso de vino. Era la una: Hacker llamó á la puerta. Juxon y Herbert cayeron de rodillas. «Levantaos, mi viejo amigo» dijo el rey al obispo, tendiéndole la mano. Hacker llamó de nuevo; Cárlos hizo abrir la puerta: «marchad, dijo al coronel, os sigo. Se adelantó á lo largo de la sala de los banquetes, siempre entre dos hileras de tropas; una multitud de hombres y de mujeres se habia precipitado allí, con peligro de su vida, permaneciendo inmóviles detrás de la guardia, y orando por el rey mientras pasaba: los soldados mismos, silenciosos, no los molestaban. En la estremidad de la sala, una abertura practicada en el muro, el dia anterior, conducia llanamente al cadalso entutado; habia dos hombres, de pié cerca del hacha, ambos vestidos de marinero y enmascarados. Llegó el rey, erguida la cabeza, paseando hácia todos lados sus miradas y buscando al pueblo para ha-

blarle; pero solo las tropas llenaban el sitio; nadie podia aproximarse: dióse vuelta hácia Juxon y Tomlinson: «solo vosotros podeis escucharme, les dijo; á vosotros pues dirigiré algunas palabras;» y les dirigió en efecto un breve discurso que habia preparado, grave y templado hasta la frialdad, destinado únicamente á sostener que habia tenido razon, que el desprecio de los derechos del soberano era la verdadera causa de las desgracias del pueblo, que el pueblo no debia tener parte alguna en el gobierno, que solo bajo estas condiciones volveria á hallar el reino la paz y sus libertades. Mientras hablaba, alguien tocó el hacha; se dió vuelta rápidamente diciendo: «no melleis el hacha, me causaria mayor dolor.»

Y terminando su discurso, como alguien se aproximara todavía: «¡cuidado con el hacha! ¡cuidado con el hacha!» repetia en tono de espanto. Reinaba el mas profundo silencio: se puso un gorro de seda, y dirigiéndose al verdugo: «¿os estorban mis cabellos?» «Ruego á Vuestra Majestad que los recoja debajo de su gorro,» respondió el hombre incliniándose. El rey los arregló con la ayuda del obispo: «tengo en mi favor, le dijo mientras tanto, una buena causa y un Dios clemente.

—*Juz.* Si Señor, no teneis mas que dar un paso: está lleno de turbacion y de angustia, pero dura poco; y pensad que os hace recorrer un gran trayecto: os frasporta de la tierra al cielo.—*El rey.* Paso de una corona corruptible á una corona incorruptible, por la cual no tendré que temer ninguna perturbacion, ninguna especie de perturbacion; y dándose vuelta hácia el verdugo: «¿están bien mis cabellos?» Se quitó su capa y su san-Jorje, dió el San-Jorje al obispo, diciéndole: «acordaos;» quitóse su vestido, volvió á ponerse su capa y mirando el tajo: «colocadlo de manera que esté bien firme,» dijo al verdugo. Está firme, Señor.—*El rey.* «Haré una corta oracion, y cuando aice las manos, en tónces . . .» Se recojó, se dijo á sí mismo algunas palabras en voz baja, levantó los ojos al cielo, se arrodilló, colocó su cabeza sobre el tajo: el verdugo tocó sus cabellos para sujetarlos bajo su gorro: el rey creyó que iba á herir: «esperad la señal, le dijo.—La esperaré, Señor, como Vuestra Majestad lo quiere.» Al cabo de un momento, el rey estendió las manos, el verdugo hirió, la cabeza cayó al primer golpe: «he ahí la cabeza de un traidor!» dijo mostrándola al pueblo. Un largo y sordo gemido se levantó en torno de White-

hall; muchas jentes se precipitaron al rededor del cadalso para empapar sus pañuelos en la sangre del rey. Dos cuerpos de caballería, avanzando en direcciones diferentes, dispersaron lentamente la muchedumbre. El cadalso quedóse solitario: alzaron al cuerpo; estaba ya encerrado en el féretro, cuando Cromwell quiso verle: le consideró atentamente, y levantando con sus manos la cabeza, como para asegurarse de que estaba bien separada del tronco: «hé ahí un cuerpo bien constituido, dijo, y que prometia vivir largo tiempo.»

GUIZOT.

MISCELANEA

FELIZ INSPIRACION!

Por una considerable cantidad de dinero, nuestro espiritual colaborador Antonio Argerich ha conseguido para arrojarle á su futura suegra, es decir, á la madre de la viuda millonaria, uno de los aparatos á que se refiere el siguiente suelto que tomamos de un diario alemán:

«Ha sido presentado á una direccion de policia un aparatito que consiste en una pelota de goma que contiene en su interior una especial composicion química. Tirándola contra la persona cuyos esfuerzos y resistencia, desean paralizarse, á algunos pasos de distancia, la pelota revieuta, y pocas gotas que salpiquen sobre el traje ó sobre el cuerpo de aquel sobre quien se dirige, sin producirle daño alguno al volatilizarse, desarrollan un vapor que cria una atmósfera que paraliza todos sus movimientos.»

DESPUES LO SABRAN

Othoniel nos promete otro fragmento traducido del hebreo; en el que se perfila, no una rubia, como en el que publicamos en el número anterior, sino una *morocha* de formas escultrales.

Pronto daremos á nuestras lectoras el nombre de las aludidas. Por hoy les anticipamos que la rubia de labios purpúreos y ojos de cielo vive en la calle Victoria, y que sus iniciales son Hasta el próximo número.

UNA GRAN CASUALIDAD

Dice un diario, que al dia siguiente de las últimas elecciones habidas en Francia,

«La Linterna» hizo un tiraje de 266,000 ejemplares, que fueron completamente agotados.

Que casualidad!

Igual cosa ha sucedido con el número anterior de este periódico.

ASÍ

Cómo llenaré el espacio
Que ha quedado entre estos sueltos?
De una manera muy fácil:
Diré que sus ojos negros,
Su sedosa cabellera,
Su pié breve, su albo seno,
Su talle airoso y flexible,
Su linda boca y su aliento
Se asemejan á . . . no sigo
Por que el espacio está lleno.

APLAUSOS Á UNA ARGENTINA.

Refiriéndose á la cantatriz argentina Luisa Pujol, un diario italiano dice lo siguiente:

«Cantó con su acostumbrada valentia, la *Fuerza del destino*, en que tiene ancho campo para desplegar todos sus medios vocales y artísticos, y mereció ser llamada varias veces á la escena.

«Fué extraordinariamente aplaudida en el aria de las joyas, de *Fausto*, que cantó de una manera brillante y en cuyo momento le fueron presentados varios canastillos de flores y magníficos objetos de oro.

«La Union Filodramática le hizo el homenaje de una composicion poética.

«Fué, en sustancia, una espléndida noche, que dejará, estamos seguros, los mas gratos recuerdos en la jóven y simpática artista.»

ENLACE

Dentro de breves dias, el inteligente jóven Alejandro V. Murguiondo contraerá matrimonio con una interesante señorita que hace poco tiempo ha venido de Montevideo.

¿Quien pudiera ser Murguiondo! . . .

UN DRAMA NACIONAL

La distinguida literata Eduarda M. de Garcia ha escrito un drama cuya representacion tendrá lugar en el teatro de «La Alegria.»

Personas que lo conocen nos han asegurado que es una de las producciones mas notables de su autora.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, OCTUBRE 9 DE 1881.

BEPPA

Son las seis de la tarde. Hace frío, mucho frío, que estamos en Nueva York, y el fin del Otoño en aquel clima, es muy rigoroso.

Oyese resonar el *gong* (1) atronador, que sacude el aire violentamente y con sus vibraciones terribles, parece conmovér hasta los muros graníticos de esos inmensos hoteles, donde se alberga el pueblo americano.

Por las anchas escaleras lujosamente entapizadas, bajan en grupo pintoresco, damas elegantes, con vistosos trajes y elaborados peinados; á la luz del gas profusamente difundido, brillan sus joyas, y ya se percibe el grato murmullo, que producen las voces femeninas de la raza sajona. Pretenden los Americanos y los Ingleses, que las damas del medio día, hablan algo récio: quizá tengan razón.

Apenas van llenándose las mesas del vasto comedor, y ya se oye *the music*, la infaltable música, compañera inseparable de esas *meals* (comidas.) Música, execrable! Pero el Yankee, como el Ingles, paga bien, aunque juzga mal, el divino arte; ó mejor dicho no lo juzga. Violines ágrios, arpas destempladas, voces roncas y desafinadas, forman el concierto obligatorio de virtuosos ambulantes, que acuden á las puertas y ventanas de los hoteles, mañana y tarde. El Yankee es caritativo y poco nervioso.

Cuando es invierno, penetran los músicos en el ancho vestíbulo y entonces el ruido es insuportable.

«*Sull mare lucira*»

«Mamá! Mamá oyes la *barcarola* napolitana?»

«Si, mi hijito. Pero quien toca ese violin tan ágrío y destemplado?»

«Es un Italianito,» responde una voz infantil.

«Que venga.»

El niño rico corre solícito en busca del niño pobre y lo trae por la mano. Que contrastel Rubio, sonrosado, con mejillas afelpadas es el rico; viste trage de terciopelo turquí y corbata de blanco encaje, su talante es apuesto y sus cabellos perfumados relucen como el oro. Una luz chispea en sus ojos: es la esperanza de socorrer un infortunio, que el joven violinista, macilento, escuálido, con largos cabellos lacios, humedecidos, endurecidos por el frío, encorvado y casi giboso, es la imagen de la miseria.

Está nevando; la chaquetilla roja descolorida, estrecha, con pretenciosos alambres desgredados, cubierta de copos de nieve, que el calor de la habitación, reduce á manchas, parece una ironía, pues si muchos son los remiendos, mas son los agujeros. Brillan los dientes del pobre, que sonríe de frío, su piel atesada se colora de un tinte amarilloso y sus ojos deslumbrados por el gas, pestañean de continuo lagrimosos. El violincito, que el niño músico oprime con sus manecitas cárdenas y húmedas, lanza gemidos dolorosos; la alegre *barcarola*, hija del caprichoso mar azulado de Italia, se trueca en angustioso lamento de un alma en pena, prisionera dentro del violin, ó mas bien en quejido de hambrienta criatura.

«Taci per carità carino» (calla por favor, hijito.)

Dice la dama y el niño no comprende la dureza materna.

«Che vuoi?» «(Que quieres.) Dami un soldo» (Dame un sueldo) responde el niño mendigo, sin dejar su actitud de virtuoso.

«Non ne ho» (No tengo) dice la dama.

«Si che ne hai—epur de frauchi»—(si, que tienes, y tambien francos.)

No comprende el porqué de la discusión el niño rico, y mirando con estrañeza á

«Poverino!» murmura la madre abrazando con una mirada á los dos niños y poniendo en la manecita del Italianito dos relucientes monedas de plata.

Lanza una especie de gemido ahogado el violinista, y con esa gracia teatral de su raza, se arrodilla, besa el traje de la dama y esclama: «*Madonna mia dei Fiori*,» (Nuestra señora de las flores) y comienza a tocar de nuevo el destemplado *Sull mare lucira!*

«Basta carino!» Come ti chiamo? (Como te llamas?)

«Gino.»

Gino deja de tocar; el niño rico, alentado por la blandura materna y con aquel instinto de la infancia, naturalmente generosa, comienza á recoger las naranjas, las bananas, las almendras y dulces, que en vistosas y tentadoras pirámides se elevan sobre la mesa.

Con ojos curiosos y ávidos, sigue Gino los movimientos del niño rubio y éste va poniendo en manos del violinista su apetitoso botín. Pequeñitas son las manos, que no abandonan ni arco ni violin, estrechos y andrajosos los bolsillos del pobre, de suerte que bananas olorosas, naranjas doradas, almendras y dulces ruedan por el suelo.

Ambos niños se afanan por recogerlos: sus cabellos y sus manos se confunden entonces como sus almas. Caridad y reconocimiento! notas celestes desprendidas de la eterna armonía!

«Dale mas bien pan,» dice la madre; y el niño rico que vuelve á no comprender, halla dura la expresión de su madre.

Un Americano práctico, ofrece un diario para envolver las dádivas y Gino se va contento y muy cargado.

Esta escena, con pocas variantes, se repite de continuo—Arrecia el frío, que el invierno llega, y cada noche aparece Gino mas desenchajado y helado.

«Vuoi restar con me carino?» «(Quieres hijito, quedarte conmigo?)» Dicele un día la dama.

Hablaré á su padre, piensa la caritativa madre y trataremos de hallarle alguna

(1) Instrumento chino de que se sirven

«No—responde Gino.
 «E perche? non hai freddo? (¿No tienes frío?)
 Sí!
 «Callora? (Y entonces?) «Non hai fame? (¿No tienes hambre?)
 «Sí!
 «E perche mai? (Y porqué, pues?)
 «Per non lasciare Beppa.»
 (Por no dejar á Pepa.)
 «E chi é Beppa? (¿Quién es Pepa?)
 «La vedrete.» Y con este misterioso «la vereis,» se marchó Gino con sus naranjas, sus sueldos y su pan.

Derrepente dejó de venir Gino—La primera vez, el niño rubio exclamó: «Que será de Ginol!» La segunda lo olvidó y la tercera dió naranjas y bananas á otro Gino, que no era Gino, y que en vez de violin cantaba con el arpa.

Una noche apesar del frio intenso, acerado, que se sentía, y de la gran cantidad de nieve que habia caído, decidieron los padres del generoso rubio ir con algunos amigos á hacer una visita en las cercanías. La luna que se destacaba sobre un cielo luminoso, sin nubes, recordaba la «vela cándida» del poeta; la nivea alba, que todo lo cubria, poetizando con su blancura nítida, hasta el mas feo barrote de hierro, aclaraba de tal suerte los objetos, que suprimia las sombras.

Parecia una rival de la luna, rival opaca; pero rival poderosa.

Caminaba el grupo lentamente, sin ruido—La nieve que cambia el aspecto de una ciudad, altera hasta el tañido de las campanas.

El aire rarificado les da mayor vibración; en el suelo uada resuena, la capa algodonosa en que el pié se hunde, todo lo amortigua. Oyense solo las campanillas cristalinas de los trineos, que advierten á los transeuntes de la llegada del ágil vehículo, cuyo silencioso rodar tiene algo de fantástico y sobrenatural, que sobrecoge.

Derrepente al cruzar *Union square*, dónde los rayos de la luna caian casi perpendiculares, una masa oscura que se destacaba sobre la blancura de la nieve, llamó la atención de los paseantes. Era un niño dormido ó muerto. Al sentirse tocada, aquella masa inerte se agitó de improviso y resonó el tan conocido *Sull mare lucica*.

«Es Ginol!» Esclamaron todos á un tiempo.

El Italianito dormía sobre la nieve, pero al despertar, su instinto de mendigo le

asaltaba, y con voz doliente repitió.

«Dami un soldol!» Infeliz criatura! Que hacia en aquel lecho helado, espuesto á morir de frio?

«Ginol Gino che fai cui?» (¿Que haces aqui?)

«Yo suono» (Yo toco.) Respondió tranquilamente el pobre niño, y la barcarola resonó con mas brio. De improviso, se oyó un ligero chasquido: era una cuerda del violin, que se reventaba. El virtuoso exclamó: «Peccato come far, clupando, presuroso la sangre, que brotaba de sus dedos cortados por la cuerda.

La fina batista de un pañuelo guarnecido de encages, vendó la herida y Gino agradecido imploró de nuevo á su patrona *La madonna dei fiori!*

El frio era muy recio, cortante, y estar de pié en las calles de la metrópoli americana con cuatro grados bajo cero, no es cosa tentadora.

«Perche non vieni puí al hotel?» (Por que no vienes ya al hotel?) Ah! respondió el niño, tomando la limosna, que el grupo caritativo ponía en su manecita entumecida.

«Perche il padrone non vuole» (Porqué el amo no quiere.)

Ma tu? (Pero tu?... preguntó uno de los presentes «Ah io... per non lasciare Beppa!» (Yo, por no dejar á Pepa.) Y el Italianito comenzó de nuevo su melodía.

Llegaba en ese momento la providencia del desvalido que no tiene pan ni asilo, en la Union Americana: el policeman; y al percibir al desventurado violinista exclamó: *Poor little fellow!* (Pobrecito) y lo tomó por un brazo blandamente.

Despues de recomendar al Policeman al pobre Gino, que aterrizado abria tamaños ojos y de repetirle *non temere!* (no temas) vni domanit (ven mañana) le comitiva se alejó.

Entrando poco despues, en una de esas mansiones admirables, que son la mas acabada espresion del lujo y de la elegancia. Reinaba allí la alegría, todo invitaba al contento en el suntuoso recinto, mas el recuerdo de Gino, oprimia un corazon con mano férrea. Era un corazon de madre.

Al siguiente dia, Gino no fué al hotel y al sobresigniente el niño rubio y los suyos salieron para Pensylvania.

Pobre Ginol! «Per non lasciare Beppa!» ¿Pero quien era Beppa?

¿Quien? Nunca lo sabremos!

EDUARDA.

Octubre 1^o de 1881.

Oh tristeza del cielo!
 Que has descendido á mi alma
 En la luz melancólica
 De su primer mirada:
 ¿Por que te auelo tanto
 Sabiendo que me matas?

Estrofa del poema
 Que su pasion encarna,
 Dulce como la música
 Que suena en sus palabras:
 ¿Por que, si no eres mia,
 Te guardo entre mi arpa?

Suspiro perfumado,
 Que llevas en tus alas
 La sombra de sus penas
 Y el brillo de sus lágrimas:
 ¿Por que, si eres para otro,
 Mi corazon te llama?

Onda de luz celeste,
 Que ané mis ojos pasas
 Llevando el sol que nace
 Debajo sus pestañas:
 ¿Por que, si eres del cielo,
 Te busco en mi esperanza?

G. MENDEZ.

Octubre de 1881.

SAINETE CÓMICO-SATÍRICO, INTITULADO
 «LA ORDENANZA MUNICIPAL»

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa un almacén que hace esquina. —Mostrador al frente y encima de este una balanza con fiel falso; á los extremos dos escuparates, vulgo vidrieras, con alfajores, alfeñiques, pan, tortas, queso, salame, etc, etc.

Escena I

El dependiente—(entrando por la tras-tienda)—Don Cosme, son las diez.

Don Cosme—(dueño del almacén: mira el reloj y replica con enfado)—Faltan cinco minutos todavial

Dependiente—Es que anda atrasado. El almacén de enfrente ya ha cerrado.

Don Cosme—Cierra la puerta, entónce.
Dependiente—Voy—(Salta de un brinco

el mostrador con mal disimulado júbilo y tanta prisa se dá por cerrarla que le aprieta un dedo á una marchantu.

Escena II

Misia Micaela—¡Ayl pedazo de bruto, me ha sacado una uña. . .

Dependiente—(abriendo apenas la puerta y con voz de conspirador)—¡Son las diez! No se puede. . .

Misia Micaela—Quiero hablar con Don Cosme.

Don Cosme—Déjala entrar.

Misia Micaela—(Entra chupándose el dedo y despues de escupir, dice): Véndame, pues, un peso de yerba argentina. . . ¡ay! me arde este dedo. . . cómo quiere que esté sin tomar mate hasta las cinco?..

Escena III

Un vecino—(asomándose)—¡Ahí viene un vigilante!

Don Cosme—(al dependiente)—¡Cierra pronto!

Misia Micaela—Yo quiero salir, mi marido me espera. . .

Don Cosme—¡Qué espere!

El vecino—Ya pasó.

Don Cosme—(otra vez al dependiente)—¡Abrele pronto y vuelve á cerrar.

El vecino—Convide con la copa por el servicio.

Don Cosme—A la noche será.

(Salen Misia Micaela y el vecino y quedan á puerta cerrada Don Cosme y su dependiente,

Escena IV

Don Cosme—¡Maldita Municipalidad!

Dependiente—(aparte)—Merece una buena llapa.

Don Cosme—¿Qué estás diciendo ahí?

Dependiente—¿Yó?, .. que estoy buscando el sombrero para ir á la Exposicion Rural.

Don Cosme—¡Pues no faltaba más! Ahora vamos á echarle agua al vino, á moler café y á arreglar los estantes de la loza: hay trabajo para todo el dia.

Dependiente—(estrujando el sombrero)—Pero la municipalidad. . .

Don Cosme—Si no, te conviene, busca otro acomodo, yo no entiendo de municipalidades.

Dependiente—(arrojando el pauza de burro) ¡Maldita municipalidad que me hizo concebir esperanzas!—para qué diablos haria la ordenanza si no tenia medios de hacerla cumplir. . .

CUADRO SEGUNDO

La decoracion cambia. Ahora representa la via pública y un carruaje en ella

conduciendo al Presidente de la Municipalidad.

Escena I y única

Alcar—(asomándose á la ventanilla con curiosidad y mirando el almacén cerrado) ¡Como se respetan mis órdenes!—Pobres dependientes, siquiera descansarán un dia. . .

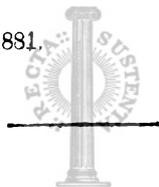
El cochero—(suspirando)—Si pudiera efectuar una carrera á pié!
(Se oye un relincho.)

El apuntador—(filosóficamente)—Los *caballos* no tienen voz,—si la tuvieran, dirian, para envidiar al cochero: «Si pudiéramos sentarnos un momentol» (con modestia ahora é identificándose con sus representados): pero tenemos que trotar y hartarnos de esa alfalfa que se llama sufrimiento: hay un domingo para el pobre, es verdad, pero tiene su nombre propio:—la tumba! (dirigiéndose al público): allí descansareis pobres animales!

(Se oye un silbido, vuelan papas á la cabeza del apuntador y. . . cae el telon.)

A. A.

Octubre de 1881.



COSTURAS DE CARGAZON

Me llamo Simon, para servir á ustedes. ¿Están bien?—Me alegro mucho.

Soy sastre de profesion y si agregara, despues de este dato que lo dice todo, que soy enciclopédico, incurriria en un pleonasmol

El sastre es primo hermano del barbero.

El parentesco es claro.

El uno corta el *cabello*, vamos al decir.

El otro, con la misma arma, esto es con la tijera, corta un traje y disfrazá á un palurdo en elegante, sacándole el *pelo* de la dehesa.

Despues el palurdo se da un *corte* y como esta familia, que se ha generalizado mucho desde los tiempos de Adán, anda siempre *cortada*, el pobre sastre paga el pato. . . el cola de pato, quise decir, que así llaman al irac los dandys *irresistibles*.

Pues bien, dejaré á mi primo hermano que no tiene vela en este entierro, aun-

que lo que diga de mí pueda venirle como traje de medida.

Soy sastre y por consiguiente tarambana, mentiroso y mas gastador de saliva en la conversacion que un andaluz ceceador.

Con estas dotes me parece que podré alcanzar un puesto distinguido en la república de las letras.

Ademas, la experiencia de mi oficio me servirá admirablemente en esta nueva profesion de literato que empiezo á ensayar.

Dicen, que no es mal sastre el que conoce el paño, y yo lo conozco bien.

No necesito como algunos colegas, recurrir al lente para saber si un género es bueno ó malo y por lo que respecta al género. . . humano, con los ojos cerrados digo que es pésimo.

Ya ven Vds. que conozco el paño,— luego debo ser buen. . . literato.

Otra dote impagable para alcanzar laureles en las letras.

¿La diré?

Tengo mis escrúpulos.

En fin, aliá vá y que Dios tenga en cuenta mi franqueza.

No hay sastre, que no sea ladron.

Tiempo al tiempo.

Ya haré míos tantos pensamientos como andan por esos libros.

Espero los aplausos.

¡Diablol Recuerdo ahora que he dejado la plancha en el fuego.

Fuerza es concluir, entonces.

No quiero hacerles ninguna promesa á los lectores de *El Album*, porque como soy sastre y la costumbre es una segunda naturaleza, no se las cumpliria.

Les diré únicamente, que si llego á pisar una mala yerba, haré uso de mis útiles profesionales, sin ninguna clase de consideracion.

Con la plancha alisaré las feas arrugas de la vanidad y las pretenciones desmodicas.

Con la aguja coseré los andrujos del juicio y el sentido comun.

Con el metro, aunque pocas ocasiones se me presentarán, mediré los alcances infeccionales de los géneos del dia y las esperanzas de la patria.

Con la tijera, cortaré las alas á los

audaces y despabilaré tanta pavesa que
pasa en el mundo por reguero de luz
intelectual.

MAESE-TIGERAS.

Octubre de 1861.

BALADÁ

Tengo una perla escondida,
Allá, en las márgenes solas
Es una virgen dormida,
Que oculta la mar querida
Bajo sus límpidas olas! . . .

Cuando la tarde se inclina,
Desfalleciente, al ocaso:—
Como una pálida ondina,
Mi adorada, se encamina
Hasta el borde del ribazol

Cuando la luna aparece,
Y su rayo en las espumas
Plateada ciuta parece,
Mi palacio resplandece
Bajo el manto de las brumas! . . .

Ella me espera en el fondo,
Y yo, desciendo, desciendo
Y á sus palabras, respondi
Con el acento mas hondo,
Sus cabellos esparciendo!

Las sirenas, entonando
Su dulce cancion, nos miran,
Mientras las olas, rodando
A nuestros piés,—murmurando,
En anchos círculos giran!

Abren su seno brillante
Las algas, sobre la alfombra:—
Y en un éxtasis amante,
Abre su caliz gigante
El nenúfar, en la sombra!

La luz, que filtra á manojos
Por la altísima ventana,
Besando sus lábios rojos,
Y mis ojos en sus ojos,
Me sorprende á la mañana. . . .

Tengo una perla escondida
Allá . . . en las márgenes solas
Es una virgen dormida,
Que oculta la mar querida
Bajo sus límpidas olas!

LEOPOLDO DIAZ.

Octubre de 1861.

SUETOS

El baile del "Club del Progreso" es la última novedad social. Este ha estado suntuoso, réjio. Las pinturas, adornos y demas reformas hechas en el Club han llamado la atencion, muy particularmente el saloncito de *toilette* para señoras, que está preciosamente adornado con un juego chinesco de varilla dorada, raso color habana y terciopelo azul, y las cortinas de los mismos colores.

Una multitud de lindísimos adornos de todos gustos y clases escogidas forman la vista mas agradable que se puede imaginar.

Este saloncito producía un efecto mágico viendo surgir de su seno tanta belleza envuelta en nubes de tul, incendiando el alma aquellas de ojos negros, extasiando las de ojos azules, y haciendo entrever un cielo de dicha las de los ojos verdes.

¡Oh! los ojos verdes!

En el salon de baile pudimos apreciar que el traje mas espléndido y elegante que se lucía en él era el de la señora Susana Rodriguez de Quintana.

Tambien se hacían notables por su buen gusto las lujosas *toilettes* de las señoras de Heinmendal y de Tejedor.

Julia Sanchez lucía con la gracia que le es peculiar un vestido de surah celeste.

La jóven señora Trinidad Laspiur de Sarmiento vestía de raso blanco guardado de blondas del mismo color.

Bernardina Sanchez llevaba un traje de surah color rosa y flores iguales adornaban sus lindos cabellos.

Rivalizaban en gracia y en belleza Herminia Oromí, Maria Luisa Ocampo, Isolina Arocena, Sofia y Gervasia Casares, Maxima Lastra, Anjélica Sanchez, Maria Luisa Palacios, Isolina Eastman y Laurentina Wilson.

Bellas é interesantes estaban las orientales de Arocena y de Muñoz.

Vestida de blanco, de blanco como el color de su alma, como los pensamientos que irradian en su frente de nácar, con el traje de los ánjeles, sus hermanos, y con la corona de oro que Dios le ha dado, vimos á Ema Wilson, la de los divinos ojos, verdes como la esperanza.

Si, como la esperanzal

Como las horas felices vuelan con nins velocidad que el pensamiento, las de aque-

lla noche se evaporaron, pero no así las impresiones recibidas que á veces dejan un rastro indeleble.

Siempre hemos bendecido la contemplacion de la aurora, pero en esos momentos al ver brillar sus reflejos é introducirse furtivos por los cristales, no pudimos evitar esta exclamacion:

¡Importuna!

El 3 del corriente unieron su suerte el Sr. D. Jose Antonio Lagos y la señorita Luisa Cabrera.

¡Que sean felices!

Proximamente deben celebrarse los siguientes casamientos:

El Dr. Argerich con la lindísima señorita Pastora Arce.

El comandante Rivas con la bella señorita Maria Gayoso.

El capitau de marina D. Andres Gomez con la señorita Sofia Bustillos.

El señor D. Eleodoro del Castillo con la señorita Maria Posse.

El caballero Alejandro Casares con la señorita Anjélica Bullrich.

El capitán de Marina D. Ramon Cadelago con la señorita Francisca Molina.

¡Que la guirnalda de ilusiones que tejen los enamorados se convierta en la dulce realidad de una ventura eternal

Para el sábado 8 se anuncia el tercer concierto-tertulia en el «Club Union Argentina».

El programa es excelente, de manera que promete estar tan bueno como los anteriores.

Allí tendremos el placer de aplaudir á la señora de Silva, cuyo talento y gracia para recitar son incomparables.

Suponiendo que no existieran los muchos atractivos que tienen estas reuniones, merecerian la pena de asistir á ellas solo por oír un *recitado* de la señora de Silva, cuya dulce voz fascina como cuenta la fábula que fascinaba la voz de la sirena.

Pero en este mundo ingrato el talento y las virtudes tienen muchos envidiosos, así es que no sería de estrañar que ella los tuviera tambien.

LAS ARMONIAS DE LA LUZ

(Véase el número 9)

—Y Vd. señor, pregunté con un respeto creciente, ha realizado ese sueño maravilloso?

—Oh, mi joven amigo! Ninguna gloria me cabe por ese esfuerzo. Cuando Vd. contempla uno de esos admirables vasos de porcelana de Sévres ó de Saxe, transparentes como el cristal y adornados con los tesoros de la pintura, piensa Vd. acaso en el obrero ignorado que consume su vida en esas obras ó en Bernardo de Palissy, el alfarero de génio? Lo que para el padre Castel era imposible, á mi me ha sido fácil con el auxilio de la ciencia moderna, porque se han medido las vibraciones del éter, y la longitud de las ondas luminosas. Así, esas vibraciones son, por milésimo de segundo, 699.000,000 para el violeta, 522.000,000 para el azul y 477.000,000 para el rojo.

—Y un simple clavicordio basta para poner en juego todos los elementos necesarios?

—Era esa otra de las dificultades que se ofrecían al padre Castel: en su tiempo solo se conocía el clavicordio elemental, que hoy ha sido, en la música, completamente sustituido por el piano. Dentro de poco verá Vd. que el piano mismo cederá el sitio al órgano, que ofrece mas combinaciones y tiene el privilegio, á mi juicio definitivo, de dar vida y espresion al sonido, por medio de su mayor ó menor prolongacion. Por esa razon preferí el órgano, como base de mi trabajo y el éxito me ha dado la razon.

—Pero siendo, como somos, mucho mas rápidamente sensibles á los colores que á los sonidos puesto que podemos ver simultáneamente un número inmenso de los primeros, no es necesario que ese órgano sea tocado con una velocidad vertiginosa?

—Sin duda ninguna y mi Lena lo ha conseguido con la práctica, sin que su ejecucion le cueste trabajo de ningun género, tal es la esquisita sensibilidad, si puedo espresarle asi, del instrumento. Por lo demás, mi joven amigo, como noto en su fisonomía una curiosidad implacable quiere Vd. honrar la casa de este viejo y venir mañana á medio dia á gozar un momento de un espectáculo desconocido para Vd?

No creí encontrar términos bastante

calorosos para espresar mi gratitud. Tomé la mano del auciano, la estreché entre las mias y me despedí, mientras Andrea, sonriendo de una manera triste y benévola, se dirigia lentamente hacia un estante atestado de viejos libros en pergamino.

IV.

Salí de la Biblioteca con la cabeza ardiendo; las sienas me latian tumultuosamente, sentia correr mi sangre empobrecida con una rapidez inusitada y parecíame no haber aire en la atmósfera para mis pulmones ávidos. No era precisamente el esfuerzo intelectual hecho para alcanzar las esplicaciones científicas que me habia dado Andrea, lo que habia producido en mi ese estado. En la vida de quietud inalterable que llevaba, mi organismo moral se habia, por decir así, destemplado, olvidado del hábito de las emociones y aquella revelacion de un fenómeno tan admirable ante mis ojos, me hirió profundamente. Vagué toda la tarde por la Chiaia y por las orillas del golfo: buscaba mi mirada ansiosa toda combinacion de colores en los cielos y en la tierra y siguiendo el impulso del pensamiento predominante, cerraba los ojos; en las profundidades de la retina, creia ver mezclados de un modo sorprendente los trémulos matices de las nubes que velaban el lecho del sol, en el confin del mar, con los sombreados tintes de los árboles silenciosos que inclinaban sus hojas sobre la cuesta de la montaña. Las aguas fosforescentes, las luces fugitivas de la ciudad, que parecian jugar con las ráfagas de la tarde, ya apareciendo brillantes, ya ocultándose temerosas, los eternos y amarillentos vapores que se escapan del cráter del Vesubio, todo se continuaba, se amalgamaba y por fin tomaba ante mi vista estática la forma armoniosa que encontraba el pobre loco de Balzac delante de su tela querida, informe para los demás, radiante de belleza para él.

La noche que pasé, casi sin dormir, fué una noche de sueños vagos, indefinidos, que ondulaban en mi espíritu, se alejaban, se disipaban y volvian á renacer bajo nuevos aspectos. Todas mis impresiones queridas, las que habian poblado mi alma de recuerdos adorables, se referian por sí mismas, sin la menor intervencion de mi voluntad, á mi preocupacion dominante. En ese ensueño conciente, porque hasta cierto punto uno es testigo mudo de los fenómenos que se desarrollan en el espíritu, creia oír una

á una, cantar en mi oído, como de costumbre, las sublimes melodias del Fausto; pero la impresion no era la misma. No sentia mi alma mecerse blandamente al compás de una música que solo ella oía; por el contrario, un inefable silencio dominaba la creacion y allá en el fondo del jardin de Margarita, los pájaros, de variado y vistoso plumage, se agrupaban mudos, y ante los rayos últimos del sol abrian sus alas jaspeadas, sacudian sus plumas brillantadas, cambiaban de posicion, jugueteaban en el aire y en incesante movimiento, giraban alrededor de Fausto y Margarita, que asidas las manos, húmeda la mirada, seguian estasiados las variaciones sin fin de ese cuadro espléndido de vida y de silencio.

Luego la escena cambiaba lentamente, como esos cuadros dioránicos que van disipandose insensiblemente ante el ojo del espectador, mientras que en el vano fondo de la tela comienzan a delinearse los contornos principales de un nuevo panorama. Árboles y flores, pájaros y cielo, Fausto y Margarita, todo se desvanecia silenciosamente, perdiendose en una nube indefnida en la que mi mirada se hundia ávida, buscando luces y formas. Mi espíritu, en pasmosa actividad, parecia aguardar un átomo para crear un mundo y al primer resplandor sombrío que brotó de aquella masa informe, un cuadro completo se desarrolló en un horizonte visible. En las orillas del mar, entré viejos torreones y rocas escarpadas, bajo un firmamento opaco, en el que sombras colosales rodaban confusas, se destacaban dos figuras supremas, indefinibles: una de ellas, alta, esbelta, robusta, apretaba las sienas entre sus nervudas manos, mientras su cabello renegrido se herizaba sobre el cráneo; la otra, á lo léjos, como pisando firmemente en las brumas del mar, parecia un viejo caballero, erguido sobre una gótica tumba de la Edad Media, á la poderosa evocacion de una fuerza irresistible. Tenia el brazo derecho estendido y en el mortal silencio, una voz profunda, ajena al espectáculo, retumbaba en mi alma y creia oír el nombre de Hamlet cerniendose sobre mi delirio . . .

Cuanto tiempo duró aquella exitacion? No lo sé; pero cuando al dia siguiente entró la luz por mi ventana y quise arrojarme del lecho sentí una fuerza invencible que me impedia dejar la cama. Desde ese momento, mis recuerdos se confunden; luchas, protestas, alucinaciones, paisajes encantadores, visiones horribles, sueños

delicados y pesadillas espantosas . . todo confundido parecè haberse grabado en mi memoria.

La grande y serena figura de Andrea se destaca de ese cuadro de confusion; creo recordar su actitud triste y suave á la vez, creo oír sus palabras de consuelo y persuasion, pero casi sin conciencia, como los últimos vestigios del delirio. .

Despues he sabido que durante un mes he estado entre la vida y la muerte, bajo la influencia de un ataque cèbral que turbó profundamente mis facultades. En los quince primeros dias de mi enfermedad, un extranjero, de venerable aspecto, habia venido diariamente á pasar dos ó tres horas á mi lado, siendo el único que tenia bastante dominio sobre mí para hacerme tomar los medicamentos que rechazaba instintivamente.

Habia delirado continuamente; hablaba de órganos, luz, colores, éter, vibraciones y nombraba á cada instante al padre Castel, á Andrea y Lena. Cuando el extranjero me oía, su rostro se sombreaba y caía en profunda meditacion. Pero dos semanas despues de mi caída, no habia vuelto el anciano.

Mi primer cuidado, así que recobré completamente la posesion de mismo y que pude ensayar mis fuerzas, fué dar instrucciones á fin de que se me trajeran noticias de Andrea Tanarotti y su hija. A fuerza de investigaciones, conseguí saber su paradero; no habia nadie en la casa, que parecia completamente abandonada.

MIGUEL CANÉ

(Concluirá)

RECUERDOS DE UN BAILE

(EN CASA DE MEDINA)

Mirallas bailandol no tienen iguales,
Cual bellos querubas, las hijas del sol,
Deidades semejan, ó seres ideales
Batiendo sus álas de vivo arbol.

La nota perdida de armónica lira
Que allá en los espacios fugaz resonó,
Semeja en sus écos el éco de Elvira,
Creacion hechicera de un sueño de amor.

Y suelto el cabello, flotando sus rizos,
Vestida de blanco, con flores puozó,
Abita nes brinda sus dulces hechizos:—
Feliz el que pueda quemarse á ese sol!

La de Suvirano, tambien dulcemente,
De flores preciadas compone el matiz:
•Colora sus labios con tintes de Oriente
El alba que asoma cual nuncio feliz.▪

El plácido trino de dulce avecilla
Que salta entre ramas de fresco rosal,
No tiene el encanto que tiene Maria,
Rival de las magas del sol tropical.

Así cual suspiran las castas palomas,
Suspiran sus senos, do reina el candor;
Sus senos que exhalan suaves aromas,
Aromas que embriagan de púdico amor.

YOPRE.

Octubre de 1881.

ARCO-IRIS

El *Bachiller Tormentas* se coló de rondon á la estancia desmantelada, tiró sobre el pavimento sus guantes raidos, que quedaron firmes y tiesos como dedos de italianos jugando á la *murra*, sentóse sobre la silla clásica que la accion destructora de los siglos tiene convertida en tripoda, tomó por asalto la histórica mesa de redaccion, y blandiendo con ademanes nerviosos aquella misma pluma de que tantas veces se habia valido para escribir su nombre idolatrado, nos enjaretó de un soló tiron los celestinos disparates que á continuacion se expresan:

* * *

Hay una estrofa profundamente triste,
filosófica y desgarradora de Becquer que dice así:—

*Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz,
soy incorpórea, soy intangible,
no puedo amarte. . . — Oh ven, ven tú!*

Hé aquí el *corazm-abismo* de ciertos animales bipedos de la primera escala zoológica, puesto de relieve á los ojos del respetable público, por la observacion maestra de un poeta inmortal que ha sabido penetrar los mas insondables misterios del alma humana.

Para ellos, tocar la realidad es asir la columna de humo que se desvanece y huye al mas leve contacto de la mano.

Por eso necesitan, para conservar siquiera en el alma el supremo consuelo de una ilusion sin mancha, soñar con lo imposible del ideal desde la cuna hasta el sepulcro!

—

La naturaleza humana tiene en su fondo una fibra latente de infinita sensibilidad, que solo vibra y se estremece ante las grandes obras de Dios.

De ahí que ante el recuerdo de la mujer querida—bella y radiosa como la mas fúlgida estrella de los cielos—esta pobre alma solitaria se levanta de su tumba, y tiembla como la hoja débil sacudida por el mas formidable soplo de tempestad!

Oh espíritu celeste! Iúnda mi corazon con el perfume gentil de tu belleza y muéstrame siempre la senda de luz de la inmortalidad con el radiante fulgor de tu mirada!

¿Qué pueden la separacion y la distancia insalvable para el cuerpo, cuando el pensamiento vuela en menos de un segundo por todo el estupendo espacio de los orbes?

Te amo con toda la infinita intensidad del sentimiento humano y con toda la pureza inmaculada del amor divino. Eres para mí mucho mas que una mujer maravillosamente bella de cuerpo y de alma, porque tienes la doble santidad del recuerdo y de la última esperanza desvanecida!

¿Qué importa *donde* nos hemos visto una vez mas sobre el mundo?

Para nosotros es lo mismo la bóveda del templo que las músicas alegres de la fiesta, porque ya en la naturaleza no nos queda un solo palmo de tierra que no tenga la tristeza desolada de una tumba.

Pero. . . ¿que quieres? yo bendigo el abismo que nos separa.

Cuando la ilusion de lo imposible se conserva pura, vale mas que la mas halagadora de las realidades, porque es la mas sublime y la mas heroica expresion del dolor humano.

Tú conservas tus álas de ángel y yo la beatitud celeste de tu recuerdo.

Eres el ideal, porque jamás te alcanzará mi planta sin rumbo sobre el mundo —y de ahí que sienta esta voz dulcísima y suave que canta eternamente al corazon con la estrofa de Becquer:—oh ven, ven tú! . . .

* * *

Despues de borroneados los honorables palotes que preceden, el *Bachiller* giró pesadamente sobre sus talones, recogió los guantes del suelo, y enjugando con

la manga una pituita lacrimal que rodaba por la periferia de su nariz, salió de la redaccion sin pensar en despedirse de nadie.

Los circunstantes reímos en coro de aquel infeliz orate y resolvimos dar sus originales al Regente, á beneficio y para soláz del público alegre, que tanto gusta de divertirse á costa de los animales pertenecientes al género romántico.

* *

Hablemos ahora de otra cosa.

¿Conocen ustedes á la misteriosa modista de las puntadas?

¿Sabes tú quien es, lectora bella que ilumina esta página con los dos luceros que adornan tu rostro encantador?

¿Ha conseguido usted averiguarlo, mi señora doña Gorgona Catachismes, (*celly bataaria murmurantis*) usted que se le pasa todo el dia delante de la persiana, con un mate amargo en la mano izquierda y un zoquete de pan con grasa en la derecha?

¿No?

Pues hombre... yo tampoco!

Y á fé que me felicito de ello... si la modista no resulta sastrel!

Soy demasiado impresionable y tengo miedo de recibir una puntada... en el corazon!

* *

Y á propósito de lo anterior.

Señorita Modista:—por la venerable cabeza de mi baston, juro á usted que la tomo á mi servicio particular, con goce de un buen salario, si se considera capaz de remendar corazones descosidos.

Espero la respuesta en esta imprenta.

* *

Por mas que mires, por mas que rias, por mas que juegues, por mas que corras, yo te aseguro que tus encantos aunque me encantan, no me enamoran.

Sé que eres linda, sé que tus ojos, dan, como el rayo, la muerte sorda, Sé que á jazmines tu aliento huele, sé que de perlas nido es tu boca.

Mas sé que fuiste siempre coqueta, mudable siempre, siempre traidora,

como la nube,
como la sombra,
como los vientos,
como las olas.

Tú sueñas mucho, yo espero poco, yo soy esquivo, tu eres celosa, tú, como el ave, buscas espacios,

yo, cual molusco, vivo en mi concha.

Tú, embelesada con el ruido sientes del mundo la fiebre loca, yo en la tristeza y en el silencio mis ilusiones evoco á solas; tu eres flexible como la idea, yo rudo y grave como la historia,

como el destino,
como la roca,
como la vida,
como la losa!

* *

Vedlo.

Ahi lo teneis, perfumado y elegante, rebosando torrentes de suficiencia por todos y cada uno de sus poros.

Se llama Rabulino Sacaparches y es alto, esbelto, tierno y almibarado como un bombon de la confiteria del Gas.

Su cerebro es un cementerio de ideas. No sabe quien es, de donde viene ni á donde vá, ni mucho menos se preocupa de averiguarlo.

Pero en cambio luce su honorable catadura por la calle Florida, provoca miradas ardientes de las niñas y concurre todas las noches á los bailes, de donde sale con la cabeza tan vacia como el alma de una coqueta.

Hombre feliz, animal privilegiado, con el mejor lote de la vida, golpea las puertas de la inmortalidad con tu hermosa varita comprada en casa de Bazille!

* *

A C. . . .

Conozco lo sucedido con todos sus detalles.

La catástrofe ha llegado á mis oidos como el eco de una campana funeraria.

Es el caso de repetir con el poeta:

Quando me lo contaron senti el frio de una hoja de acero en las entrañas!

¿Qué puedo decirte y que puedes decirme?

Tú sabes que hé velado cerca de ti con la abnegacion celeste de una madre ante la cuna de su hijo predilecto.

Ayer te compadecia.

Hoy ni si quiera te desprecio, diosa caída de los átares!

Aquel

* *

A ROSITA

¿Con que te resuelves definitivamente á romper?

Acabo de recibir las cartas, el retrato y el adorable librito de memorias.

Me voy convenciendo de que la cosa no tiene remedio.

Doy entonces por quebrados los platos y expresiones á la familia!

Paquito Bocanegra.

* *

El *Club Liberal* ha inaugurado sus conferencias con una brillante disertacion racionalista de mi estimable amigo Mr. Alexis Peyret, á propósito de las religiones consideradas bajo el punto de vista de la razon pura.

Perfectamente bien.

La tolerancia reciproca de todas las opiniones constituye la mas sólida base de la paz social—y en este orden de ideas, yo encuentro buenas todas las propagandas dentro de los límites del orden público, desde el ultramontanismo intransigente hasta las máximas mas intemperantes del naturalismo contemporáneo.

Solo hallo en esta cuestion una sombra que contrista profundamente mi espíritu: la presencia de señoras en los salones del *Club Liberal*.

¿Qué será del hogar el dia en que se hagan filósofas nuestras madres, hermanas, hijas ó esposas.

Pero conviene poner punto final, porque solo de pensar en el tema se me exalta la bilis hasta el extremo de caer en un verdadero acceso de hidrofobia.

* *

Con el permiso, pues, de vuestros novios, recibid, lectoras bellas, un beso cariñoso de este microscópico arcoirista que os adora de corazon y *au revoir!*

MISCELÁNEA

La novedad de la semana ha sido la aparicion de *El Diario*, publicacion que ha fundado Manuel Lainez.

Se ha apartado completamente de la huella trillada hasta ahora por el periodismo argentino.

Hay variedad en sus páginas, hay en una palabra, verdadero *chic*.

Si consigue sostenerse como ha empezado, el gusto público se encaminará bien pronto por corrientes naturales y sensatas.

Era en verdad un oprobio que hubiéramos progresado en todo y que en el diarismo nos hubiésemos empacado.

La captura de nuestra civilizacion

proscribió del uso en el carnaval, el huevo de avestruz y el balde de agua; sin embargo, en el carnaval de todos los días aparecía el huevo de avestruz y el balde de agua en el editorial de tres columnas.

El Diario está llamado á operar una revolución en el periodismo.

No dudamos que le seguirán diarios de su misma índole, pero sin avisos.

Hace años ya, que lo hemos dicho: el público es un sujeto honesto y de buenas costumbres,—quiere diarios para leer y sábanas para la cama, porque, pues, se le ha de dar diarios para que duerma y sábanas para que lea?

En esta reaccion periodística, y para hacer á todos debida justicia, no hay que olvidar al gran Forlet. El historiador futuro al estudiar esta evolucion de la prensa, no echará en saco roto su *Avisador*. Entre chacota y chacota esta es la verdad.

En los primeros números de *El diario* que hemos revisado todo nos ha parecido bien.

Pero nos habria parecido mejor si el estilo en que están escritos *Hombres y Cosas* campeara tambien en las notas de redaccion.

No es esto decir que estén mal escritas.

Nada de eso. Pero es que solo se diferencian de las de otros diarios en que son mas variadas y de proporciones mas reducidas.

El golpe al editorial de tres columnas habria sido mucho mas certero si hubieran salido escritas en estilo satirico—burlesco.

De todas maneras, la iniciativa es de las mas recomendables.

Honor á los fadores de *El Diario*, «El Figaro» porteco.

QUE DOLOR DE CABEZA!

Entró lanzando espuma,
La espuma de la rábia
Que bramaba en su pecho
Y ardía en su mirada!
Sacó de su bolsillo
El «Album» en que se halla
Un suelto que da cuenta
De una invencion estraña;
Chispeáronle los ojos,
Se echó sobre la espalda
Su negra cabellera,
Y se enjugó dos lágrimas
De mucho mas volúmen
Que el huevo de una pata;
Clavó en mi sus pupilas,

Y una alegría rápida
Se dibujó en su rostro,
Con espresion satánica;
Se dirigió á la mesa
Donde un cuchillo estaba
Esperando el momento
De pelar unas papas;
Lo contempló un instante,
Despues con mano airada
Lo tomó por el cabo,
Y como leon que salta
Sobre su ansiada presa,
La viuda millonaria
Se abalanzó á la silla
Donde sentado estaba,
Diciéndome: «yo vengo
A castigar su infamia,
En nombre de mi madre,
De Antonio y de»... (Carambal
Que dolor de cabeza...
Voy á meterme en cama.)

FARIAS.

El poeta nace y el orador se hace.
Si esto es cierto Bibolini debe ser
sietemesino.

En la Exposicion Rural:

El chico—Papá, aquel carnero que está
allí se ha vendido en veintisiete mil
pesos.

El padre—(suspirando) Con razon está
cara la carne.

CRÓNICA DE LA SEMANA

JUEGOS FLORALES

El 12 de octubre es el dia fijado para los Juegos Florales que tendrán lugar en esta ciudad por iniciativa del «Centro Gallego.»

Pensamientos de este género merecen la mas decidida adhesion.

Así lo han comprendido el Exmo señor Presidente de la República, el Gobernador de la Provincia y otras autoridades que han contribuido con valiosos objetos de arte para que sirvan de premio á las mejores composiciones que designe el Jurado.

Las letras son el heraldo de todos los progresos y el eslabon de oro que nos ata al pasado y nos hará revivir en la posteridad.

Veremos como han correspondido nues

tros hombres de letras á esta cita de honor y noble emulacion.

Los nombres de los que han mandado composiciones no se pueden saber porque van velados con el seudónimo de un lema.

Hasta ahora se han recibido cuarenta y dos trabajos en verso y uno en prosa, que se descomponen de la manera siguiente:

Tema de fibre eleccion.	6
Porvenir	4
Juan de Garay.	2
Descubrimiento de América.	7
A España.	5
Al Arte.	6
Fueros vascongados.	1
Juan de Solis	1
Caridad.	10
Desierto: Expedicion de catalanes y aragoneses al Oriente	1

Total 43

Sean quienes sean los que han concurrido, y cualquiera que venga á ser el resultado, «El Centro Gallego» podrá en toda época atestiguar como un timbre de honor la noble iniciativa que le ha inspirado su acendrado amor á las letras castellanas.

DEPPA

Bajo este título publicamos en las primeras páginas un interesante cuento con que la distinguida escritora Eduarda M. de Garcia se ha dignado honrar las columnas de este semanario.

Recomendamos su lectura.

DISCULPA

La modista que nos favorece con su colaboracion, nos ha dirigido las siguientes lineas:

Señor Director de *El Album*.

Ocupada en bordar unos tiros para la espada del General Sarmiento, me ha sido imposible esta semana dar una sola puntada en su periódico.

Para el número siguiente le prometo muchas.

Lo saluda

Una modista.

Octubre 7 de 1881.

CORRESPONDENCIAS

Hemos recibido dos interesantes correspondencias de la inteligente señorita Ana Soler.

En el próximo número empezaremos á publicarlas.

No lo hacemos en este por falta de espacio.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, OCTUBRE 16 DE 1881.

CONVERSACION Á TRAVES DEL ATLÁNTICO

Wiesbaden, Setiembre de 1881.

Señor Director de EL ALBUM DEL HOGAR.

Viviendo en hoteles es difícil conocer las costumbres de los países que se visitan, ni aun sus habitantes, así fué que con gusto acepté la ocasión que había encontrado de vivir en una casa de familia alemana, por esa razón, y otra más poderosa aun, en aquella casa no debía gastar sino la cuarta parte que en un hotel, y para una bolsa escuálida no era esa una ventaja de desear.

Fuíme pues á la pensión de la señora F. la que ya tenía cuatro señoritas Inglesas y Americanas, que como yo, pretendían estudiar el alemán.

No tenía idea de lo que era una comida alemana y allí hice los primeros experimentos.

En Alemania se come poco, y sin embargo se come seis veces al día á lo menos, nosotros en nuestra pensión, comíamos cinco veces, porque nos acostábamos á las 9 de la noche y no había tiempo para más comidas.

A las siete de la mañana, se tomaba té solo, á las diez, café con leche y pan, á la una es la comida. Esta comida es por demás frugal, un pedazo de carne muy pequeño, del tamaño de una albón-diga generalmente, carne hervida de puchero, un plato de coles, (choucroute) una fuente de papas, y fruta cocida componen el *menu*. En fin, la carne es una ilusión y el pan una quimera, que seis personas no comen la cantidad de pan que comería una en nuestro país, cada uno tiene al lado de su plato una gran hostia, eso es el pan.

Otra rareza es que aquí se comió la compota con la carne; cabrito con dulce

es un plato muy general, pero no en nuestra pensión donde no comemos tales delicadezas.

A las cinco de la tarde se toma de nuevo café con leche acompañado de la *hostia*, yo bien me comería una docena de esas ligeras tajadas de pan pero como nadie come sino una, me resigno.

A las ocho es la cena: esta consiste en la repetición del *menu* de la comida, pero disminuido, el pedacito etéreo de carne, papas, y ensalada de pepiuos, y... nada más.

A la comida se bebe cerveza, que es muy buena y muy barata en Alemania.

Cómo la gente puede vivir comiendo tan poco, lo comprendo—solo se hace en todas partes una comida al día, y mucha gente, de tarde no toma sino pan y cerveza; eso sí, cerveza en cantidad, que los toneles de cerveza de las fondas deben tener parentesco cercano con el famoso tonel de Heidelberg, para poder bastar á la cantidad de cerveza que se bebe en Alemania.

Los vinos del Rin, tienen los nombres más extraños; por ejemplo, hay uno que se llama: «leche de amor de las niñas» (*Liebfrauenmilch*.)

Es en Alemania donde los nombres de las cosas son lo más extraordinarios.

Los nombres de los hoteles son visibles, aquí por ejemplo, tenemos el *Hotel de los dos osos*, de *La rosa blanca*—en el *Hotel del Gallo*, tengo mi mejor amiga; hay el *Hotel del espejo*, el *Hotel de la caldera de oro*—y otros no menos estrambóticos.

En cuanto á los nombres de las personas, en ninguna parte he oído semejantes, algunos significan las cosas más singulares.

No hace muchos años, que los Judíos tomaron por orden del Gobierno apellidos, pues antes se les nombraba por sus solos nombres, Isaac, Samuel etc. etc, pues cuando tomaron apellidos lo hicieron con los nombres más bellos y poéticos: Valle de rosas, (Rosenthal) Piedra luminosa, (Morgenstern) Estrella de la mañana (Goldstern,) son los nombres que han elegido los hijos de Israel, dejando á los cristia-

nos los feos apellidos que heredaron de sus antepasados.

He tenido el gusto de conocer una muy amable pareja, el señor Würst (chorizo) y su esposa, que era la señorita Schweinefleisch (carne de chanco). (1)

El señor Metzger (chanchero) es un conocido negociante de la localidad, así como el señor Tocino; la señorita Cabra es una joven profesora de idiomas y el señor Elend (miseria) está en camino de ser millonario.

También hemos contado en nuestras relaciones á la familia de Oreja, de Teruero, de azul de Rusia (Berlinblau) y otras de nombres no menos significativos, que no recuerdo en este momento.

Y no extraño que en los nombres predominen tanto las cosas de chanchería, que en ninguna parte se come tanto tocino, jamón y puerco salado como en Alemania. La carne está siempre *lardée* (adobada) y los chorizos, morcillas y salchichas no faltan jamás en las comidas.

Me figuro que los Judíos deben pasarlo mal en las mesas alemanas, ellos que por la ley de Moisés no pueden comer carne de puerco, y en las mesas redondas de los hoteles si no fuesen inmediatamente reconocidos por su tipo, lo serían por su insistencia en rehusar todo alimento condimentado con dicha carne.

En nuestro país no es casi conocido el tipo Israelita, y es un aprendizaje que hay que hacer aquí, pero después de conocer dos ó tres Judíos, se conocen todos, su tipo es tan marcado que no se puede uno equivocar jamás.

Las mujeres hebreas, son generalmente bellas, tienen esa belleza bíblica de que nos dan una idea las figuras de Raquel, y Rebeca; son casi siempre, morenas, pálidas, con la nariz larga y fina, el rasgo más característico de su raza.

Franckfort es la ciudad de los judíos, allí se han establecido siempre con preferencia, hay una calle llamada la *Juden-gasse* (calle de los Judíos) y allí se halla la casa cuna de los Rotschild. Esta

(1) Verico—Viven en Wiesbaden.

calle es una curiosidad, por el estilo del Ghetto (1) en Roma, las casas tienen una estructura peculiar, y al caer la tarde se ven todos los hijos de Israel envueltos en sus harapos, sucios, asquerosos, descalzos, las criaturas medio desnudas, sentadas en los umbrales de las casas; naturalmente que hablo de los pobres Judíos, si hay pobres entre ellos, pues dicen que aparentan lo que no son.

Los principales banqueros de Franckfort son Israelitas, y en toda la Europa las más grandes fortunas, empezando por los Rotschild, están en posesión de los judíos.

En Alemania se les persigue todavía en algunas partes, sin embargo que cuentan en el Gobierno con muchos de sus miembros que los protegen.

Las familias judías se ven generalmente entre ellas, evitan si es posible á los católicos, se casan entre ellos solamente, y es por eso que se han conservado tan unidos, y su tipo tan puro como en tiempo de Abraham. Sin embargo sueñen haber casamientos católicos y una joven viuda argentina, ha dado su mano el mes pasado, á un opulento Israelita de París.

Tienen los Israelitas magníficas sinagogas; (2) la de esta ciudad es una reducción de la gran Sinagoga de Berlín, la arquitectura es peculiar, y las cúpulas y minaretes ostentan el dorado y los más brillantes colores.

Asistí á la fiesta del año nuevo de los judíos, el año pasado, en una pequeña ciudad de Alemania, *Mamunern*, lindera de la Suiza, y casi toda habitada por Judíos. Era en setiembre, creo, y los que todavía esperan el Mesías, vestidos todos de blanco, celebraban sus ritos, pidiendo á Jehová la venida del que según ellos debe darles la libertad.

En Alemania hay una columna en todo periódico consagrada á los nacimientos, casamientos, noviascos y defunciones.

Esto de noviascos parecerá raro en nuestro país donde de miedo que se deshagan, se tienen esas cosas tan secretas; pero aquí es lo contrario, tan pronto se compromete una joven á casarse—el aviso sale en el diario; al principio me chocaban estos avisos pero pensándolo bien, veo, que si las muchachas del pueblo saben que el joven tal está comprometido se guardarán de echarle sus anzuelos, pues verán que es tiempo perdido, y *vice versa*.

(1) Barrio de los Judíos en Roma.

(2) Templos judíos.

En el gran ducado de Baden las aldeanas usan un traje muy singular y que voy á tratar de describir.

Este traje se compone de una pollera de lana azul que llega solo hasta la rodilla—esta pollera está hecha á grandes tablas y tiene una anchura tal que forma unas caderas desmesuradas, es algo que imita los antiguos *papiers* franceses. (1)

Esta pollera flota cuando caminan y descubre mucho las piernas, que en general son rollizas y bien fornadas; los zapatos son muy escotados y con un moño con hebilla, la bata es blanca y con un corselete de terciopelo oscuro—un pañuelo de lana de colores al cuello—y sobre la cabeza... aquí viene lo bueno—sobre la cabeza llevan una coque rarísima que no sé como describir. Es... debe de ser un sombrero, desde que lo llevan en la cabeza, pero me pregunté de donde habrán tomado esa forma tan singular? Esta cosa que no tiene más de cinco dedos de largo y tres de ancho, en forma de un botecito volcado, es de seda verde generalmente, ó colorada, se coloca en la punta de la cabeza sobre el rodete; el pelo lo tienen levantado á la chinesca por delante y por detrás, y la trenza arrollada sobre la cúspide de la cabeza y tapada á medias por ese sombrero, del que penden dos anchas cintas de seda negra, que tapan completamente las orejas y flotan á los costados de la cara.

Nada más cómico que ese tocado, nada más feo y sin gracia, y las aldeanas que lo llevan, nodrizas por lo general, son tan feas como su traje.

Un día que quería por vez primera examinar bien el traje de una de estas nodrizas para darme cuenta de como era hecho, entré en conversación con una que paseaba su chiquillo en un jardín.

—Debeis tener mucho calor, la dije, con una pollera de lana tan plegada. Se puso á reír, y me contestó que era yo la que debía tener mucho calor con una pollera que rozaba el suelo, mientras que la de ella á media pierna dejaba penetrar el aire... yo también me puse á reír y me pregunté si la aldeana tendría razón.

MARIANA.

(1) Las aldeanas usan bajo su amplia pollera todo al rededor de la cintura, un *tonillo* formado de una gruesa tela almidonada, y no usan esa prenda del vestir que los Ingleses llaman *inmabrables*.

PUNTADAS

Hay gentes que parece que tuviera los pies en la boca.

No dicen una palabra que no sea un cozo.

Por eso el sentido común ha quedado convertido en una especie de inválido que apenas puede andar colgado de una que otra muleta intelectual.

Claro es que entre esas personas no comprendo á las escritoras,—mi amor propio no me permite hacerlo.

Me refiero solamente á aquellas que manifiestan su estupidez y su audacia en la palabra hablada, y para quienes la razón, la verdad y la inteligencia consisten, no en lo que son, sino en los primeros disparates ó mentiras que piensan y dicen.

Se ha repetido muchas veces que no hay nada más atrevido que la ignorancia; esto es una gran verdad, como lo es también, que el amor propio es una nube que nubla los ojos de los tontos de tal manera que les impide ver el brillo de las acciones ajenas.

No hace muchos días que entré á mi tienda uno de esos seres tan ridículos como pretenciosos: una niña que me había mandado confeccionar una corona blanca, para disfrazarse de lo que debiera ser.

La tal, es una de esas mujeres que tienen en la lengua tantas palabras como disparates y tantos disparates como atrevimiento.

Habla de lo que no entiende, por lo que comprenderá Vd, señor Director, que habla de todo.

Y en esto hace bien, por que si fuera á hablar de lo que sabe, estaría siempre callada.

Y quien ha de estarlo en estos tiempos en que hasta D. Andrónico habla?

Entró á mi tienda repito, y, no sé si enojada por que no le había concluido la corona ó por algun otro motivo que no conozco, se desató en improperios contra mí, llamándome ignorante y mala costurera.

Para probarme lo último, me dijo que

un pespunte que habia hecho en las mangas de un vestido, era una *vainilla* que no servia, y que el dobladillo que estaba concluyendo en unos pañuelos, era un *punto atras* desaliñado.

Vd, señor Mendez, que no es sastre, no comprenderá la diferencia que hay entre el pespunte y la vainilla ni la que existe entre el dobladillo y el punto atras, por cuya razon le será imposible valorar la audacia de aquella mujer que me reprochaba defectos en un trabajo que era incapaz de apreciar debidamente, puesto que ni siquiera conocia su nombre.

Pero las que, como yo, hayan nacido con la aguja en la mano y sepan lo que son costuras, comprenderán que aquella atrevida merecia que le hubiera tomado las dimensiones del cuerpo con la vara que me sirve para medir géneros.

No lo hice, porque en algo nos hemos de diferenciar las mugeres de los changadores.

Me conformé con decirle que en adelante no podria servirla y que, por lo tanto, estaria demas su presencia en mi casa.

C'est trop fort, Mr. Mendez, avoir à corriger non seulement les défauts du caractère, mais encore ceux du corps.

He leído no sé donde, creo que en «El Album», que el espíritu literario parece reanimado por un soplo de vida.

Efectivamente.

El anhelo de escribir y de publicar ha sido levantado del lecho donde yacia moribundo, por el impulso, no de un soplo, sino de una tempestad.

Hoy es algo semejante á una inundacion que ha llegado á las columnas de todas las publicaciones, llevando en su corriente las flores de unas pocas inteligencias y la resaca de las ideas de muchos caletres descompaginados.

Corriente poderosa que ha arrancado de sus guaridas á infinidad de monstruos literarios.

Arrastrado por su fuerza irresistible Martín Egorrenucherigaray, joven vasco que parece tener muy buenas disposiciones para la poesia y hombre honrado que vende la leche sin agua, sabiendo que colabora en su periódico me ha pedido le haga publicar la cuarteta que en seguida copio y que, segun él, ha sido una ráfaga de inspiracion que le bañó la frente en momentos que, ordeñando una vaca, recordaba el destrozo que habian hecho sus

perros en el cuerpo de una enamorada viscacha.

Es así:

Vas viscacha por los campos
Haciendo amor á peludos,
Perros te esperan en cueva
Y lloras viscacha mucho!

Que le parece, señor Director, ese tigre con forma de verso, que ha arrojado á las playas de su periódico la inundacion literaria?

A mi me ha hecho llorar, no de miedo, sino de dolor por las *lágrimas* de la viscacha.

Tengo sobre la máquina de coser, en que estoy dando estas puntadas, el número de «El Album» que ha publicado el siguiente suelto, cuyo autor trataré de conocer para darle una buena puntada, no en el corazon, sino en la lengua, que ha debido impregnar en el perfume de la moralidad para dirigir la palabra á una niña de mis condiciones de honestidad y educacion.

«Esa especie de galanteria de carrero dice así:

«Señorita Modista:—por la venerable cabeza de mi baston, juro á usted que la tomo á mi servicio particular, con goce de un buen salario, si se considera capaz de remendar corazones descosidos.

Espero la respuesta en esta imprenta.»
Tómame á su serviciol...

Pretender que le remiende su corazon descosido!

Si habrá creído el tal arcaísta que yo soy remendona de trapos sucios?

¿Que juicio se habrán formado de mis acciones aquellos que se hayan impuesto de esas desvergonzadas palabras.

Supondrán que con mi conducta autorizo á que se me dirijan.

Pero yo le probaré al que las ha escrito que á mal puerto ha venido por agna turbia y que no es mi casa el lugar donde puede encontrarla,

El inteligente Doctor... pasó ayer por mi lado sin dignarse saludarme.

Porqué?

Por que soy modista ó porque le prometido ocuparme de su persona?

Ni en lo primero ni en lo último hallo motivo fundado para su descortesia.

Siento este resaca de un buena

crianza porque, aunque no lo conozco íntimamente, lo estimo por su talento.

Y will prove you, sir, when Y write the promised story.

UNA MODISTA.

Octubre de 1881.

LAS DOCE DE LA NOCHE

I.

¡Las doce! cuanto misterio!
Qué silencio tan profundo!
¡Cuantos á esta hora en el mundo
Velarán cual velo yó!...
Y cuantos en este instante
En medio de tanta calma
Sentirán dentro del alma
Tempestuosa agitacion!

¡Cuanta razon atrevida
Con altivo, osado móvil,
Atenta, muda é inmóvil
Los arcanos sondeará!
¡Cuanto infatigable espíritu
Sobre el problema inclinado,
Vigilará desvelado
Por alcanzar la verdad!

¡Cuanta frente cavilosa
Sentirá en este momento
El fuego del pensamiento
Su abrasada sien, quemar;
Cuantas otras, al contrario,
En su cóncavo desierto
El frio terrible y yerto
De un ateismo sin par!

II.

¡Cuanta alma ya sin fuerza, y no vencida
En lucha horrible, en sin igual combate;
Se agitará angustiada, mística, herida
De la duda terrible al rudo embate!

¡Cuanta conciencia luchará sin tino,
Bajo el negro crespon de las tinieblas,
Por apartar talvez de su camino
Fantasmas mas sombríos que las nieblas!

Es á esta hora callada en que sentimos,
En giro tumultuoso en nuestra mente,
Pensamientos cual nunca los tuvimos,
Que inclinan con su peso nuestra frente.

Talvez de su albo lecho bajo el velo,
La tierra llena de andar se agita

Pensando en su dolor y en su desvelo,
En el que á esa hora su quietud le quita.

El altivo señor, el torvo dueño,
Reclinado en mullidos almohadones,
Busca quizá el reposo, en vano el sueño
Que huye de sus dorados artesones.

Talvéz la tierna madre, allá en su asilo,
Arrulla con angélicos cantos
El sueño de sus hijos que, tranquilo,
Les vela sin cuidados ni pesares.

¡Cuanto mas velarán desesperados,
El espíritu yerto y la materia,
Sin patria y sin hogar, solos y helados
Por el soplo del hambre y la miseria!

III

Yo ahora mismo, en este instante
Siento mi mente ajitada
Por el insomnio abrasante,
Y palpitando y quemada
Por honda fiebre mi sien.
¡Yo que tranquila y serena
En la calma lisongera,
Sin cuidados y sin pena
Feliz reposar debiera,
Siento en mi alma un no sé qué!

Yo, que jamás en el cielo
De mi terrena existencia,
Vi nubes de opaco velo,
Que enlutesen mi conciencia
Con su sombrío capuz;
Que aunque á veces se pintaron
Tristes celajes en mi alma,
Pronto, muy pronto pasaron,
Y si llevaron su calma
No la robaron su luz.

¿Por qué dentro el pecho siento
Dudas, temores, cuidados,
Malestar y desaliento,
Así en confusión mezclados,
Que agitan mi corazón?
¿Será que á todo en la tierra
Trasmite el tinte sombrío
De la tristeza que encierra
Esta hora de desvarío,
De angustiosa postración?

¡Cuanto misterio profundo!
Qué silencio tan solemne
Envuelven al mudo mundo,
Que parece que perenne
Sobre sus ojos está!
¡Y las nocturnas tinieblas
Aun no repliegan su alfombra! . . .
¡Cuanto entre tantas nieblas,

Y en medio de tanta sombra
Cual velo yo velarán!

CELESTINA FUNES.

LAS ARMONIAS DE LA LUZ

(Conclusion.)

Todas mis pesquisas fueron vanas y cuando tres meses despues, completamente restablecido y con la esperanza de haber regenerado mis pulmones, pensé en volver á mi país, uno de los pocos pesares que sentia en mi alma, era no saber nada de la suerte de Andrea y su hija.

Dos dias ántes de partir, quise aprovechar la belleza de la tarde para ir á despedirme de los sitios que me habian sido queridos, tomé lentamente el camino de la playa y mirando íntimamente cada grupo de *lazzaroni* que encontraba, como dándoles mi último adios, fui insensiblemente hasta el punto en que, seis meses antes, habia tendido mi mano á Andrea para descender del bote. Recordaba todos los incidentes de ese acto, la expresion triste de Andrea y la demacrada fisonomia de Lena, mi paseo hasta la ciudad en su compañía. . . y sin embargo, parecíame no tener conciencia plena de que todo aquello, no fuera un sueño.

Sumido en profunda meditacion, no habia notado que el portero de la casa en que me hospedaba, venia hácia mi con paso acelerado. Cuando estuve cerca, agitó una carta en su mano. Sabian que á esa hora me encontraba en la playa y habia dado orden que se me remitiera allí toda comunicacion.

La abrí precipitadamente y lancé un grito: era una carta de Andrea.

Decía así:

•Mi joven amigo:

•Tenia un pensamiento en el cerebro, un sentimiento en el corazón, una ilusion en la tierra y una esperanza en el cielo; hoy, mi cráneo está seco, mi corazón petrificado, la tierra es un desierto árido y el cielo se ha desvanecido para mí: Lena ha muerto!

•En una noche sombría se ha extinguido en mis brazos, sonriendo dulcemente al pobre viejo que queda, en el espacio y el tiempo, ante la tremenda soledad de la duda. . .

•Espero que Vd. habrá perdonado al

pobre anciano, causa inocente de su sufrimiento, porque sé que ha pasado Vd. el peligro—Adios, sen Vd. feliz en este mundo, en que ha muerto Lena y vaga sin reposo, la sombra del espíritu de

Andrea.

Cada hombre tiene en el fondo de su espíritu una imágen querida que se le aparece cuando la íntima tristeza lo invade, felices aquellos para quienes esa imágen viene rodeada de dulces y risueños recuerdos! En cuanto á mí, hoy que la lucha de la vida ha dejado sobre mi frente y en mi corazón sus amargas huellas, no puedo caer en el éxtasis silencioso del pasado, sin que se levante en mi alma la figura delicada de la pobre Lena, con sus grandes ojos, sus megillas descarnadas, evocando en su órgano maravilloso, las combinaciones indescribibles de la luz, en sus esplendidas armonias.

MIGUEL CANÉ.

LA HISTORIA

La historia es la muestra de la vida se ha dicho y se dice una gran verdad.

El estudio de la historia encamina al espíritu del hombre, por el sendero que conduce al verdadero engrandecimiento, desviándole de los escollos que pueden romper ó desequilibrar el prisma, á favor del cual nuestro ser sondea los altos destinos de la vida humana.

Los pueblos como los individuos, no pueden desempeñar el rol que la mano del destino les encomendó, si no meditan y aplican con sano criterio y elevado sentimiento, la sublime enseñanza que nos ofrecen los tiempos pasados.

El que ha asistido con la imaginacion, á la elevacion y caida de los grandes imperios, que han trastornado la geografía del mundo; á la exaltacion y desaparicion de los grandes hombres, que han acelerado ó retardado el adelanto de las naciones que fueron teatro de sus hazañas; el que ha penetrado y comparado las causas y los efectos de estos colosales acontecimientos, y finalmente, el que ha hecho deducciones lógicas de este movimiento y agitacion, tendrá ante su vista la fórmula que demuestra con la vigorosa exactitud matemática, que la civilizacion

avanza, mientras la ignorancia retrocede; que las conquistas del entendimiento se radican, á medida que el tiempo pasa; que la familia humana se dilata en la superficie del globo, á la vez que los lazos de comun fraternidad se estrechan; que la luz resplandece, en tanto que las tinieblas se disipan, y cuyo corolario inmediato explica que el progreso es uniforme y constante, ya en el órden moral, ya en el órden material.

En efecto, la historia encierra en si la enumeracion de los dramas desarrollados al travez de los siglos, teniendo por escenario el Universo, y por actor la Humanidad entera.

Allí se reflejan, las colosales y las débiles acciones; las sublimes y las falsas ideas de los hombres; las grandes y rutinarias aspiraciones; las elevadas y las estraviadas tendencias de las naciones; así como el carácter y las costumbres que designan el límite que divide á las edades y á las épocas.

Allí está marcada, la marcha, ya ascendente, ya descendente, del progreso de las ideas, de los sentimientos y de la inteligencia; y por consiguiente, el desarrollo de las sociedades en sus diferentes estados de adelanto moral y físico, intelectual y material.

En ellas están gravadas, con caracteres indelebles, las revoluciones y continuas agitaciones, por que ha atravesado el espíritu humano, en busca de los altos cuantos segundos principios, que dan la convicción de la existencia de un ser superior, y que son el pedestal sobre que descansan la conciencia y la fé, la verdad y la moral.

En ella se encuentra, el fallo severo que condona á los que quieren empujar con violencia, el carro en que marchan triunfantes el saber y la libertad; así como el anatema lanzado contra los que quieren ocultar el brillo de una civilizacion y bienestar, que son el galardón cenido al siglo XIX por el génio del hombre.

Las convulsiones de las épocas pasadas, son una elocuente enseñanza para las presentes, así como estas lo serán para las del porvenir.

Por eso ha dicho Pascal: «La Humanidad es un hombre que perpetuamente crece y perpetuamente aprende.»

¡Cuánta filosofía encierra esta sublime verdad!

¡Cuanto material aglomerado en pocas palabras, para la solución de grandes

problemas de un carácter trascendental Solo la historia nos dibuja con verdaderos colores, el cuadro de los esfuerzos pojanates hechos por la humana familia, para ligar á los pueblos con acerados vínculos, que son las mas concluyentes pruebas de la solidez de nuestra civilizacion; porque son forjados en el yunque que alimenta el pensamiento, el cálculo, el trabajo y la abnegacion; en una palabra, porque hermanan, porque confunden en un abrazo fraternal, al viejo con el nuevo mundo, á una sociedad viril con una sociedad naciente.

Solo la historia nos presenta la interminable cadena de acontecimientos, eslabonada por la creencia que tiene ese «hombre que perpetuamente crece y que perpetuamente aprende» de alcanzar la mayor perfectibilidad posible.

Solo la historia muestra triunfantes, en el choque formidable de sentimientos contrarios é ideas antagónicas, las tendencias de la moderna filosofía, los altos designios de la Religion Cristiana y las transformaciones que tanto en lo material como en lo intelectual, vienen efectuando las ciencias positivas.

Los imperiosos derrumban los unos sobre los otros, y las generaciones futuras forman con sus restos edificios sociales y políticos, que van solidificando con el tiempo y la experiencia.

Y así se comprenden estas palabras de un célebre pensador «La época presente, hija de la pasada, está preñada del porvenir».

Y solo así se explica la solidaridad que existe entre las conquistas de la Antigua, de la Media y de la Moderna Edad.

Si las grandes batallas que se libran en el campo de la inteligencia, tienen alguna significacion, es precisamente el discernimiento que hacen entre los decrepitos y los nacieses adelantos de las ciencias sociales, morales, económicas, políticas y filosóficas.

La humanidad sigue adelante, ha avanzado mucho, ha perdido mas, y sin embargo ¡cuanto tiene que avanzar! ¡cuanto que perder!

Ha hecho grandes progresos en las ciencias y en las letras, en las artes y en las industrias; ha sentido sobre bases incommovibles sus tendencias y aspiraciones.

¡Sorprendentes adelantos! Pero mas sorprendente es, al contemplar

el pasado, ver caer y desaparecer civilizaciones como la Asiria, la Egipcia, la Griega, y la Romana, agoviadas, tal vez, por el peso de esas colosales conquistas!

El deslumbrante esplendor del siglo XIX, ha surjido de las grandes victorias alcanzadas por el génio del hombre sobre la naturaleza misma.

Esto, parece haber confundido su existencia, con la monotonía sepultada en las concavidades de la tierra, á la vez que haber escalado la inmensidad del espacio, trepando de mundo en mundo, hasta investigar las leyes que rijen su continuo movimiento.

La historia, nos muestra paso á paso, esta interminable marcha de la humanidad, al travez de la barbarie, de la ignorancia; de las tinieblas, de las falsas ideas, de la extravagancia; en busca de la civilizacion, del saber, de la luz, de los sanos principios y de la sensatez.

Y apoyada en que nos la muestra?

Apoyada en la idea de alcanzar la mayor perfectibilidad posible, idea que han perseguido todas las sociedades, desde su cuna al sepulcro, por decirlo así, porque es el lema al abrigo del cual, la humanidad permanece activa, en la inmensidad del tiempo, como la aspiracion á favor de la cual la inteligencia vaga, por la inmensidad del espacio.

¿Es posible pensar, que la civilizacion actual cederá su puesto á futuros adelantos?

¿Es posible creer, que tanto brillo se eclipsa, ante los nacieses rayos que despedirán los nuevos progresos del porvenir?

Es posible, y mas que posible, lógico y racional, porque las leyes que gobiernan y mantienen el equilibrio constante del desarrollo de la especie humana, son inmutables, y por consiguiente, no admiten variacion.

Prepáremosnos, pues, á ver desaparecer la civilizacion que se dice orgullo del siglo XIX, impelida por el empuje irresistible de la corriente de nuevas ideas y nuevos adelantos.

Así lo demuestra la historia; así lo prueba la filosofía que es la *maestra de la vida*.

EUDORO DIAZ.

Rosario, Octubre de 1881.

SOMBRA

He sembrado violetas en su tumba:
Las violetas que amábamos los dos,—
Porque quise aspirar en su perfume,
El aroma inmortal de su pasión!

Una tarde de Enero, me decía
Con el afán de su inocente amor:
«No es verdad que las flores nunca mueren,
Si las contempla desde arriba, Dios?»...

Y yo le contestaba conmovido:
«Si deja de latir el corazón,
Todas, todas las flores se marchitan! ...
¿Ignoras tú, que el alma es una flor?»...

«Escucha!... ya es la tarde: muere el día:
Ves como se hunde en el ocaso el sol?
Dime, todas las flores no se cierran?
Pues bien, eso es la dicha que pasó!»

Y entonces sollozaba!... cuantas veces
Con sus gemidos, escuché su voz!
¡Cuántas veces, la luz de la mañana
Juntos, en el jardín nos sorprendió!...

¡Cuántas veces, flotantes mis cabellos,
A la sombra del gótico balcón,
Rozaron con delicia, sus cabellos!
¡Cuántas veces, mi llanto los unió!...

¿Que se hicieron las horas fugitivas? ...
¿Se apagaron sin ecos ni rumor? ...
¿Donde está su cariño? ... dónde, dónde,
Las quimeras que el alma imaginó?...

¡Dios mío! ... como pasan estos sueños! ...
Nos dan su luz,—nos dejan su canción,
Para hacer mas oscura nuestra senda,
Para alejarse, sin decir adiós!...

LEOPOLDO DIAZ.

Octubre de 1881.

ARCO-IRIS

Recuerdo que ante una corte estran-
gera se presentó cierta vez un acusado.
Al empezar el interrogatorio le preguntó
el juez:

—¿Vuestro domicilio?

Y el acusado con una impasibilidad
británica contestó:—En la plaza pública, árbol tercero,
rama cuarta.

Yo estoy en el mismo caso.
Soy como el indio que no tiene pro-
piedad ni patria en el suelo que nació.
En peores condiciones que el indio.
Siquiera él tiene un potro que obedece
dócilmente los caprichos de su mano
experta.

Y yo... no tengo perro que me ladre,
aunque no faltan algunos que me
muerden.

Pero hay momentos en que los instintos
sociales se despiertan con avasalladora
energía en el alma del hombre.

Es precisamente lo que me sucede.
¿Qué hacer entonces?

Hay que abandonar el refugio que brin-
da la plaza pública, árbol tercero, rama
cuarta.

¿Pero porque es necesario esto?

Por una razón muy sencilla; porque ten-
go al lado izquierdo del pecho una quisi-
cosa que eternamente está haciendo como
péndula de reloj: tic tac, tic tac.

Y esta vez lo ha hecho muy apresurada-
mente.

Me explicaré.

Pero á mi modo.

Soy hombre de muchas vueltas.

Mas partidario de los preámbulos que un
mal pagador ó una beata que esta por de-
sembuchar un pecado gordo de esos «de
padre y muy señor mío».

Las bestias (cuidado con el modo de apun-
tar) salen de la madriguera y se esponen
á toda clase de peligros cuando el ham-
bre las acosa.

El hombre á diferencia de ellas, pierde
hábitos y todo lo arrostra por esta pa-
lanca mas poderosa que la que soñó el
viejo Arquímedes:—el entusiasmo por lo
bello.

Este es mi flaco, lectoras queridas.

Asi como me veis de «rostro amonon-
gado» y con una catadura que mueve á
risa, tengo sin embargo, un tempera-
mento poético y soñador.

Aquí viene bien aquello de que las
apariencias engañan y no es oro todo lo
que reluce.

También se ha dicho que debajo de

una mala capa se oculta un buen bebedor.
Esto último me viene bien.
No vaya el lector á interpretarlo mal.
Me viene bien porque beberia la luz
angelical de su mirada hasta ahogarme...
de felicidad.

El hombre es un compuesto de espíritu
y materia.

De aquí los chascos que se sufren en el
mundo.

Una alma vulgar puede estar injertada
en un árbol que seduzca por su vista, así
como en un cuerpo de «tipo raro» es posi-
ble que vague un espíritu escojido.

Echando, como se acostumbra en el día,
la modestia á la espalda, diré que formo
en las ralas filas de esta última clase.

Es imponderable mi entusiasmo por las
bellas cosas de la naturaleza.

¿Qué me importa tener que habitar en
la plaza pública, árbol tercero, rama cuar-
ta, si es mio todo lo que abarca mi pupila?
¿Puede acaso Anchoyena quitarme un solo
rayo de sol?

En el párrafo anterior y sin quererlo,
he dado una nueva prueba sobre el pro-
greso que puede aprovechar algun sábio.

Alejandro el grande se paró cierta vez
delante de Diógenes y le preguntó si que-
ría algo. Diógenes contestó que no le qui-
tase lo que no podía darle, aludiendo al
rayo de sol que interceptaba el cuerpo del
joven y afortunado guerrero.

Si Diógenes en vez de habitar en un
tonel se hubiera guarecido en la plaza
pública, árbol tercero, rama cuarta, no le
habría sucedido tal percance.

Conste pues, que puedo marcar un
notable progreso comparando las ideas
sobre construcciones que tenia Diógenes
con la adelantada arquitectura que aplico
á mi regalo sin salvar el justo límite de
mis alcances pecuniarios.

Y esto, que no tengo mas entradas...
que las de mi frente.

Ya que hablamos de Diógenes, diré en
la opinion que le tengo.

Ahora sin preámbulos.

¡Era un estúpido!

¿La prueba?

Aquí está.

Armado de una linterna buscaba un hombre por las calles de la ciudad. . .
¡Alma prosaica!
Yo en su lugar hubiera apagado la linterna y . . .habría encontrado una mujer.



Dejemos á Diógenes y sigamos nuestra conversacion.

Hablaba de mi entusiasmo por las bellas cosas de la naturaleza.

¿No es así?

Pues bien: continuó.

¿Quién puede impedir que goce hasta el éxtasis contemplando la luna y las estrellas en el sublime silencio de la noche?

Todo calla entónces: el dulce sueño da trégua á las pasiones y lo mismo reposa el puro anhelo del amor como el innoble afán de la envidia y la ambición.

En esa hora abandono el lecho y abro el balcon.

Sublime espectáculo el que se destaca á mi vista y brinda consuelos á mi pobre alma ávida de emociones blandas capaces de agitar dignamente un corazón tierno y sensible.

. . . ¡Diablo! pero sucede casi siempre que mi aparato nasal se lleva la palma en lo que se refiere á sensibilidad.

Todo no calla entónces: mi nariz estornuda y mi vecino ronca.



Dije mas arriba que sentia una necesidad imperiosa de radicarme.

Dije tambien que el hombre adquiria nuevos hábitos inspirado por su pasión á lo bello.

Atemos cabos, entonces

He resuelto el problema.

¡Adios, adios para siempre, plaza pública adios árbol tercero, rama cuarta adios!

Para los electos consiguientes, constituyo domicilio legal en la calle Uruguay núm. 508, por mas señas Imprenta de EL ALBUM DEL HOGAR.

Le tengo en trato á Mendez el altillo del zaguán.

Desde mi nuevo alojamiento no podré mirar, es cierto, la pálida luna y las estrellas doradas, pero en cambio verá algo que es imponderablemente mucho mas bello que todas las sublimidades de la noche.

En frente de la Imprenta, un poquito á la izquierda. . . ahí . . . ahí mismol



¿Porqué he de callar?
Lo he de decir aunque se enoje.
En ese punto vive la polla mas bonita de Buenos Aires.
(Aunque mejoremos lo presente.)



Pudiéndola contemplar ¿qué me importa lo demás?

Esta es una nueva teoria de mi invencion sobre la propiedad.

Asi en el mismo Asilo de Mendigos seria rico.

La propiedad como la entienden los hombres es una ilusion y un martirio.

El que tiene un reloj teme que se le descomponga ó que se lo roben y el que hace uso del que está en la torre del Cabildo sabe la hora sin haberle dado cuerda ni guardado.

Yo aventajo á ambos.

Mi cronómetro es el sol.

¿Puede alguien robármele?

Estas mismas ideas las aplico al amor. Amo bonachonamente y sin pedir reciprocidad de afecto.

De esta manera me evito necesariamente una de estas dos cosas:

Una negativa.

O bien,—los *imbroglios* subsiguientes á una afirmativa.

Y siguiendo mi teoria puedo conceputar la mia y decirle á los céfiros y á las golondrinas que pasan que la amo con toda el alma.

Puedo enviarle tambien suspiros en perfumadas brisas de amor y soñar con los rizos castaños que caen sobre su frente pálida.

Solamente practicando con rigor esta inocente teoria amoratoria, se podria al fin de la jornada parodiar á Francisco I, diciendo: Todo se ha perdido ménos la ilusion.

FANTASIA CARNAVALESCA

VIENTO

¡Oh campo yerno y pálida llanura
De ciervos invernales azotadal
¿Qué fué de vuestra espléndida verdura
Y alfombra engalanada?
El tiempo esteriliza y anonada
Cuanto encuentra á su aleve paso eterno!
Pasó el otoño y avanzó el invierno,
Y del campo las galas y primores
Trocó el invierno en soledad sombría
Y en tétricos rumores,
Del viento helado y de la escarcha fria.
Tal exclamaba un dia

Nublado de Febrero,
El poeta doliente que suscribe,
Y que cantando sus pesares vive.
Y harto de no encontrar fuera de puertas
Ni flores ni canciones
En las planicies tristes y desiertas
De esas incompreensibles poblaciones,
Que otros suelen llamar *plazas abiertas*,
Se fué á su casa, y á la grata lumbre
Del hogar do le lleva la costumbre,
Del hondo asiento en el rincón hundido
Viendo la lumbre se quedó dormido.

LLUVIA.

Presto un chasquido que insistente suena
Interrumpe su sueño placentero,
Y es el agua del cielo que nos manda
La lluvia de Febrero.

¡Oh lluvia que ora escucho indiferente!
Murmura bostezando,

¡Un tiempo fuiste música sonora

Que oí sonar, gozandol

Que en las horas de invierno riguroso
La lluvia es un arrullo cariñoso.

¡Llueve! (dice el amante) ¡Oh qué bendita

La lluvia cadenciosa,

Que da pretexto á prolongar la cita

Y á ser feliz junto á la prenda hermosa!

¡Llueve! (dice el marido) ¡horror! ¡malhaya

La lluvia inconveniente,

Que cayendo me impide que me vaya
Huyendo á mi curiosa impertinente.

.
La lluvia es melodia

O ruido de tenaz monotonía;

Para el amor, arrullo cariñoso;

Para el hastío, sonsouete odioso.

¡Ay, dicha pasajera,

Nube fugaz de lluvia en primavera!

CREPÚSCULO

En tanto estos ayes del pecho exhalaba
La tarde moria, la noche avanzaba . . .

Yo aguardo estas horas postreras del dia
Que el alma me inundan de triste poesía
Mirando en los rojos crujientes carbones,
Candentes figuras y extrañas visiones.

El alma en sus giros y dulces engaños
Se pierde y se lanza por mundos extraños,
Y en esos momentos de sombra y de calma
Yo evocó á mis solas recuerdos del alma.

De niño á estas horas al valle volvía
Mirando los rayos del sol que se hundía,
Cantando esperanzas y dichas y amores,
Trayendo á mi madre manojos de flores.
La veo á la sombra del ancho madroño
Que ya deshojaron los aires de otoño;
Recuerdo la mesa que juntos pusimos
Colmada de frescos fragantes racimos,
La brisa y las hojas en dulce concierto,
Las aguas del rio, las tapias del huerto. . .
Comparo con tedio que el alma devora

Las dichas de entonces, las penas de ahora;
Y en tanto la llama se extingue y refleja;
Se hiergue y se humilla, y avanza y se aleja,
Su luz derramando con plácida calma
Y oculto misterio sembrando en el alma.

Con vuelo incansable la audaz fantasta
Se lanza en las brumas postreras del día,
Y salva distancias, y cruza los mares,
Y va recorriendo comarcas y hogares.
Contemplo del campo las muertas labores,
Veo á las cabañas volver los pastores,
Y al puerto acogerse del viento al empuje
La barca sin velas y el remo que cruje.
Las blancas gaviotas en anchas bandadas
Se alejan rozando las ondas rizadas:
Del valle en el fondo, con s6n funerario,
La esquila resuena llamando al rosario.
Alla entre la bruma con negra guedeja
Se ve el humeante vapor que se aleja,
Llevando en su seno y á climas lejanos,
Amantes y esposos, y padres y hermanos!
Tal vez á estas horas en triste aposento
La esposa solloza con hondo lamento;
La casta doncella con alma doliente
Suspira en la sombra llorando al ausente.
En mil soledades, del mundo ignorados,
Se ven á estas horas los enamorados;
Del día espirante la luz tibia aspiran,
Estrechan las manos y amantes se miran.

Contando las horas el triste enfermero,
Se duerme olvidado del ay lastimero.
Yo en tanto en la llama y en rápido giro
Visiones hermosas estático miro;
Recuerdos que pasau de gratos placeres,
Imágenes bellas de amantes mujeres!
Aquella es la sombra que en s6n lastimero
Murmura en las noches del mes de Febrero
Y en torno á mi lecho cual céfiro gira
Y el alma sedienta su ambiente respira.

¡Oh mes de Febrero, de eterna memoria!
Tu nombre en mi mente despierta una historia;

De mil carnavales el bien ya lejano,
Me manda que cante la inc6gnita mano;
Espíritu amante, secreto misterio,
Yo canto tus glorias y anónimo imperio!
EUSEBIO BLASCO.

CRÓNICA DE LA SEMANA

JUEGOS FLORALES

La fiesta del miércoles en el teatro de la ópera ha sido un verdadero acontecimiento.

No hay palabras para encomiar el celo y la fé con que «El Centro Gallego» emprendió la obra que tan espléndidos resultados ha dado,

El estímulo si no es propiamente la inspiracion es al ménos el vehículo fácil por donde se desborda.

Fiestas de esta naturaleza son las creenciales mas auténticas que puede presentar un pueblo para demostrar su grado de cultura y civilizaci6n.

El éxito que han obtenido los Juegos Florales la primera vez que se han dado entre nosotros nos revela que muy pronto tomarán carta de naturaleza.

La segunda vez que tengan lugar creemos que todos nuestros poetas concurrirán á ellos.

Los primeros premios que consistian en una rosa natural y banda y una corona de oro ofrecida por el señor Presidente de la República, fueron discernidos á la composici6n *Atlántida* del señor Don Olegario V. Andrade, en la que canta el porvenir de la raza latina.

La composici6n del señor Andrade es de un mérito tan sobresaliente que merece algo mas que los primeros premios que le fueron discernidos, pero ese algo ya lo ha conseguido: la admiraci6n de sus conciudadanos!

Dos composiciones mas fueron premiadas. *Al arte* del señor Oyuela, con un pensamiento de oro y esmalte, ofrecido por el «Ateneo Español» y *A los fueros vascongados*, con medalla de oro ofrecida por la Sociedad «Laurac-Bat.»

Por el programa de los Juegos Florales el autor de la composici6n que obtuviera el primer premio tenia derecho á designar la reina del torneo.

El señor Andrade solicitado para que cumpliera ese gratísimo deber nombró á su hija, la señorita Eloisa Andrade, que cuenta apenas quince años de edad.

Este es un rasgo que revela la ternura que atesora el coraz6n de nuestro querido poeta.

Victor Hugo en iguales circunstancias habria hecho lo mismo.

A nuestro Director le fue ofrecido un puesto de honor en ese torneo de la inteligencia, puesto que aceptó agradecido pero que sus dolencias no le permitieron ocupar.

He aqui la nota que lo indica:

Buenos Aires, Octubre 10 de 1881.
Señor Don Gervasio Méndez.

Distinguido Señor:

Responde á un elevado espíritu de justicia la regla establecida por la costumbre de que en los torneos de la gayer ciencia forma parte del Tribunal de honor en calidad de Mantenedores todas aquellas personas, que por su reconocida competen-

cia é ilustraci6n ó por su elevada posici6n social son dignas de acompañar al Jurado que ha de pronunciar el veredicto.

La Comisi6n organizadora de Juegos florales teniendo en cuenta aquella acertada disposici6n que la costumbre tiene aceptada como Ley, ha procedido en sesi6n de 26 del pasado, al nombramiento de Mantenedores del torneo que ha de celebrarse en esta Capital el próximo 12 de Octubre.

Habiendo sido Vd. nombrado por aclamaci6n Mantenedor en el torneo que se prepara, me es tan grato como honroso, comunicárselo asi, persuadido de que Vd. se dignará aceptar el puesto de honor que esta Comisi6n le ha designado.

La tarjeta de entrada que ha de ser personal será remitida á Vd. oportunamente.

Aprovecho la ocasi6n de ofrecer á Vd. las seguridades de mi mas distinguida consideraci6n.

Eduardo Caamaño.

Presidente

Manuel C. Fernandez.

Secretario.

GRACIAS Á TODOS

Agradecemos á nombre del señor Méndez la reproducci6n que han hecho de sus «Hojas de mirto» «La Naci6n» y varios periódicos de las provincias.

GRAVEMENTE ENFERMA

Las dolencias que desde hace algun tiempo aquejan á nuestra distinguida colaboradora Josefina Pelliza de Sagasta, se han agravado en estos últimos días.

Lo deploramos.

CORRESPONDENCIA

Vá en este número una de las interesantes correspondencias que anunciamos en el anterior.

Llamamos sobre ella la atenci6n de nuestros lectores.

AL LIBRE PENSADOR

El suelto de que se ocupa este amable colega y que apareció en el Arco-Iris del número pasado, no fué escrito por el que redacta comunmente esa secci6n.

El pertenece á uno de nuestros mas distinguidos colaboradores, y seguramente habria replicado, pero esta semana no ha venido por la Imprenta y por consiguiente no hemos podido informarle de la impugnaci6n que han sufrido sus ideas.

El arquivista *de servicio* habria suplido con gusto la ausencia de su compañero, pero se lo ha impedido una raz6n demasiado poderosa:—el estar conforme con las opiniones del *Libre Pensador*.

Reciba el colega un apret6n de manos.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 503

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, OCTUBRE 23 DE 1881.

CONVERSACION A TRAVES DEL ATLANTICO

ALEMANIA

Señor Director de EL ALBUM DEL HOGAR.

Un carnaval que no precedía una cuarema era una cosa inusitada y miré mi almanaque de bolsillo para cerciorarme que estábamos en pleno mes de Agosto, y léjos, muy léjos de las fiestas carnestolendas y del miércoles de Ceniza.

Pero la ilusion era completa: las calles de Wiesbaden embanderadas, adornadas de guirnaldas de flores, linternas venecianas, arcos triunfales etc. etc. ¿eran la calle Florida en Buenos Aires, ó las fiestas del carnaval en Roma? Nada de eso; era la buena y tranquila ciudad de Wiesbaden, que festejaba un aniversario: era una fiesta artística, que bajo las apariencias de las locuras de carnaval, encerraba una gran idea: el engrandecimiento de las artes, su honra y su provecho.

La ciudad de Wiesbaden posee una gran sociedad coral de hombres, esta sociedad cumplía sus cuarenta años de existencia, y para solemnizar ese día, había invitado á las principales ciudades alemanas á mandar sus sociedades de canto para tomar parte en un gran certamen ó fiesta musical.

Para éste efecto se había construido un inmenso salon de concierto, en el que debia tener lugar dicha fiesta.

Como unas veinte sociedades respondieron á la invitacion y mandaron sus representantes á Wiesbaden. Estas sociedades musicales en Alemania, por el estilo de las que hay en Buenos Aires, son generalmente compuestas de obreros, pues la música hace parte de la enseñanza primaria, y las clases mas modestas forman parte de ellas.

Era para recibir á las sociedades corales, que Wiesbaden se habia puesto su traje de gala; los habitantes de la ciudad, para festejar á las personas que habian aceptado la invitacion, habian formado un gran cortejo que imitaba perfectamente á los que se hacen en Niza ó Roma, para las fiestas de carnaval.

Todas las corporaciones de la ciudad tomaban parte en esa cabalgata, y se esforzaban por hacerla brillar.

De todas las ciudades vecinas venian personas, á gozar de las fiestas que se preparaban.

Se calculan en 5,000 los extranjeros que habia en esos dias en Wiesbaden (la fiesta duró tres dias) los cantores solos eran mil quinientos.

Como en Roma, Napoles, Niza ó Buenos Aires, los balcones se alquilaban para ver el desfile del cortejo, que duró unas dos ó tres horas.

Abria la marcha una cabalgata de unos cincuenta caballeros, precedidos por tres heraldos en traje antiguo, los que anunciaban al son de trompetas la llegada de la comitiva. Estos caballeros, con sus trajes de guerreros de la edad media, eran los bomberos de la ciudad.

En seguida desfilaban á pié unas diez ó doce sociedades corales, con trajes distintivos, banderas, las armas de sus ciudades y los nombres que las distinguian.

Despues venia una gran banda de musica, á caballo, cuyos músicos llevaban tambien trajes de guerreros antiguos.

Seguian á estos los carros, que eran muy hermosos y arreglados con un gusto artistico. El primero, tirado por ocho caballos montados á la Daunont, representaba las bellas artes. Bellísimas mujeres ataviadas con trajes mitológicos figuraban las musas; Apolos con sus pinceles, Orfeo con su lira, las acompañaban y formaban un cuadro muy seductor.

Otro carro representaba á Bacco sobre el tonel de Heidelberg, este dios parecia, por su porte, haber libado demasiado en el tonel; con la copa dorada en la mano, entonaba himnos báquicos y cantaba las

alabanzas de las viñas y de las orillas del Rin.

Un gracioso grupo era el que formaban cuatro aldeanas en sus trajes nacionales, con la guadaña (*faux*) en la mano, sobre un gran carro, todo formado de espigas de trigo; para mi gusto fué el mas bello cuadro, el mas natural y gracioso.

Otro, representaba un jardín; era el gremio de los jardineros el que lo formaba. Estos son conocidos por su habilidad, y en ninguna ciudad europea he visto ramos ú objetos formados de flores, tan bellos y artísticos como aquí. Así, el carro de los jardineros era una pequeña maravilla. Flora, Cérés, Pomona, en posturas graciosas, y con sus trajes tradicionales, adornaban este carro, que era recibido con aplausos en cada calle por donde pasaba.

Cada corporacion de artesanos de la ciudad tenia su carro, y su gremio lo seguia con un traje que recordaba su profesion.

Los herreros tenian á Vulcano, y dos magníficas llaves doradas indicaban su profesion, ademas llevaban un estandarte con el siguiente título que, por gracioso, no he olvidado:

«Si todas las bocas indiscretas debiesen llevar un candado, el oficio de herrero sería el mejor de la tierra.»—Muy bueno, ¿no es verdad?

Los toneleros tenian un gran tonel, sobre el que estaba *Gambrius*, entonando alabanzas á la cerveza.

Los panaderos eran muy graciosos: todos llevaban su traje blanco de marinitones y un gran fusil que era nada menos que un enorme y largo pan.

Los vendedores de hielo habian imaginado algo muy original: un carro cubierto de hielo, que era una montaña, un glacier, y sobre él el rey de las regiones polares en un palacio de hielo, con su bufon, y este bufon era un enorme oso blanco.

La ciudad habia representado «la Alemania», y su simbolo era un cedro: «La fuerzal» Bajo este árbol estaban los cantores alemanes de todos los siglos pasados. Llenaria muchas hojas si quisiera

enumerar todos los carros, y las sociedades operarias y artísticas que, con sus insignias y banderas, seguían el cortejo. Abundaban, naturalmente, las liras de flores, así como las cítaras, arpas y demás instrumentos musicales.

Un jurí, compuesto de excelentes maestros, era el que discernía los premios, y tan pronto eran estos acordados, el hilo eléctrico se encargaba de hacer saber á las ciudades que concurrían, cuales eran vencedoras.

De todo he hablado menos de lo principal: de los cuantos, el objeto de esta fiesta; pero como nunca hablo de lo que no he visto ú oído, solo he citado las decoraciones, los accesorios de la fiesta.

¡Ay de mí! que solo eso no oí, pues por razones . . . cómo dire? pecuniarias, juzgué muy prudente abstenerme de esta fiesta, cuyo precio elevado no era para todos los bolsillos; la verdad es que siempre pensé que 1,500 cantores juntos debían meter tanto ruido que, paseándome por los alrededores del salón del concierto, no podría dejar de oír algo—pero fué . . . una esperanza defraudada. Parece que mucha gente, asustada por los seis marcos (1) que costaba la entrada, había pensado como yo. Una inmensa muchedumbre rodeaba el *festhale* (salón de concierto) y era una confusión tan grande, que mas que pronto me retiré sin percibir una nota de lo que se cantaba adentro, y con el tímpano aturdido por lo que había oído fuera.

MARIANA.

Wiesbaden, Setiembre de 1881.

(1) Unos 35 pesos moneda corriente.

LA ROSA DE SUS CABELLOS

Tengo una triste tumba,
Tan triste como pálida,
Dónde, al caer la tarde,
Va á sollozar mi alma.

Abismo allí la vida,
Y en íntima plegaria
Sepulto el sentimiento
De mi última esperanza.

Dios mío! tú que sabes
Dónde el amor acaba,
Dime si también muere
En una rosa blanca!

G. MENDEZ.

Octubre de 1881.

PAGINAS DE UNA CARTERA

A mi comunicativo amigo, Augusto Veimonte

La ciencia médica moderna ha puesto de manifiesto la influencia decisiva que la organización celular ejerce sobre nuestras ideas, hábitos y carácter.

Cada hombre tiene dentro de sí fuerzas que lo arrastran fatalmente por un sendero fijo, sin que les sea dado cohonestarlas á los mas vigorosos esfuerzos de la voluntad. Es que la voluntad misma no es sino una manifestación del *espíritu*, esto es, de una función cerebral y como tal tiene que ser influenciada y hasta avasallada, por el desarrollo mas ó menos considerable de las células productoras de los fenómenos que llamamos *fatales*.

¿Quién se encuentra libre de estas influencias ó predisposiciones congénitas, por lo regular?

Varían sus modalidades con los individuos; pero en todos existen y existirán como elementos constitutivos de vicios, defectos ó deformidades del modo de ser peculiar de cada uno.

Ciertas tendencias invencibles por el crimen, ciertos deseos ó pasiones, naturales ó *contra natura*, que se desarrollan en los individuos, ¿que son sino fuerzas ciegas, resultantes de una determinada organización celular, que actuando poderosamente sobre el agente lo arrastran por los senderos del crimen ó lo precipitan en los abismos de vicios degradantes? —Pero contengámonos.

Nuestro objeto, por hoy, no es hablar de *tendencias fatales* que á semejantes extremos conducen. Hay otras, que obrando de una manera no menos poderosa, afectan tan solo el carácter del individuo. De una de ellas vamos á ocuparnos; de una de esas *fatalidades*, causa generadora de muchas decepciones y sinsabores, causa que conduce á los subyugados por ella hasta concebir quimérica la amistad, pues el indiferentismo por los sentimientos y los dolores ajenos, hace imposible ese «amalgama de los seres» que, según el decir de un pensador, es la condición de la amistad; en una palabra, queremos decir algo sobre lo que bautizaremos con el nombre de *mania comunicativa*.

Algun lector enamorado nos comprenderá.

Las naturalezas expansivas necesitan comunicación. Tienen siempre los vastos vasos del corazón dispuestos á desbordarse cuando la mas leve gota amistosa cae en su fondo. Desgraciadamente esa gota, sincera ó engañosa, nunca falta; pero, ¿dónde encontrar el receptáculo que ha de recibir dignamente el líquido desbordado?—Ahí está el *quid* y ahí la decepción. El fatalismo en estos casos consiste en la manía por la comunicación, en tener *estómago resfriado* para las afecciones íntimas, en dejarse seducir hasta por mentidas gotas amistosas, arrojadas con premeditación, para tener el gusto de escarnecer en seguida el desborde afeccional que con tanta facilidad consiguen. Fácil es concebir la amargura que se apoderará del alma al ver que de tal manera son recibidas sus sencillas é ingenuas demostraciones. ¿Como «amalgamar seres» en este choque de un expansivismo confiado con un indiferentismo inconsciente ó maligno?

Sin solidaridad en el dolor y en la alegría, no hay amistad posible, y ausencia total de ella implica ese choque de dos fuerzas contrarias. El dolor es personalísimo. Nadie lo comprende sino el que lo siente. Pero, ¿qué vale esta consideración para quien procede fatalmente?—Adivina lo que le espera; conoce la sanción de su expansión y quiere callar, alccionado ya por la experiencia; pero todo es inútil, el mal es orgánico y la voluntad, que también es orgánica, tiene que doblegarse ante la mayor potencia celular puesta por la naturaleza en su contra.

Si de las manifestaciones del dolor pasamos á las de alegría, notaremos siempre el mismo fenómeno, el predominio del egoísmo recalcitrante y frío sobre toda otra consideración, no siendo raro encontrar en el pecho amigo tan sólo repercusiones envidiosas.

¡Felices aquellos que pueden guardar dentro de sí mismos los tesoros de un amor puro, que no se dejan alucinar por amistades, pocas veces sinceras, y que cuando mas, dejan entrever á una madre querida lo que allí en el fondo del alma se oculta.

Felices ellos y desdichados mil veces los que, apesar de los golpes recibidos y de las decepciones sufridas, tienen que rendir eterno tributo á la ley inexorable de sus nervios que les ha impuesto el fatalismo acibarado de no poder callar nada!

Estos séros, en medio de tanta decepcion, tienen á veces un consuelo: contar con el corazon de una madre, único ser en la tierra que escapa á la ley del egoismo cuando del amor de sus hijos se trata, único corazon en el cual podemos depositar los afectos del nuestro, en la seguridad de que no encontraremos para ellos, un indiferentismo helado ó una hilaridad crispante.

M. E. G.

Octubre de 1881.

¡LO DE SIEMPRE!

Pues señor, *lo de siempre*, y héme aquí escapado de mi habitual casilla (no hablo de ninguna celda de San Buenaventura) y cara á cara con mi situacion, dispuesto á figurar nada menos que como articulista, si lectoras queridas, como *articulista*.

No os asombre esto, porque el hombre enamorado, y por ende descarrado, no mide nada sino con la vara de sus aspiraciones y ensueños, tratando de hablar de amor hasta al pobre sastre que con rostro macilento y aspecto cariacontecido se presenta de sábado en sábado con la consabida cuenta, objeto de tantas promesas.

Recien vengo á conceder patente de veracidad á aquello que muy bonitamente ha dicho Enrique Rivarola:

«Que no hay un corazon indiferente
Si el ala del amor llega y le toca.»

Para mí hasta ahora todo eso de *ala de amor* y otras muchas cosillas por el estilo, no valian ni la décima octava parte de lo que la cotidiana patata asada que eugullo en mis heliogabálicas fauces.

Así es el mundo, no apreciamos sino muy mediocremente todo lo que, por mas que sea digno de admiracion, no nos *toca como el ala del amor*.

Es aquí oportuno repetir: *Così va el mondo fanciula mia*.

Pero apartemos preámbulos, una vez que ya os he declarado que estoy enamorado, y vamos al grano, es decir, pongámonos en camino de cumplir con el deber que me trae aparejado el título de estas líneas. Debo pues poner á Vds.

de siempre, quiera decir netamente que mi amada, como ántes, ahora se empeña parapetada en no *sé que*, en permanecer impassible á los rayos de amor que la remito constantemente en mis cartas.

Siempre, á mas de todo lo que la digo en mis epístolas, la envío en las luminosas páginas de este chiche social que muy justicieramente llamamos *Album del Hogar*, mis quejas y mis tiernos suspiros, ya que la perfumada brisa de estas tierras se muestra con ellos tan hurañá que le parece mucho peso llevarlos en sus leves alas. Mala, te has de acordarl

Se que léo y que léo con gusto este periódico, especie de pedacito de cielo tachonado de brillantes estrellas, y como su amable Director (al fin alma de poeta) es tan bueno, no desperdicio la valiosa oportunidad.

Pero ¡qué digo! ¿Valiosa?

De qué me ha servido hasta ahora? Yo sé que ella conoce mi ardiente pasion, que á raudales se desborda, volcándose en estas páginas, y no obstante, ¿de qué me vale hasta aquí?

Dice Martin Fierro, ó mejor, el poeta diputado autor de esa joya literaria:

«Que son campanas de palo

Las razones de los pobres.»

En amor podriamos decir otro tanto, que son campanas de palo las repetidas é ingénuas protestas cuando el corazon á que van dirigidas no late unisono con el nuestro.

¡Qué bien habla por mí la siguiente estrofa del malogrado autor de Fausto!

Cuando un verdadero amor
Se estrella en una alma ingrata,
Mas vale el fierro que mata
Que el fuego devorador!

Para probar si es que no entiende mi amada que soy yo el autor de las constantes y ardientes quejas y súplicas de que antes he hablado, tentado estoy de poner en gordos caracteres mis tres iniciales al pié de estas, por mas de un concepto sencillas, pero sinceras líneas.

Yo soy de los que creen que dice mas una mirada con toda la elocuencia de su fuego, una simple palabra brotada de los labios de una mujer de talento, que toda una noche de conversacion y que todas las cartas que puedan escribirse; pero... (jestos peros que no me dejan proseguir! En fin, lo diré,) pero... eso es en teoria.

Anhelante, loco de tanto esperar, estaba la semana pasada, cuando recibo un abultado sobre, que por el luto, ántes de tomarlo en mis manos y por sus queridas letras, que en lindos caracteres decian, Señor D.....(El que á vds. se les antoje del que vds. quieran ponerle) despues de tenerlo en ellas, conocí que venia del objeto de mis insomnios.

«¡Oh delicioso instante!

¡Oh secretos de amor! ¿cual mi ventura
Podré pintar, mi sangre llanante,» etc. . .

Beso y vuelvo á besar el sobre que para mí encerraba tanta ventura: una carta suya, y que debía ser larga y por lo tanto muy espresiva; corro, como el avaro á esconder su tesoro, y me encierro en mi cuarto dejando por única abertura una rendija apenas capaz de dejar pasar la suficiente luz para poder leer su carta, esa su querida carta que tanto habia esperado; vuelvo á colmar de besos, esos besos de fuego de la pasion, al amado sobre, y tratando de calmar un tanto la gigante agitacion que me dominaba, empiezo á abrirlo, con la misma cautela y religioso respeto con que el jóven novicio en las tareas de la diseccion humana, empieza su primer ensayo sobre el yerto cadáver, que como la imágen sombría del misterio, yace tendido en la helada piedra de la mesa del anfiteatro.

Ya está abierto, muy cuidadosamente abierto el sobre; extraigo su voluminoso contenido, y . . .

«¡Salid sin duelo, lágrimas corriendo!»

¿Que he encontrado? ¡Ni una frase de amor, digo mas, ni un *algo* para mí. . . son las flores perfumadas de su ingenio, flores cuyo perfume no es para mi alma enamorada. Son sus versos, sus lindos versos, que debo entregar á su prima para su album; sus tiernas producciones, que por mas que enriquezcan el arte patrio, no traen ni una ráfaga de aromas con que embriagar mis anhelos de amor! . . .

«Confuso y sin saber el qué decir!» y pensando que no podía llegar hasta ahí su crueldad, registro nuevamente el interior del sobre: hay algo mas, es: . . . una esquila (que no es esquila) en que me dice lo que yo de autemano sé tengo que hacer: que entregue sus versos á Matilde, su linda prima, y que presentando al papá de ésta sus respetos, los reciba yo á mi vez, de mi segura servidora

Guardo la esquila, (que no era esquila) no beso el engañoso sobre, y cumplo entregando lo que tengo que entregar á Matilde.

Hé aquí, lectoras, el porque de haber tenido razon para poner al frente de este articulo las palabras: *¡Lo de Siempre!*

¿Verdad que es triste lo que me pasa?

¿Verdad que es como para ir á buscar asilo á mis esperanzas en otro seno en que se encierre una *quisicosilla* mas blanda, de esas que, como dice el muy inteligente autor del *Arco-Iris*, del número pasado, existen al lado izquierdo de todo pecho humano y que constantemente estan repitiendo tic-tac-tac-tic?

¿Qué debo hacer ante esta manifestacion airada de la fatalidad que me persigue?

¿Abandonar la arena, dejando el campo á gladiadores de mas talla, acaso?

No, mil veces no. La última gota de mis desengaños ha de concluir la horadacion de mi pobre corazón, y recien he de caer como Icaro vencido rodando á impulsos del puntapié del destino que me arrojará á las fauces hambrientas de la tumba.

Au revoir.

EL MISMO.

Bs. As, Octubre 16 de 1881.

EN LOS «LIRIOS»

*A la inspirada poetisa argentina,
Sra. Josefina Pelliza de Sagasta.*

EN SU ALBUM

Yo te imagino como á esas hadas que, entre las flores de la pradera, beben, risueñas, enamoradas, la miel que vierte la primavera.

Como ellas, dulce, divina esencia, libas al lirio de la armonia; como las suyas, es tu existencia, rayo de aurora, nuncio del dia.

Vagan tus versos en ráudo vuelo como las aves en torno al nido, y como blando coro del cielo su tierno arrullo besa el oído.

¡Siempre á la sombra de los palmares, hada del bosque, se oiga tu acento,

resuene el éco de tus cantares, como el del ave, como el del viento!

E. E. RIVAROLA.

Octubre 17 de 1881.

EL BUZO

«¿Cuál de vosotros, caballeros y escuderos, osará hundirse en este abismo?

En el arrojó una copa de oro: ya la tragó la sómbria boca de la sima. Aquel que me la enseña de nuevo puede guardarla; es suya.»

Dice el rey; y de lo alto de la empinada y escarpada roca que se desploma sobre el dilatado mar, lanza la copa en la mugiente vorágine de Caribdis. «¿Cual de vosotros, repito, tendrá ánimo bastante para hundirse en estas honduras?»

Los caballeros y escuderos que lo rodean han oido sus palabras, pero quedan mudos; miran la mar embravecida, y ninguno se siente con coraje para ganar la-copa. Por tercera vez esclama el rey: «¿Será cierto que no haya nadie que ose hundirse en esta sima?»

Continuaba el mismo silencio, cuando un jóven paje, con aire amable y resuelto á la vez, sale fuera del círculo de sus tímidos compañeros y se saca el cinturón y la capa. Todos los concurrentes, hombres y mujeres, contemplan con sorpresa y admiracion al noble jóven.

En el instante en que avanza hácia el borde de la roca y mira el abismo, Caribdis, mugiendo, vomitaba las olas que acababa de tragar, las que, con estruendo semejante al de lejano trueno, se lanzan, espumantes, del fondo de la lóbrega caverna.

Y hierve, brama, silba la vorágine, cual agua mezclada al fuego. Brotan hasta el cielo chorros de humeante espuma, y sin interrupcion, la ola sigue á la ola, como si no pudiera vaciarse el abismo, ó si quisiera el mar engendrar otro mar.

En fin sosiégase el iracundo remolino, y por entre la blanca espuma divisase un negro y anchuroso boqueron: diríase que esta abertura se interna hasta adentro de los infiernos. Véanse las impetuosas ondas bullir con impetuosidad y caer de nuevo remolincando en el pavoroso embudo.

En el acto, y antes que vuelva á subir la ola, el jóven encomienda á Dios su alma... De todos los labios parte un grito de terror. Ya lo arrastró la vorágine; la boca del mónstruo se cierra misteriosamente sobre el esforzado buzo; ya no lo ven.

Reina otra vez el silencio en la superficie del abismo, si bien se oye todavia un sordo bramido en las honduras: la emocion arranca este grito de todas las bocas: «¡Adios, animoso jóven!» Y los mugidos se hacen cada vez mas sordos y cada instante de expectativa aumenta la ansiedad y el terror.

—Aun cuando arrojas en él tu corona, diciendo: aquel que me la traiga podrá guardarla y será rey, no me dejaria seducir por tan espléndida recompensa, pues lo que oculta en su seno el mugiente abismo, alma viviente tendrá nunca la suerte de revelarlo.

Navios mil, arrastrados por la vorágine han sido sepultados en sus hondos senos. De esta tumba que todo lo devora, nada se vió salir sino fragmentos de mástiles y carenas.—Y cual fragor de tempestad, hácese cada vez mas atronador el bramido de las olas, que, de continuo vienen acercándose!

Y hierve, brama, silba la vorágine cual agua mezclada al fuego. Brotan hasta el cielo chorros de humeante espuma, y sin interrupcion, la ola sigue la ola, y con un fragor semejante al de lejano trueno, brota espumante de la lóbrega caverna.

Y, ¡mirad! del seno de las sombrías ondas vése salir un brazo, despues un cuello blanco como el plumaje de un cisne; nada con brios y perseverancia; ¡él es; es el paje! Con la mano izquierda alza la copa, que agita, dando muestras de júbilo.

Aspira con anhelo y á grandes sorbos el aire, y saluda la luz del cielo. Todos esclaman con arrebato:

«¡Vível ¡hélo aquí! El intrépido buzo salió de la tumba de las ondas, consiguiendo disputar victoriosamente su vida al abismo y al remolino!»

Avanza, rodeado de la multitud enajenada, y cayendo á los piés del rey, le presenta de huijos la copa de oro. El rey hace una señal á su amable hija, que llena la copa con vino generoso, y esclama el jóven:

«¡Larga vida tenga el rey! ¡Dichoso el que contempla la dulce luz del dial! ¡Espantoso es el abismo! Guárdese el hom-

bre de tentar á los dioses, deseando ver lo que, en su clemencia, han envuelto entre tinieblas y terrores.

«Estube arrebatado hasta el fondo con la velocidad del relámpago; allí, un torrente rápido é impetuoso, brotando del hueco de las rocas, se precipita sobre mí. Arrastrado por el furioso embate de corrientes encontradas, estaba arremolinando, y sin fuerzas para evitarlo, con la velocidad de un trompo.

«Entonces, Dios, que invoqué en las angustias de peligro tanto, me mostró la punta de una roca que se elevaba en el fondo del abismo: agarréme de ella y me salvé de la muerte; allí estaba la copa suspendida en unas ramas de coral, que impedían que se cayese en el abismo sin fondo.

Y, debajo de mí, estendíanse todavía inmensas profundidades sumidas en rojiza lóbreguez; aunque ningún ruido llegase á mis oídos en esa pavorosa morada de eterno silencio, veía con espanto moverse confusamente en él, salamandras, reptiles y dragones.

«Allí hormigueaba en horrible confusión asqueroso enjambre: la raya espínosa, el perro marino, el esturion de horroroso y formidable aspecto, y el espantoso tiburón, esa hiena de los mares que me enseñaba sus dientes.

«Y estaba allí, colgado, pensando con terror que me hallaba alejado de todo humano socorro, el único ser sensible en medio de esas fantasmas, solo en esa pavorosa soledad, en honduras inaccesibles á la voz humana, rodeado de los monstruosos habitantes de ese desamparado desierto.

«Sentía ya helármese el alma al hacer esas tristes reflexiones, cuando de repente, los veo en inmenso tropel que se mueven, que se arrastran, culebreando hácia mí, abiertas las bocas para devorarme; trémulo, despavorido, solté la rama del coral, de la que estaba asido. En el acto, me coje, me envuelve, me arrebató en su corriente el impetuoso remolino. Fué mi salvación, pues me remontó á la superficie del abismo.»

Admirado al oír tal relato, dice el rey: «Tuya es la copa, y además, te destino este anillo adornado de piedras preciosas, si pruebas otra vez la hazaña, y vienes á contarme lo que hayas visto en lo mas honrado de los mares.»

Su hija lo oye con tierna emoción pronunciar estas palabras, é implorándole con

juego; para agradaros, este joven ha hecho lo que nadie se atrevió á acometer. Si no podeis vencer los deseos de vuestro corazón, á los caballeros es á quienes toca sobrepasar el arroyo del joven paje.»

Oído esto, agarra bruscamente el rey la copa y la lanza en medio del abismo. «Si me traes otra vez la copa, te consideraré como el mejor de mis caballeros, y hoy mismo abrazarás como á esposa tuya á la que acaba de rogar por tí con tan tierna compasión.»

A estas palabras, una energía sobrenatural avasalla el corazón del joven paje. Lanzan chispas sus ojos; ve á la joven princesa ruborizarse, luego palidecer y caer desmayada. Arde por conquistar tan preciosa recompensa, y con peligro de la vida se precipita en las ondas.

Oyese el bramido de la ola tragada por el remolino: vuelve, anunciada por un ruido semejante al del trueno. Incluidos todos sobre el abismo, hunden en él inquietas miradas; las olas siguen á las olas, suben para volver á bajar otra vez; pero ninguna trae al joven buzo.



SCHILLER.

A CYNTHIA

La cristalina gota de rocío,
Que enajando el perfume de las flores
Se levanta en levísimos vapores
Con el beso del sol,

Es la lágrima tierna que las nubes
Dejan caer á la tierra entristecida,
Lamentando la rápida partida
Del astro bienhechor.

Y mis dolientes y sentidas quejas,
Emanación purísima del alma,
Que me roban los gozes de la calma,
Son efluvios de amor.

Efluvios de mi amor, que desprendidos
Del astro de mi alma enamorada
Liquidan una perla que encerrada,
Guardo en el corazón.

Y esa perla es mi bien, lágrima ardiente
Que arrancada á las nubes de mi anhelo
Con su vapor empáñame ese cielo
Que mi mente forjó.

¿Por qué no vuelves tu mirada amante

Tántalo del amor, que solo escoria
Lejos de tí encontré?

¿Es que tu alma inmortal, rayo fecundo
De génio y de bondad, baña otra vida,
Y es quimera esta fé que me convida
A creer en tu pasión?

Lo quisiera saber... ¡ay! esa duda,
Es la sombra que nubla mi esperanza
Envolviendo mi paz y mi bonanza
En sombrío crespon!

Lo quisiera saber... «¿Que importa al mundo
Que haya un cadáver mas?» ¡El arpa rota
Rodaría á tus piés, la última nota
Ahogando el corazón!

ALEJANDRO V MURGUIÓNDO.

Bs. As., Octubre 16 de 1881.

ARCO-IRIS

Lectoras: he alquilado el altílo de que les hablé en el número pasado. A la fecha van cuatros días que soy inquilino de Mendez. Esta clase de viviendas tiene sus sérios inconvenientes, pero—¿qué no sufriria por estar cerca de ella?

Antes les decia que no tenia nada.

Ahora pueden las lectoras felicitarme. Soy rico, inmensamente rico.

No es que me haya sacado la lotería ó heredado á algun tío asmático.

Mi fortuna es de un origen mas puro. Ella consiste en tener una veciuita, gentil como la palmera del Líbano.

Fortuna que lleva en sí el germen del mas apacible sosiego y que se puede hacer pública sin temor de echarse á cuestras un enjambre de amigos.



Yo mismo me mudé, y en un solo viaje porque mi menaje doméstico es bastante reducido.

Sin cansar al lector puedo hacer el inventario: catre con colchon tísico y almohada de virutas, una pequeña mesita que tiembla como una vieja y un baúl al cuál los ratones le han abierto algunos respiraderos.

Nada mas.



Al llegar al zaguan de la Imprenta coló-

altillo y empecé á subir mis muebles.

Poco tiempo me bastó para concluir mi trabajo.

Dispuse las cosas con mucho orden y luego abrí el baúl.

Saqué un pedazo de vidrio de espejo que coloqué en la pared sujetándolo con alfileres, una palangana de lata, un peine, y una cajita de soda refrescante que es donde pongo el pan de jabón amarillo. Salí después la botella que me sirve de candelero, en seguida unos libros, un bote de tinta, plumas, etc, que despurrané por la superficie de la mesita.

Hecho esto, me senté sobre el catre en actitud pensativa.

De Maistre, me dije, ha escrito «un viaje al rededor de mi cuarto,» ¿porque yo no podría seguir sus huellas bandurreando á mi vez otro titulado: Aventuras en mi altillo y sus vecindades?»



Un olor incitante de pescado frito que penetró á mi altillo desconcertó las ideas literarias que venia elaborando mi cerebro.

Yo estoy verdaderamente enamorado. No puedo ponerlo en duda, pero cata aquí que he oído decir muchas veces que los síntomas del amor empiezan por una gran inapetencia.

¿Cómo salgo de este conflicto?

¿Seré acaso un Brandér prosaico y plagador incapaz de sentir en toda su intensidad la influencia divina del amor?

Ab! solo de pensarlo, me dá ganas de llorar.

No tendria fuerzas para resistir tamaño desecamento...

Otra rátaga, mas incitante aún que la anterior.

Debe ser pejerrey.

Maldito apetito!



Pero discurrámos.

El caso lo merece.

En mi opinion, los que han dicho que los que comen no están enamorados solo han propalado una mentirilla como tantas de las que corren por el mundo.

Una sola pasion es susceptible de mil modalidades que se producen segun sea el grado que recorre y la atmósfera en que suscita.

Si un enamorado no come, no es el amor que se lo impide sino la tristeza ó la alegría de su ánimo.

Aquí accionan muchas causas y tan

sutiles que se pierden en la observacion como los rios en el mar.

El temperamento, la edad, el hábito, el frio ó el calor son influencias que aisladas ó en conjunto inclinan la balanza de un lado ú otro.

Asi se explica, que recibiendo dos individuos una misma noticia halagüeña, se harte uno y ayune el otro.

Si pasara como axioma el dicho de que los amantes no comen tendríamos que el alma mas fuertemente enamorada que ha producido el mundo ha sido la del Doctor Tanner que ayunó cuarenta dias... hecho de todo punto cierto con este aditamento: que comió las cuarenta noches

Aunque lo que acabo de decir es decisivo, quiero, sin embargo, insistir todavia con otros argumentos.

Dicen que los poetas, son los mortales mas enamorados que habitan este menegado planeta terrestre.

Pues bien,—cuentan las crónicas que Alfredo de Musset comia de una manera estupepada.

El Dante estuvo quince dias enfermo por una indigestion de tallarines.

Ricardo Gutierrez no lo hace mal. Una noche entré á *Phillip* y en una mesa estaba el inspirado autor de *Lázaro*. ¡Cáspital con pocos parroquianos de su fuerza: ponía hotel en la seguridad de levantar fortuna de la manera mas rápida.

A Olegario Andrade no lo he visto desayunarse nunca, pero el abdomen de abuelito que está echando me releva de toda prueba.

Gervasio Mendez... (recuerdo que puede arrojarne del altillo)... Gervasio Mendez se alimenta de suspiros y cabellos de ángel, que así llaman los confiteros á esa especie de fideos dulces que colocan en los ramilletes.

Rivarola, el mas inspirado de nuestros jóvenes poetas, tiene un apetito tan envidiable que podría con ventaja competir con un padre prior.

Lord Byron se desayunaba con berzas y queso pasadito.

¿Y yo, que ni puedo oír hablar del queso *Rocheport*, estoy con escrúpulos de ir á comer?

¿Quiénes han amado en la vida mas que los poetas? Al ménos así lo dicen ellos en sus versos.

¡Eal! la actividad dentífrica y molar nada tiene que ver con el cerúleo espasmo del sentimiento ideal.



Tranquilizada mi romántica conciencia con las reflexiones anteriores bajé del altillo y salí á la puerta de calle.

Las ventanas de mi vecinita estaban cerradas.

Entónces empecé á andar hácia el norte y á observar algunas cosas del barrio.

En la misma esquina de la acera en que vive mi bella vecinita hay un almacén, con este apéndice: de *la capital de Roma*.

Mis conocimientos geográficos son bien menguados pero me parece que Roma es la capital de Italia, y que si tiene alguna capital no puede ser otra que la misma Roma.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que entré á comprar dos velas de sebo y una caja de fósforos.

En esto of al dependiente que llamaba al dueño del almacén por este nombre: Don *Angel*.

¡Qué pérdida para mi repertorio romántico!

Ya no podré decirle á la encantadora vecinita que es un angel del cielo que ha descendido á la tierra para consolar á los «feridos de punta de ausencia y llagados de las telas del corazón.»

Y si le digo que tiene un rostro angelical se podría creer que era parienta de «la capital de Roma.»

El almaceén en cuestion tiene una cosa verdaderamente original. La puerta de la trastienda ó despacho de bebidas dá á la calle Uruguay y á la derecha como aviso para los que no saben leer hay unas figuras que parecen geroglíficos egipcios: me acerqué y luego de una observacion muy detenida *adiviné* el pesamiento del artista; habia querido trazar una botella, un vaso y un tirabuzón.

¡Yo te saludo, sublime y desconocido pintamonas!...



Queriendo saber la hora, me acerqué al vigilante que estaba parado en el centro de las cuatro esquinas.

Eran las siete de la noche, hora muy á propósito para cumplir con los deberes que cada individualidad tiene contraídos con su estómago.

Miré hácia la esquina de la acera de la Imprenta: es una fonda y tiene dos puertas,—una á la calle Uruguay y otra á la de Charcas.

En el frente que mira á la calle Uruguay se lee este letrero: «Casa de comida milanesa» y en el que dá á la calle Char-

cas este otro: «casa de comida lombarda.»

¿Qué *imbroglio* es este? me dije: ¿será según por la puerta que uno entre que le darán comida lombarda ó milanesa?

Después de una breve perplejidad me decidí por la milanesa y penetré á la fonda.

Vino á servirme un hombre flaco, cosa que me hizo formar muy mala opinion del poder alimenticio de la comida milanesa. Tentado estuve, mas de una vez, de salir por donde habia penetrado para volver á entrar por la «comida lombarda.»

Pero ya era tarde. El hombre flaco me ofrecia un papel. Era la lista. Posé en ella los ojos (no soy tuerto) y alcancé á leer lo siguiente:

Polenta con pacarilos

Raviolos à lo Umberto primo

Rissoto sin moscas

Esto es, le dije, no queriendo leer mas, —sírrame cualquier cosa con tal que venga como se promete el «rissoto.»

Comí, pagué mis cinco *gastelumendis* y me dirigí al Mercado Libertad á comprar un «cabecita negra» y un ramo de violetas.

Mi temperamento poético no puede vivir sino entre libros, pájaros y flores: si á estos tiernos objetos agrego un cigarro negro, mi altillo se convertiría seguramente en el quinto cielo de Mahoma por lo ménos.

Arreglados los precios, cargué con la jaula y el ramito, en direccion á mi nido.

Al doblar por Uruguay me topé con un amigo que lleva veinte años de casado.

Me bastó observarlo ligeramente para comprender que venia seriamente disgustado.

—Qué feliz encuentro, me dijo. De-seaba verlo para felicitarlo. Es Vd. un sábio. Las ideas que ha desarrollado sobre el amor en el arco-iris pasado lo colocan á la altura de Pirron y de Epicteto, los dos filósofos mas filósofos que han existido. Ah! si yo hubiese practicado esas ideas, otro gallo me cantara. Si Vd. supiera lo desgraciado que soy! Hace un rato no mas que en el comedor de mi casa han volado los platos. He tenido que salir para que el aire equilibre mis nervios y al mismo tiempo para evitarme de hacer una barbaridad. Sempronia, mi mujer, está cada vez mas insufrible, agregó mi amigo mesándose los cabellos: ¡uff! las mujeres, las mujeres... mire Vd, recién me apercibo: he salido de casa sin sombrero: no puedo permanecer así en la calle, lo notarían y se reirían de mí: ¿quiere

Vd. tener la bondad de acompañarme? Si tornara solo, la pasada escena se renovaría: acompañado, no es de temerla, porque ni mujer, como todas las mujeres, es una cómica consumada: sabe según su expresion favorita, cubrir las apariencias...

Yo no las tenia todas conmigo, la imagen airada de Misia Sempronia enarbolando una botella se me venia á la mente y me llenaba de pavor, pero mi amigo me habia alabado un arcoiris y es sabido que todo tipo que escribe es capaz de seguir al mismo infierno á cualquiera que le propine el beleño del aplauso.

La naturaleza humana es débil. Así es que subí en un decir Jesús al altillo, dejé la jaula y el ramito de violetas y volví inmediatamente á ponerme á la disposicion de Don Absalon, que así es el nombre del esposo de misia Sempronia.



Pronto llegamos.

Mi amigo abrió la sala y llamó á un sirviente, al que ordenó que hiciera café.

Después reanudando la conversacion de la calle, me dijo:

—Talvez Vd. por un juguete habrá enuciado en el arcoiris pasado la pacífica teoria de amar bonachonamente sin exigir reciprocidad de afecto, para que la ilusion se conserve siempre immaculada: pues si ha sido así yo le aconsejo que tome la cosa à lo sério y persevere en esas ideas: es de la única manera que podrá ser Vd. feliz.

La realidad es el oprobio y nos amarra al pantano de la tierra: repitamos con un escritor ilustre: somos hijos del cielo, alcemos pues la frente para reconocer el camino.

En el amor, mi amigo, para nada, óigame Vd. bien,—para nada absolutamente entra el objeto amado: todo el gasto lo hace la imaginacion: tan es así, que si cien mujeres formasen en fila desnudas y entre ellas estuviese su ideal, mirando á todas por la espalda Vd. seguramente no lo distinguiría.

La mujer es como la urraca que pelada no se sabe que es urraca. Es la maldita imaginacion que se enamora del pliegue del vestido, del corré y de la botita que oculta los juanetes.

Escúcheme un momento y yo le contaré la historia de muchos.

Encontramos una mujer en cualquier parte, digamos, en un baile: se danza con ella, se conversa un poco, despues ni esto: uno la mira y ella lo mira á

uno y la loca de la casa, como llamaba Schakespeare á la imaginacion, nos hace creer que somos comprendidos.

Después amamos... amamos hasta el delirio. Todo lo olvidamos por ella y en la fatal pendiente de la pasión nuestro egoísmo sino llega hasta el crimen en los hechos... alcanza siempre en la intencion.

Llegan momentos en que la divinizamos y ocupa en el alma mas lugar que Dios.

Sin embargo, viene un día en que nos entristecemos: la hemos descubierto una vulgaridad: la ayudamos á velarla y así volvemos á vagar en el engaño; pero el tiempo corre y no tarda en llegar la hora maldita que alumbra con fulgor fatidico nuestra razon: entónces cae con estrépito la careta del ideal con que nuestra imaginacion la habia disfrazado y nos encontramos en el hogar con una mujer estrañal.

Para esta clase de dolores no hay remedio: ni el consuelo de la lágrima resta: cuando de la hoguera del entusiasmo quedan solo cenizas no hay rumbo ya para la esperanza y la vida no tiene objeto á no ser que el desencanto se transforme en risa para satirizar todo lo existente.

Vds, los jóvenes, se creen desgraciados ignorando que ese sentimentalismo enfermizo que padecen es la única felicidad: si se llora, la palangana consuela y si persiste la tristeza, el sueño de una noche la disipa por completo: en la primavera de la vida la esperanza se renueva hasta por el mas leve cambio de posicion corpórea. Los anhelos «incomprensibles» que Vds. sienten tienen por causa, como dijo no sé quien, *el dolor de la edad*: este dolor se calmara con un beso de la novia, con algun lastre en el bolsillo ó bien con un aplauso á la vanidad que es tan grande en el período juvenil y tan forjadora de castillos en el aire; pero esos mismos afaes una vez colmados se transforman en garras que abren á la ambicion despertada nuevos horizontes que el dolor y la experiencia no tardan en velar con llanto inconsolable...

Un consejo ahora: en cuanto al dinero, agarre Vd. todo el que pueda, porque cuanto mas tenga será Vd. mas sábio, en el concepto general y recibirá mas consideraciones.

De las otras dos cosas Dios y su buen criterio lo libren: la vanidad lo haria ridiculo é insociable, lo induciría á dar crédito á las farsas de las mujeres

y estas se burlarian de su buena fé. Respecto al beso no vaya Vd. á hacer tal barbaridad y si la ha hecho no vuelva á reincidir: esas cosas no se hacen y si se hacen basta con una vez, porque si en el primer beso de amor la imaginacion tapa las narices, en los siguientes . . .

La puerta de la antesala se abrió con estrépito para dar paso á Misia Sempronia que entró hecha una furia.

—Asesino, ladrón, bandido, sinvergüenza, empezó diciendo: ¿que te has creído? Te he estado oyendo: miren el insolente, desvergonzado, canalla, puerco, mason . . .



El marido tomó el garrote, al cual llama *la biblia de las mujeres*, y yo me escurri.

Ya en mi altillo, pensé que Don Absalon era un hombre grosero.

¡Pegar á una mujer! A ese ángel de ternura infinita. . .

Hombre despreciable!



¿Qué brisa de amor ha rozado mi frente?

Aspiro con delicia esfluvios balsámicos que flotan como ondas de incienso en la atmósfera del altillo.

El bruto de Don Absalon diría que era olor á primer beso.

Ah! son las vidletas.

¡Oh modestia! solo en simboio se te puede hallar sobre la tierra.



Al día siguiente recibí una visita inesperada.

La de misia Sempronia.

¡Cuánta cosa fea me dijo de los hombres!

En el próximo número tendré el gusto de referirselas sin omitir punto ni coma.

LA POLICIA

La institucion policial ha alcanzado entre nosotros un grado de progreso que la hace digna de los mayores encomios.

Aquellos á quienes les está confiada cumplen con celo y estricta justicia la misión que tienen de mantener el orden y garantizar la vida y la propiedad en las personas.

Puede decirse, que el verdadero gobier-

no en los grandes centros de poblacion es la policia.

Cuando ella es parcial é indisciplinada, el sello de la mayor anarquia imprime á la sociedad un caracter de desorden y temor que vá acentuándose poco á poco hasta que las malas prácticas, alentadas por la impunidad, hacen triunfar al vicio que se ostenta por todas partes insolente y desmascarado.

Entre nosotros sucede todo lo contrario.

Comprendiendo el señor Paz que la policia es una institucion eminentemente civil ha sabido alejarla con tino y energia de la parcialidad y la politica.

Es por esto que pudo ahogar en su cuna á los Caballeros de la Noche, librando así á la sociedad de futuros sobresaltos.

Los que ocurren diariamente al Departamento de Policia ó á cualesquiera de sus comisarías se convencen del notable progreso que hemos conseguido en materia policial.

Un hecho aislado, pero no ménos elocuente, es el que hemos presenciado la semana pasada y que atestigua todo lo que acabamos de decir.

Gervasio Mendez, nuestro querido Director, postrado en su lecho, sin amparo ni proteccion, necesitó el auxilio de la Policia en un asunto particular.

Acudio esta y todo lo arregló.

Esto es muy significativo y habla muy alto.

Quiere decir que el pobre tambien tiene una autoridad que lo proteje.

Para terminar estas líneas diremos con verdadera conviccion que el señor Acevedo, comisario de la seccion 15.^a es un caballero en toda la estension de la palabra.

XLI.

Levántase espumosa y resonante .
La embravecida ola,
Ya avanza, ya se yergue, ya brillante
Al sol sus mil colores arrebola.
Ya descende, ya tiembla, ya desmaya....
¡Ya se disuelve en la arenosa playa!
Así el amor de una mirada ardiente
Brotó como la espuma,
Irguióse altivo con pasión creciente,
Fué clara luz y luego densa bruma,
Y disuelto en el último latido,
Se deshizo en cansancio y en olvido!

EUSEBIO BLASCO.

CRÓNICA DE LA SEMANA

ONDAS DE LUZ

Hemos recibido varias composiciones en verso de la inspirada poetisa, señorita Celestina Funes.

Como todas sus producciones, son ondas de luz envueltas en el perfume del sentimiento que, como en un uido de flores, canta en el corazón de nuestra simpática colaboradora.

En el próximo número empezaremos á publicarlas.

▲ RECOLECTAR FONDOS

Han llegado de la Asuncion del Paraguay las distinguidas señoras Ana Escato é Isabel Loizaga.

Vienen con el propósito de recolectar fondos que serán destinados al Seminario Conciliar de la Asuncion.

Con autorizacion del Arzobispo Aneiros han levantado ya una suscripcion.

CORRESPONDENCIA

Vá en este número una interesante correspondencia de Mariana.

En el siguiente publicaremos otra.

DESCANSAN EN PAZ

Ponemos en conocimiento del señor L. T. que sus versos *A una ingrata* han sido arrojados al *carnero*.

Si desea conservar sus cenizas, puede reclamarlas á la Direccion de este seminario.

DE LA SEÑORA DE GARCIA

En breve publicaremos un interesante trabajo de la ilustrada escritora Eduarda M. de Garcia, cuyo título es: «Viernes, sábado y domingo.»

POESIAS

Hemos recibido el libro de poesias de Enrique E. Rivarola, titulado «Primaverales.»

Luz, perfumes, armonias,—todo lo bello que pueden crear el alma y la imaginacion del poeta, vive y late en sus páginas.

Por falta de tiempo y espacio nos limitamos á agradecerlo y repetirlo á su autor lo que le dijimos cuando lo puso en nuestras manos:—que el laurel de la gloria continúe reverdeciendo en su frente velado por la modestia.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 509

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, OCTUBRE 30 DE 1881.

SOMBRAS

VIERNES! SABADO! DOMINGO!

«Mi hijita, hoy como es día feriado, no iré al ministerio; hemos cerrado, como dicen los tenderos.»

«Que suerte, mi cielito! Iremos juntos al museo; ya sabes que me lo has prometido.» Y para hacer el recuerdo mas vivo, la cariñosa Malvina acercó su boca sonrosada, de labios carnosos y húmedos, como cereza que el sol aun no ha acariciado, al bigote sedoso de su maridito y con el corazón palpitante, esperó, la tumbada... Resonó un beso amoroso; y el canario que comenzaba un chuiiik, enderezó su pescuecito amarillo, guiñó un ojito y lanzó una nota sobreaguda que hubiera hecho la fortuna de una diva.

Malvina y Julian llevan ya cuatro meses de matrimonio; se han casado muy enamorados y nada hasta entonces ha empañado, ni de paso, la inmensa dicha que ambos se prometían al unir sus existencias. Malvina no echa de menos las galas que un pretendiente alemán, de cabellos rubios y ademanes un tanto vulgares, hiciera reaplender con singular empeño, ante sus ojos. Si Julian no es mas que un simple empleado de ministerio, con poco sueldo y... en fin, cierto apego a lo bueno,—y esto quien no le tiene,—su maridito la adora, sí, la adora, literalmente, y no cesa de repetírselo noche y día, y con cuántos mimos!

«No sabes, queridita mía,» dice Julian pasando su brazo por la cintura redonda de Malvina, «cuánto deploro no poder llevarte al museo; parece una fatalidad; nunca puedo hacer lo que mas vivamente deseo.»

«No puedes. Y porqué, lucerito mio?» Un beso en la pálida frente de Julian que es tersa y bella, coronada por cabellos negros, el encanto de su mugercita, acentúa la interrogación.

«No puedo, paloma mía, porque el Instituto Geográfico tiene una sesión extraordinaria y... creo que van a nombrarme secretario y...»

«Ambicioso!» Se arroja la esposita en brazos del secretario futuro ó posible y... un alud de besos sonoros, prolongados, cierra los labios al candidato.

«Te he arrugado la camisa, hijito; deja que te ponga yo misma la corbata larga con el prendedorcito... te acuerdas?»

Diciendo y haciendo; las manecitas regordetónicas, blancas como leche, colocan primorosamente la corbata de raso azul marino que sienta á las mil maravillas al esposito; la querendona no puede deshacerse de aquellos brazos que la estrechan, de aquellos bigotes fascinadores...

Suenan las dos en un reloj vecino.

«Las dos, mi vidita,» exclama Julian, precipitándose sobre su levita. «Que van á pensar mis amigos?... pronto los guantes!» Y con paso rápido, se aleja de su amorosa tórtola.

«Pero el sobretodo, mi hijito, te vas á resfriar.»

«No, no, rechazándola dulcemente. Hasta luego,» y de un salto se precipita en la escalera.

«Hace tanto frío» exclama la joven, y no me has dado el último beso... Julian no la oye ya...

Pensativa cierra la puerta Malvina y le parece que el sol no brilla como antes... Julian no se pone nunca el sobretodo, de día, tiene ligeras tendencias á la obesidad, detesta los gordos; pero su mugercita lo ignora.

Corren las horas lentamente; como es día de fiesta, Malvina no cose ni teje, vé pasar la gente detras de los vidrios, piensa en Julian, lee con gran distracción un artículo de revista, que trata de música; lo halla insulso; quizá lo es; se parea impaciente, cambia de lugar las sillas de la salita, altera la simetría de

los floreros y frioleras que adornan la chimenea; se mira al espejo un rato y se fastidia mucho.

«Si la señora me lo permite, después que sirva la comida quisiera salir con la cocinera.»

«Bueno, Juana; pero para volver?»

«Si á la señora no le parece mal, dormiré en casa de mi tía y mañana temprano vendré para abrirle al panderero.»

«Bueno, Juana.»

Malvina está distraída, muy distraída y como tiene buen corazón, no le ocurre negar á su mucama aquella salida; y sin pensar en los inconvenientes que ha de acarrear necesariamente, dice:

«Ponga la mesa: así comeremos mas temprano.—Corre, vuela Juana como si tuviera alas; choca vasos, platos, derrama sal y en un decir Jesús, adereza mal ó bien los enseres para la comida de los esposos.»

«Encenderé el gas, ya Julian no tardará.» La cuestión es hacer algo. La luz brilla, la puerta se abre con estrépito y Malvina arroja el fósforo sabe Dios dónde al sentirse dulcemente aprisionada.

Como palpita su corazón!

«Estás muerto de frío, amor mio! ven aquí, á mi lado, con besos y mas besos te voy á calentar; quítate los guantes así, así... Y esos labios que tan bien saben besar, devoran las heladas manos del Secretario, pues lo es—declarado tal por unanimidad.»

Malvina al oír tan frousta nueva, toma de asalto las rodillas de su señor y cubre de besos locos, frente, boca, mejillas y cabellos. Paga Julian con usura esas caricias y por algunos instantes solo se oye en el estrecho aposento un continuo arrullar de palomas...

«Está la comida,» anuncia Juana.

Los esposos se separan bruscamente y aliñando las pesadas trenzas castañas que caen en desorden sobre sus espaldas, dice Malvina confusamente, pues tiene dos orquillas entre los dientes: «Ya te diré porqué comemos temprano.»

Julian responde: «bien, muy bien,» dan-

do á su corbata la posicion vertical que ha perdido y la enamorada pareja entra al comedor cambiando espresiva mirada y picarezca sonrisa.

Devora el amante dueño su plato de sopa que está caliente y sabrosa; en tanto su compañera que encantada lo contempla comer según ella, «como jamás comió ninguno,» toma apenas una cucharadita. «Veo que tienes apetito, apesar de ser temprano, mi hijito; pero como Juana me pidió licencia»...

«Perfectamente mi negrita; yo tengo por fuerza que irme á Colon, con esos señores del Instituto, perfectamente!»—Dilátanse los rasgados ojos y se oye un «¿Te vas esta noche?» capaz de enternecer las piedras.

Dos lágrimas ruedan por la afelpada megilla y Julian que está luchando con las espinas de un pejerrey frito, no vé el llanto; pero el acento le acongoja.

«Mimosa mia, me voy por un rato... ya sabes, en mi posicion debo mostrarme, frecuentar la sociedad, los-hombres tienen necesidades»...

«Malditas espinas! ¿No habria medio que la cocinera...? fijando en su mitad una mirada algo severa.» «Pero que tú no pruebas bocado? verdad es que el pescado»...

«Llévese la fuente Juana» murmura Malvina con voz doliente y Juana corre feliz á la cocina á contar á la cocinera, «que los patrones se están peleando.»

El asado y el guiso, no están comibles; pero Julian declara, que no le importa, pues ver llorar en la mesa no abre el apetito; Malvina llora entonces de veras y salen ambos del comedor con caras graves.

«No iré á Colon si tanto te aflige.»

Enjuga Malvina sus lágrimas con gesto infantil y sonrie amorosa.

«Pero»... agrega Julian, «quedaré en ridículo; lo habia prometido.»

Las sombras cubren de nuevo aquel corazon amante que valeroso responde sin embargo.

«Andá hijito; pero prométeme no mirar á la cazuela.»

«Ya lo creo, alma mia. ¡Quien puede interesarme en la cazuela ni en los palcos? ... Mira; no llevaré antejo.»

«Eres un cielo!» El cigarro envuelve en nube azulada á los esposos que callan y el tiempo pasa.

«Oh, hijito, hay una carta para tí, lo habia olvidado.»

Julian rompe el sobre y resulta ser una

invitacion para el baile de la Beneficencia.

«Esta si que es bromal» esclama el flamante secretario.

«Con no ir»... observa suavemente Malvina.

«Sí, y pasar por un guarango y que en el ministerio crean que no me han convidado; eso es, justamente» y subiendo el diapason acentúa el *crescendo*.

«No te enojas mi bien, que no yendo yo, tú podrias decir que...» «Eso es, que tus celos ridiculos, me tienen atado á tu traje y que... en fin, pensarán quizá que es por no dar los 250 pesos. Oh pobrezal Esto solo me faltaba»

Julian se pasea furioso de un lado á otro de la habitacion, como oso enjaulado.

Silencio y suspiros.

De repente el airado esposito saca el reloj y dice con ironia.

«Es hora de irme, si he de ver la introduccion.»

Malvina oye los pasos de la cocinera, que sale cuchicheando con Juana y siente que el corazon se le oprime— «voy á quedarme sola... tendré miedo;» piensa la pobre niña. Julian se le acerca sonriendole cariñosamente.

«Hagamos las paces, mi hijita,» dice el seductor y fija en la amante niña su mirada mas irresistible.

«No te vayas, hijito» murmura dulcemente la mimosa, colgándosele del brazo; me quedo tan solita; no te vayas.»

«Pero y Juana?»—«Le di licencia.»

«Es inaudito, parece cosa hecha adrede, y tus celos absurdos, estúpidos, me han de enloquecer.»

«Te aseguro que»... las lágrimas terminan la frase.

«Eso es, llanto, escena ahora; al diantre las»... y Julian arroja furioso su cigarro medio apagado, que quema así mismo un buen pedazo de la alfombra.

«Cielo miel No te enojas, tienes razon, no lloraré; mira, ya no lloro. Ponte los guantes que ya siento el tramway... dame unos besitos y... no vuelvas tarde; por favor.»

La corneta del vehículo parece devolver al jóven esposo su habitual placidez; resuenan dos besos, óyese un «no tardo mi vidita» y el venturoso Julian se precipita fuera de la habitacion.

Malvina acongojada, medrosa, se queda triste y sola con el canario... dormido.

EDUARDA.

Agosto 6 de 1881.

(Continuará.)

COMO LOS ASESINOS

Pasó... la sombra densa
De su rizado pelo,
Caía en leves ondas
Sobre su blanco seno,—
Niveo jazmin, al alba
De la ilusion abierto.

Pasó, con las pupilas
Iluminando el cielo
Y embalsamando el aire
Con su aromado aliento,
Y al verme, ni un suspiro
Estremeció su pecho!

Pasó junto á la noche
Que en la existencia llevo
Como sudario tñnebre
Que mi esperanza ha envuelto,
Y ni una sola lágrima
Brilló en sus ojos negros!

Asi pasó ayer Lirdia,
En mi dolor hundiendo
Su fria indiferencia,
Como un puñal de hielo,
Y ni una triste sombra
Nubló su rostro bello!

Con la cabeza erguida
Por desdeñoso imperio,
Pasó muda, insensible,
Sin conmocion ni duelo,
Como los asesinos
Pasan junto al que han muertos!

G. MENDEZ.

Octubre de 1881.

CONVERSACION A TRAVES DEL ATLÁNTICO

ALEMANIA

Señor Director de EL ALBUM DEL HOGAR.

Despues de haber escrito la correspondencia anterior, dormia profundamente, (eran las diez de la noche) cuando unos sonidos armoniosos me despertaron súbitamente; medio dormida todavia, salté de la cama y envolviéndome en mi peñador, abrí mi balcon gótico y mirando á la calle apercibí un grupo de jóvenes que, envueltos en largas capas y con una

linterna en la mano, cantaban a *mezza voce* unos Lieders (1) amorosos.

Por un momento mi imaginacion oscurecida aun por el sueño, me dió una vision encantadora: creí que estaba todavía en Lucca, (2) y que como un año antes, en los mismos dias, los jóvenes del pueblo me daban de nuevo una serenata. *Ervisa la bella Italia*, iba á gritar, cuando precediendo á mi pensamiento, se abrió una ventana de un piso superior, y una voz conmovida y llena de sollozos, dijo suavemente: danke, danke, (gracias, gracias.)

Esta realidad me hizo volver en mí; pensé, que estaba en Wiesbaden, donde á nadie conocia, y mis ideas aclarándose con el fresco de la noche probablemente, me hicieron recordar que una de las artistas que habian tomado parte en la fiesta musical, vivia en un piso superior al que ocupamos nosotras, la que partia al dia siguiente, y que esos trovadores debian de ser algunos de las sociedades corales que habian venido á Wiesbaden, y que al despedirse, le daban una serenata.

Asi era en efecto, y la suerte, esta vez me favoreció, que algunas veces creo me olvida completamente, haciéndome oír esos Lied Alemanes, esos coros de hombres solos, tan célebres, tan bellos y melodiosos. Los acordes habian cesado ya, los cantores se retiraban, y yo, parada en mi balcon, parecia escuchar todavía esas voces armoniosas que habian traído á mi memoria recuerdos, *saudades* tan seductores.

Nessum maggior dolore (3) etc. etc., me dije, y cerrando mi ventana me metí en cama de nuevo, no sin haber tomado un fuerte resfrio por haberme espuesto, en un traje muy liviano, al aire fresco de la noche; y, maldiciendo ese fondo de romanticismo que desgraciadamente existe en mí, y del que no puedo deshacerme, por mas esfuerzos que haga, me lancé resueltamente en brazos de morfeo!

MARIANA.

Wiesbaden, Setiembre de 1881.

(1) Romanzas populares Alemanas.

(2) Ciudad de Italia.

(3) Dante.

A TU MEMORIA

—

Hoy vengo aquí, al borde de tu marmórea tumba, para dejar sobre ella las últimas violetas que han abierto en mi jardín, y que al ver erguirse risueñas á las brillantes flores de la primavera, ocultaban ruborosas su azulada frente entre sus verdes hojas.

Una á una las he juntado con triste y cariñoso afán, para traerlas á ti con todo el dolor de mi alma desolada: ellas eran un recuerdo palpitante del invierno que habia pasado, y que trajo envuelto en sus opacas brumas el hálito mortal para toda la dulce esperanza de mi vida, y mi corazón se habia unido á su perfume con la íntima ternura del amor perdido.

Pobres violetas! al verlas despedirse de la tierra al primer rayo del sol primaveral, un gemido de amargura ha brotado de mi pecho, y una lágrima ha caído de mis ojos: eran las flores mas queridas para mí desde la hora bendecida en que tu alma iluminó la mía con la irradiación celeste de su amor divino; cuantas veces en alas de su místico aroma habian elevado mi pensamiento al cielo de ese recuerdo y cuantas veces tambien ausente, aunque no tan lejos de tí como hoy, he suspirado tu adorado nombre entre su cáliz lánguido, como un vago consuelo á la ansiedad infinita que envuelve las horas de la ausencia!

Después, un sentimiento grande, inefable, el sentimiento de la gratitud, me ha hecho amarlas mas aun: en el día mas trepidante de vida, cuando inclinaste tu frente de ángel bajo el peso de la ley inexorable, exhalaron á raudales su fragancia para envolver en sus ondas suaves tu espíritu que partia; y cuando las orgullosas camelias y las aromas coquetas deshojaron su corola marchita sobre tu ataúd, pesarosas quizá de hallarse en el recinto sombrío de una tumba, ellas, cariñosas y fieles, permanecieron erguidas todavía un tanto mas, como si no quisieran abandonar á un ser que les habia amado tanto, porque tambien su alma era una violeta fraganciosa y pura!

Por eso con tan honda pena las veo partir, hoy que siento que no podré olvidarlas ya jamás, porque unida á ellas irá siempre la memoria mas grande y dolorosa de mi vida.

Mañana cubriré tu sepulcro de castos

mas tarde, de azucenas pálidas como tu frente helada; y cuando el estio haya pasado, y cubra el suelo de amarillentas hojas el otoño, florecerán de nuevo las violetas, y entonces volveré á traerte esas amadas flores que guardan entre sus hojas el secreto de tu cariño y el eterno dolor de mi existencia . . .

Entre tanto, este ramito que he inundado de besos y de lágrimas, quedará aquí, sobre tus restos, hasta que otras violetas puedan renovarle, y hasta ese momento guardaré su recuerdo en el santuario de mi corazón herido, como una esperanza marchita ó una ilusión desvanecida.

SIEMPREVIVA.

Octubre de 1881.

LA SOMBRA DE LA VIDA

El alma humana
dice siempre: tristeza!

J. Castellanos.

¡Siempre este duelo tenaz
Que á todas partes nos sigue,
Tal como al cuerpo persigue
Siempre la sombra fugaz!

Esta tristeza eternal
Sin causa, tinte ni nombre,
Que desde niño hasta hombre
Camina en pos del mortal;

Este continuo sufrir
Que acompaña nuestra vida,
Cual hiedra á la roca asida,
Desde el nacer al morir;

Esta pena sin igual
Que en el alma no se agota,
Que en ella continua brota
De misterioso raudal;

Este de eterno dolor
Escondido y hondo arcano,
Que es del corazón humano
Sempiterno habitador;

Este enemigo fatal
Jamás del hombre apartado,
Infaltable convidado
De la orgía mundanal;

¿Adonde el hombre huirá
Que no sea este enemigo?

¿Dó se hallará que consigo
Su fantasma no estará?

¡Jamás le puede apartar,
Que vá en su existencia asida
Mientras él siente con vida
¡Su corazón palpitar!

Anciano ó niño gentil,
Poderoso ó sin fortuna,
Desde la plácida cuna
Hasta el polvo frio y vil;

Entre el ruido del festin,
Mientras reclina la frente
De la verdad sonriente
Sobre el seno de jazmin;

En las horas de embriaguez,
De frenética locura,
En que del placer apura
La aurea copa hasta la hez;

Cuando olvidando el deber
Que la sociedad le impone
Sobre el tapete depone
Su nombre y todo su haber;

Cuando lleno de pasion
Goza las dulces delicias
De las ardientes caricias
De otro amante corazón;

Cuando, sintiendo nacer
La ambicion dentro del alma,
Corre ansioso tras la palma
De la gloria ó el poder;

Doquiera, en fin, el mortal
Se agita insomne y se lanza,
Viene el dolor y le alcanza
Para echarle su dogal

Bien puede el hombre, por huir
De esta sombra que le aterra,
En el centro de la tierra
Su vida misera hundir;

Siempre verá junto á él
Destruyendo su alegría,
La figura negra, impia,
De ese tantasma cruel.

Que nunca podrá el dolor
¡Ayl apartar de su vida,
Porque es en su alma do auida
Ese gusano roedor! . . .

CELESTINA FUNES.

Rosario, Octubre de 1881.

PROSA

Prosa! me dice el Director de este
semanario. Hace falta prosa!

Miro el interior de mi conciencia,
sondeo el fondo de mi corazón, y me
digo: ¿cómo es posible tener prosa, como
es posible escribirla, cuando se vive en
constante sueño, recibiendo diariamente
la púdica mirada de un ángel como una
bendición del cielo,—cuando á las impre-
siones secretas de un amor sin palabras
se unen las de una naturaleza rebosante
de vida, de perfumes y de armonías!

Nó; todo meos prosal

Cerremos los ojos á la luz esplendorosa
del sol, nuestros oídos á las deliciosas
voluptuosidades de la música, pero abra-
mos siempre el corazón á la poesía, ale-
jémosle del mundo de las miserias, del
mundo de la prosa!

* *

¡Tú lo sabes, Alba; nuestro reino no es
de este mundo!

Un corazón de veinte años es una
primavera, por eso yo dejo caer á tus
piés todas las flores del mio, en desorde-
nada pero poética confusión, y antes de
renunciar á las aspiraciones infinitas, á
los sueños acariciados en la soledad,
renunciaria á las horas de una vida inútil,
de una vida pequeña, puesto que no
tendria por objetivo el amor que abre á
las almas las puertas de la inmensidad.

* *

Deja que el Director de *El Album*,
pronuncie con voz magestuosa esa palabra
terrible que no osaria repetir dirigiéndo-
me á tí.

Acércate, Alba, al borde de mi corazón;
ilumina sus abismos, dejando caer hasta
su fondo insondable una mirada de ángel,
como un rayo de luz; y dime, dime para
consolarme, que no encuentras un solo
átomo de *prosa*; que todo en él es amor;
y que allí reflejada está tu imagen como
la de un cielo estrellado sobre un lago
silenciosamente dormido!

* *

¡Oh, que delicioso sueño soñar contigo!
No ¡tu reino no es de este mundo! Ay
de tí si lo olvidas!

Alba! Alba mia! Hoy he hablado con las
flores, tus hermanas. Paseaba solo, y hun
estrañado verme lejos de tí. Me han pre-

guntado la causa de mi tristeza, y les he
respondido con un suspiro.

Créeme, soy un *soñador*, y todas las co-
sas bellas me hablan, y las escucho como
una palabra de Dios!

¡Desgraciados los que no piensan así!

* *

La naturaleza abre en su inmenso
libro el poema de las hojas. Las golon-
drinas juegan revoiteando en sus pági-
nas frescas y vivificantes como el suspiro
de la mañana; las he visto cruzar, frente
á la ventana del cuarto donde escribo,
llevando en su pico yerbas secas para
tejer el armazon del nido en el alero
cubierto de verde musgo.

Alba, mi Alba, te invito á gozar de la
suprema felicidad!

Séanos grandes por la pureza del amor
inmortal, cobija mi corazón estremecido
bajo tus alas de paloma, y sean tu destino y
el mio identificar la dualidad de dos almas,
que esto si es indiferente para los hombres
insípidos, es grande ante Dios!

Yo contaré sencillamente la poética
verdad de nuestras vidas, y enseñaré á
las aves y á las flores á que mezclen en
sus cánticos la música de tu nombre!

* *

Deja que me pidan *prosa*; que los uti-
litarios como fantasmas envidiosos de
nuestra dicha se agiten á nuestro alre-
dedor.

Alba, mi Alba, la primavera nos llama:
nuestro reino no es de este mundo!

SILVIO.

Octubre de 1881.

EL NÉCTAR DEL AMOR

No me mires así, matas mi anhelo;
yo bebo inspiracion en tu mirada,
como en la flor en que lloró la noche
beben las sueltas mariposas blancas.

El rayo melancólico que vierte
de místico placer me inunda el alma,
bañando con su luz mi pensamiento
que en torno de tu ser cierne sus alas.

No me seas tan cruel, mi bella Cytia;
tú sola has leído la amorosa página
del libro de mi vida, donde encierro
tus virjinales y fragantes cartas.

En qué pude ofenderte, cuando loco,
 ediento de pasión y de esperanza,
 arrojaba á tus pies la suave nota
 de mis primeras impresiones castas?

Es un crimen, acaso, que el torrente
 en hebras vuelque sus lucientes aguas?...
 Cuando se llena la brillante copa
 el licor espumante se derrama!

ALEJANDRO V MURGUIONDO.

Bs. As. Octubre 20 de 1831.

EL VELINO

Hay unas dos horas de distancia de la población de Terni al despeñadero del Velino; y el camino, al dejar la población, se interna bajo espesas bóvedas formadas por árboles acuáticos, cuyas hojas destilan continuamente el incesante rocío que reciben del despeñadero. Este camino atraviesa, sobre puentes romanos medio desplomados y alfombrados del verde y húmedo musgo, tres ó cuatro brazos del río. Aun véñese huir las olas con increíble velocidad, silbando como la flecha, estremecidas aun y espumantes de la impulsión que recibieron al caer de tan tremenda altura, salpicando las verdes praderas con anchos copos de nevada espuma, hasta que se pierden arremolinándose en el ceñudo Valle de Narni, para reunirse bajo las rotas arcadas del Puente de Augusto.

Después de haber atravesado así las praderas que forman las márgenes del río, se eleva insensiblemente este, durante una hora, por un camino en forma de cornisa sobre las pendientes húmedas, rezumantes y umbrosas de la montaña. A medida que se acerca á la cumbre, se vuelve mas imponente el mugido del Velino. La sombra acrecienta el terror, pues hasta mas tarde no recibe la luz del sol el costado de la montaña que mira del lado del oriente, que parece chorrear en esas horas de frescura y rocío matutino, y solo á la parte extrema de los recodos y agudas puntas formadas por las sinuosidades del declive, apercibe el viajero, á la izquierda, las olas brilladoras del río, que ruedan espumosas y centellantes en el valle, al través de los sonrosados vapores, destellos y deslumbramientos del sol que se asoma en el

horizonte. Plateadas nieblas, tierno verdor de los prados, negros abetos, olorosos pinos, álamos descoloridos, rocas escabrosas y juspeadas, colores mil que las cascadas á profusión ostentan, grupos de islas sepultadas bajo la sombra movediza de los algarrobos, esplendor del cielo que contrasta con las tinieblas adyacentes, rayos del sol que parecen brotar de los despeñaderos mismos, estrépito fragoroso que continuamente acrecienta, húmedo viento producido por las aguas iracundas que voluptuosamente salpican el rostro, temblor del suelo á medida que se eleva al nivel del terreno: tales son los preludios del espectáculo al cual asiste delirante el viajero....

Detúvose la calesa al llegar á la cima de la loma, en un camino ahuecado contiguo á dos ó tres pobres cabañas, en cuyo derredor jugaban algunos cuantos muchachos, y triscaban balando algunas cabras á orillas de un río encajonado y profundo que cortaba la pradera con siniestra calma y pérfido silencio: tal era el Velino.

Al verlo velarse con los árboles y cañas que crecen abundantes en sus márjenes, y adherirse á las paredes del cauce de las aguas verduzcas y profundas, parecia que el terror del abismo en que iba á precipitarse el río, paralizaba de espanto su curso y hacia retrogradar sus ondas.

El resueno de los despeñaderos, rodeados y ocultos por espesas arboledas, nos condujo, por una serie de sotos ó bosquecillos, hasta un promontorio elevado como un cabo proyectado en el océano.

A la estremidad de este cabo tajado perpendicularmente, entramos en un terreno alfombrado de menuda yerba y cercado de un parapeto de piedras secas, destinado á impedir que el vértigo y deslumbramiento arrebatasen á los curiosos y los precipitasen en el río, como la hoja seca que arrebatada y arremolina el huracán. Tal era el anfiteatro de este brillador desmoronamiento de aguas, que incesantemente reclama un sumidero profundo é insaciable.

Prescindiremos de toda descripción, pues no hay en la lengua humana suficientes recursos para traducir esos juegos de la omnipotencia divina. En vano se afanaria nuestra pluma en describir la mole de un río que siente faltar repentinamente su cauce, la profundidad incommensurable del abismo que sepulta la enorme catarata, la masa de pulverulenta espuma que forma al chocar con el aire ese cúmulo de materia

líquida que se dispersa al grado de su propia volatilización, huyendo á los cuatro puntos cardinales como una bandada de aves gigantescas, ó aferrándose á los peñascos perpendiculares de la montaña, como fulminados Titanes que se esfuerzan en asirse á las cornisas del firmamento: los mágicos efectos producidos por la transparencia verde ó azulada del colosal torrente, cuya rapidéz é impulso parecen cristalizar el líquido volumen en el momento mismo en que se encuentra y choca con el vacío; la luz del sol de oriente que lo traspasa quebrándose en mil fragmentos, en innumerables chispas, en destellos sin fin que deslumbran con los colores del prisma; el choque tronador en el aire, á que responde el fragor horrisono en la tierra; la eterna tempestad, el sublime horror que eriza los cabellos, encoje el corazón y anuda la garganta, impotente para protestar con un solo grito contra el súbito aterramiento que avasalla y petrifica.

No, no hay palabras para pintar tal escena, que revelar tan solo pueden los devaneos, los desmayos, los raudos torbellinos que deslumbran la vista y la razón ofuscan, los estremecimientos que la sangre hielan, el terrífico pasmo que anonada el lenguaje; y según la espresion de lord Byron en el mismo lugar, el hombre precipitado con el río, queda pulverizado antes del mismo río, al caer en este infierno de agua.

Y si á este espectáculo se agrega lo despejado del día, la pura serenidad del cielo italiano, los marmóreos tintes de la roca, la atmósfera diáfana y olorosa, el céfiro tibio y balsámico que baña y refresca el rostro con el aliento de las aguas, circunstancias que faltan siempre á las cascadas de los Alpes y aun á la del Niágara; si se considera que, en lugar de efectuarse sumideros tenebrosos y lóbregos precipicios, que quiebran el horizonte y acongojan la vista, la escena pasa en un espacio dilatado, en plena luz, rodeada de un horizonte sin límites y de un firmamento azulado y cristalino, cuya risueña serenidad contrasta con el juego de los elementos embravecidos, se tendrá no solamente la sensación de una catástrofe iracunda, sino la de una fiesta de la naturaleza, á la cual permite Dios asistir al hombre con el tributo de la adoración.

LAMARTINE.

LA CONFESION

El confesor me dice
Que no te quiera,
Y yo le digo: «¡Padre,
Si usted la viera!»

Dice que tus amozas me vuelven loco,
Que á mi deber no atiende, q' duermo poco;
Dice que nuestras muchas conversaciones
En la aldea fomentan murmuraciones;
Dice que no quererte fácil me fuera;
Y yo le digo: «¡Padre,
Si usted la viera!»

En vano le aseguro que eres tan pura,
Que hay que rezar delante de tu hermosura;
Que eres gentil y airosa cual la azucena,
Que nacen en tus labios nardo y verbena;
Que son lluvia de Mayo tus blondos rizos!
Y que vivir no puedo sin tus hechizos.
El me dice muy fisco: «Q' es gran quimera;»
Y yo le digo: «¡Padre,
Si usted la viera!»

Confesando que el alma tengo en tus ojos
Me dijo el padre cura con mil enojos,
Que un pecado tan grande no perdonaba
Y que si te queria me condenaba.
Yo entonces en amante dulce arrebato,
Del pecho en que le llevo saqué un retrato;
Y el cura al ver tu imagen, luz y alma mia,
Contemplándola absorto, se sonreía.
«¡Esta sí que refleja santos amores!»
¡Creyó que era la Virgen de los Dolores!
«No hay como ésta ninguna, ¡q' luz destella!»
Y yo le dije entonces: «¡Pues ésta es ella!»
Olvidado ya el cura de su corona,
Dijo abriendo los ojos: «¡Linda personal!»
Si es buena cual hermosa, ¡q' en paz te quiera
Y yo le dije: «¡Ay, Padre,
Si usted la viera!»

EUSEBIO BLASCO.

ARCO-IRIS

Misia Sempronia es una mujer baja,
delgada, de ojos pardos y pelo castaño
oscuro.

Vive bajo el predominio del sistema
nervioso y al presente cuenta unos
cuarenta años, aunque, para no innovar
la práctica que es regla sin escepcion
entre las mujeres, dice ella que solo
tiene treinta y algunos meses mas.

Su génio es violento y esto mismo
hace que su conversacion sea de las mas
amenas y animadas.

Ha leído bastante y posee alguna eru-
dicion: cuando quiere escederse en
remembranzas históricas suele llegar á lo
que está un paso de lo sublime y los
anacronismos caen copiosos de sus lábios,
como lluvia de invierno.

Esto no quita que sus reflexiones sean
atinadas y ciertas algunas veces.

Despues que se despidió estaba pensa-
do como me las compoudria para tras-
mitir al lector la conversacion que hube
con misia Sempronia, no siendo teléfono.

No era esto solo, la parte mayor del
conflicto.

Tengo alguna memoria y con un poco
de paciencia habria salido del apuro.

Pero los gestos, los ademanes y el me-
tal de voz cómo y de que manera
hacerlos conocer de los lectores?

¿Qué es la conversacion de una mujer
—y de una mujer como misia Sempronia
—sin esos signos que le dan vida y mo-
vimiento?

En estas meditaciones estaba, cuando
recibí una carta.

La abrí y miré la firma: de misia Sem-
pronia!

Veamos que se le ofrece.

La carta decia así: Mi buen arcoirista:
esta mañana cuando conversé con Vd.
sobre el tema abominable de los hombres
(cruz diablo) me pidió Vd. permiso para
publicar esa conversacion; yo se lo otor-
gué, pero habiéndolo pensado mejor le
niego ahora formalmente ese permiso.

En que estaria pensando cuando olvidé
que Vd. tambien es hombre!—El lobo pre-
parando la comida al cordero para comerse
comida y cordero . . . esto es lo que su-
cederia si Vd. diese cuenta de las infamias
que le conté de los hombres: mis argumen-
tos Vd los podria de otra manera para
despues con cuatro palotes refutarme y
hacerme aparecer sin razon.

Para que no suceda nada de esto, lo que
voy á hacer es darle yo misma forma es-
crita á todo lo que le dije y enviarlo lo
que salga, á Vd. que escribe en los perió-
dicos con eso se informa el público.

Creo que Vd. será bastante caballero
como para no sacarle ó agregarle alguna
cosa.

Muy pronto voy á enviarle mi escrito.

Hasta entónces le desea muy buen
salud su afectísima—

Misia Sempronia.

De esta manera casual salí del conflic-
to en que me hallaba.

¡Guay de los hombres!

Misia Sempronia se prepara á batirla
de la manera mas encarnizada.

Misia Sempronia no me conoce, p
esto duda de mí.

En esta cuestion de hombres y mujer
no puedo ser parcial.

Soy indiferente.

Y lo soy porque tengo una idea al re-
pecto arraigada hasta el tuétano.

Para mí existen en el mundo muy pocos
hombres y muy pocas mujeres.

No reputo como tales á todos los q
por milagro andan en dos pies.

No señor.

Y ciertos dias en que me levanto co
esplin creo ménos aún.

Entonces llego á tenerle envidia
Diógenes: él buscaba un hombre, lue
pensaba que existia la tal *rara avis*.

Repitamos con el andafuz: no hay pe-
cosa en el mundo que el hombre . . . y
mujer.

He esperado los originales de Mis
Sempronia hasta el momento de cerrar
periódico.

Desgraciadamente no han venido:
Como todavia los espero no les digo ri-
da á los lectores de la conversacion pronu-
nciada en el número anterior.

Si Misia Sempronia me chasquea, p
nada de este mundo callaré, y la conversa-
cion saldrá sin falta en el próximo *Album*.

De todos modos la cosa vale la pena
esperar.

¿Les parece poco á las lectoras el go
que van á tener?

Pues no es nada!

Nada ménos que un capítulo imprevis
en las aventuras de mi atilillo y que
podria titular de esta manera: *Misia Se-
pronia literata*.

Las mujeres están de plácemes porq
tienen una defensora *comm' il faut*.

Los hombres . . . oh! estos decididame
te van á temblar.

¡Viva Misia Sempronia, defensora
de las mujeres!

Causa perdida . . . diría Don Absalon,
que yo ni pongo ni quito rey.

BALADA

I

—Ah! madre!— madre mia,
que tenebroso sueño
azotó con sus alas
mi enfermizo cerebro!
Que vision tan horrible
Con terror la recuerdo
y tiemblo á su contacto
y se hielan mis huesos!
No llores madre!—Escucha
mi tenebroso sueño,
y verás porqué lloro
y porqué me estremezco!

Era una triste noche—
una noche de invierno,
y vívidos relámpagos
desgarraban el cielo.
Los árboles silbaban
al impulso del viento
cuyas furiosas ondas
castigaban los techos.

Hallábamonos solos,
y un claro—oscuro tétrico
la noche con sus sombras
doquier iba esparciendo.
Entre las colgaduras
de tu antiguo aposento,
con delicia jugaba
con mis rotos muñecos.
Tú trabajabas, madre,
junto al hogar doméstico,
bajo la gran campana
de la estufa de invierno:
y á través de los vidrios,
azotados del viento,
afuera se veían
horrores y misterios . . .
y el huracan silbaba
y rebramaba el trueno!

Ah! madre! madre mia,
qué tenebroso sueño
azotó con sus alas
mi enfermizo cerebro!

II

De terror poseído
abrazáme á tu seno.
Tomándome la mano
entonces, en silencio,
llevásteme ante un cirio
agonizante y trémulo,

que de un Cristo alumbraba
el rostro macilento;
y,—Reza—me dijiste—
por el que se halla lejos,
por tu padre, hijo mio,
que en el campo desierto
quizá huye á la ventura
bajo el furor del cielo!”

Y, yo que te miraba,
vi de tus ojos negros
que silenciosamente
dos lágrimas cayeron!

Mucho rato rezamos
aumentando el misterio
do aquella negra alcoba,
de aquel triste aposento

De pronto . . . resonaron
sobre la puerta—secos,
dos golpes, cual picazos
que dá un sepulturero,
si chocan con las tablas
de algun podrido féretro!

Ah! madre! madre mia,
que tenebroso sueño
azotó con sus alas
mi enfermizo cerebro!

III

Cuando oíste esos golpes—
que estremecer te hicieron—
el escaño dejaste,
y aquella puerta abriendo,
tu lanzaste un gemido
é inclinando tu cuerpo,
estendiste los brazos—
se crisparon tus dedos
y cual yerto cadáver
caíste sobre el suelo!

Al ver el paso franco—
al ver el paso abierto—
el umbral tenebroso
salvaron en silencio
cuatro hombres que traían
en sus brazos un muerto.
Sobre una negra mesa
el cadáver pusieron,
y luego lo taparon
con unos paños negros . . .
á su lado dos cirios,
temblantes encendieron,
cuya luz producía
tenáz chisporroteo . . .
Después, á donde estabas
lenta y lentamente volvieron,
y luego que te alzarón
pusiéronte en tu lecho.

Ah, madre! madre mia,

que tenebroso sueño
castigó con sus alas
mi abatido cerebro!

IV

Pero . . . ¿verdad que han sido
visiones de un momento,
una noche de fiebre,
una noche de ensueños?—
No ves, ya el sol penetra
por el balcon sonriendo,
y sus brillantes haces
Desfoca por el cielo

Ya todo es alegría
Ya los pájaros tiernos
cantan himnos de gracias
con trinos y gorgoros

Mas, dónde está mi padre;
porqué, porqué no ha vuelto;
qué fuerza lo detiene
de nuestra casa lejos?
ven, madre, madre mia,
ven álzate del lecho
y vamos á buscarlo
en el cercano otro.—

Entonces aquella madre
con un dolor inmenso
á aquel niño rubio
atrajo hácia su seno;
y sus divinos ojos—
sus dulces ojos negros,
un torrente de lágrimas
cristalinas virtieron.
Y, así dijo llorando—
entre sollozos tiernos.

—“Llora, pobre hijo mio,
por que es verdad tu sueño,
porque murió tu padre—
porque tu padre ha muerto!”—

Y en tanto el niño, loco
de dolor tan intenso,
su pérfida desdicha
una ilusion creyendo—
repetía llorando
con angustioso acento—

—“Ah, madre, madre mia,
qué tenebroso sueño
azotó con sus alas
mi enfermizo cerebro!”—

V

Las horas se pasaron
y los tristes lamentos
de la madre y el niño
apagándose fueron
La fuente de las lágrimas
secóse para ellos,
y exhalábanse roncos

gemidos de sus pechos...
Y reinaba la calma
de un osario desierto
en esa estancia lúgubre,
de la desdicha templol

Los cirios, poco á poco,
su lumbre consumieron...
la llama agonizante
lanzó un chisporroteo;
nubló su opaco disco
y se encendió de nuevo—
para exhalar del todo
su postrimer destello.

En la tiniebla fúnebre
se dilató el silencio.
Ni llantos, ni respiros,
ni suspiros se oyeron...
y el cuarto quedó mudo
como un enorme féretro!

Las horas se pasaron...
El día soñoliento
en su manto de nieblas
envolvióse de nuevo...
Los días se pasaron...

Siete veces los cielos
de nueva luz y vida
y encantos se cubrieron;
y, al ver que los balcones
de aquel viejo aposento
sus puertas ya no abrían—
y al ver tanto misterio—
un día los curiosos,
los curiosos del Pueblo,
penetrando á la casa
su gruesa puerta abrieron...
y sus ejes lanzaron
fatal rechinamiento!

Abrieron los balcones,
y allá en el cuarto negro,
á aquella pobre madre
y al niño rubio vieron
que abrazados estaban
contra un cadáver yerto!....

Al punto los llamaron,
pero no respondieron....

Los tres!—los tres estaban
sobre la alfombra, muertos!!!

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

Octubre de 1881.

CRÓNICA DE LA SEMANA

UN POCO DE PROSA

Con este modesto título y un prólogo del Doctor Ednardo L Holmberg, aparecerá, dentro de tres ó cuatro días, un interesante libro cuyo autor es uno de nuestros mas constantes é inteligentes colaboradores.

Antonio Argerich, á quien nos referimos, ha estado escribiendo para este periódico durante tres años, y en todo ese tiempo, se ha distinguido por la modestia con que siempre ha velado su nombre y el mérito de los trabajos que le hemos publicado.

"El Album" se ocupará de ese "poco de prosa" que, estamos seguros, ha de valer mas que muchas obras que diariamente aparecen, sin mas interes que el que en el título les hacen aparentar sus autores.

El libro cuya aparicion anunciamos, costará veinte pesos moneda corriente y se venderá, fuera de las principales librerías, en la Administracion de este semanario.

LA CONDESA DE ALTAMIRANO

Este drama de la señora Eduarda M. de Garcia ha sido representado la noche del miércoles, en el teatro de "La Alegria, ante una numerosa y selecta concurrencia.

Los calurosos y repetidos aplausos de que ha sido objeto diceu mucho en favor de su mérito.

TRADUCCIONES

En breve empezaremos á publicar unas interesantes traducciones científicas que un jóven de nuestra sociedad está preparando especialmente para este periódico.

Son muy instructivas y no dudamos que mucho llamarán la atencion de los estudiantes de medicina.

PREMIOS

El 1^o. del entrante mes tendrá lugar la distribucion de premios á los alumnos del colegio militar de Palermo.

Concurrirán á este acto el Presidente de la República y sus ministros.

El 4 ó 5 partirán los cadetes á la costa sud, á poner en práctica la teoria aprendida en el curso del año.

SOMBRA

Empezamos hoy á publicar el intere-

sante trabajo de la señora Eduarda M. de Garcia, que anunciamos en el número anterior.

Su título es el que encabeza estas líneas

PARA BAILARLO EN LAS PLAZAS

A propósito de un nuevo baile inventado por el señor Costante, dice el Nacional lo siguiente:

"Seria tarea árdua la de dar un resumen sumario del *argumento* que constituye el nuevo baile inventado por el Señor Costante.

Baste decir que está basado sobre el de las antiguas cuadrillas, con la diferencia de que las figuras se adaptan mas á las exigencias del *fin* moderno.

Hay tambien suertes endemoniadas, como por ejemplo, la de avanzar cuatro pasos para adelante y cuatro para atrás, lo que viene á resolver un problema difícil, cual es el de avanzar para atrás, descubrimiento que la ciencia debe agradecer al señor Costante, y que deja muy atras al del huevo de Colon y otros similares.

Llamado el autor á dar una explicacion práctica del baile en cuestion, ha tenido la deferencia de hacer los pasos y contoneos en nuestra redaccion, airosamente acompañado de una silla á falta de dama, á la que hacia saludos y cortesías como si se tratase de la mas delicada de nuestras "mandáiues."

Un solo defecto encontramos en la *Porteña* y es que no puede bailarse sino en teatros ó plazas, pues hay una figura que exige dar 16 pasos para un lado y 16 para otro, lo que abarca un radio que sobrepasa al mas amplio de nuestros salones.

Es muy divertida la figura que el autor llama "ronga catonga", que consiste en tomarse las parejas de las manos, formando rueda y dando vuelta como cuando se juega al "avestruz querés charque", haciendo las veces de avestruz el señor Costante (habiamos metafóricamente, se entiende)

En fin, el nuevo baile es digno de ser ensayado y está llamado á dar al traste con las cuadrillas, lanceros, el schotis y demás danzas de figuras que se acostumbraban.

Mil felicitaciones al autor, deseándole de tantos pasos en el camino de la fortuna como los que ha dado para componer su "Porteña".